

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

La divina sangre de la herida. Poesía religiosa de Carlos Pellicer.

Tesis que presenta:

León Guillermo Gutiérrez López

Para obtener el título de Doctor en Letras
(Iberoamericanas)

Director: Dr. Vicente Quirarte

Comité

Dr. Anthony Stanton Maher

Dr. Fernando Curiel Defossé

Noviembre de 2005



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción	3
Capítulo I Auto de fe religiosa. Poemas de juventud.....	28
Capítulo II Fervor cristiano. Cristo, única realidad.....	71
Capítulo III Devoción franciscana.....	110
Conclusiones.....	148
Apéndice. Carlos Pellicer. Antología religiosa.....	155
Índice de Antología religiosa.....	264
Bibliografía.....	270

Introducción

Carlos Pellicer fue uno de los poetas más prolíficos de nuestro país en el siglo XX. Su obra, en parte, ha sido estudiada, pero algunas veces no con rigor y profundidad. Se ha caído en lugares comunes, en clasificaciones fáciles, reduccionistas y se le ha llamado, entre otros: poeta del trópico, poeta paisajista, poeta viajero, primer poeta realmente moderno, el poeta de América, el menos contemporáneo de los Contemporáneos, poeta de los sentidos, poeta de instantes poéticos, poeta de la alegría. Samuel Gordon advierte que: “Las etiquetas de “poeta del trópico” y de “poeta impresionista”, adjetivos que, sin ser falsos, impidieron ver después la poesía vanguardista, la intimista e incluso la neoclásica del tabasqueño.”¹ En lo único que hay coincidencia es en la evolución y en las etapas de su poesía, el poeta, como buen constructor, marcó y delimitó los trazos de lo que sería quizás la más rica geografía poética del siglo XX.

La vastedad y diversidad temática de sus poemas han permitido la escritura de ensayos y artículos que de alguna forma han propiciado una revisión de su obra, pero aún falta mucho por hacer. El mismo poeta se encargó de cifrar a lo largo de su creación misterios y simbolismos que no han sido descubiertos. Sin embargo, muchas de estas claves se encuentran dibujadas (unas veces insinuadas, otras abiertamente apuntaladas) desde sus poemas iniciales.

Uno de los temas evidentes y poco estudiados es el referente a la manifestación religiosa que atraviesa la obra pelliceriana de principio a fin. Su condición de cristiano católico no sólo la hace patente, sino que en un acto de invocación canta la alegría de vivir gracias a su fe en Cristo, y a manera de

¹ Samuel Gordon, *La fortuna crítica de Carlos Pellicer* (México: Universidad Iberoamericana, 2004), p. 13.

salutación pública en el primer poema del libro con que se presenta al mundo, dice:

En medio de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida...

La religión, en cualquiera de sus manifestaciones, ya sea primitiva o de elaborada complejidad, se refiere al sistema de comunicación que el hombre ha creado entre él y las divinidades. Se puede afirmar que la religión es inherente a la humanidad como parte de su evolución. En todas las civilizaciones se han encontrado vestigios relacionados con algún culto. Uno de los medios que el hombre ha utilizado para expresar esta relación es el arte, pero quizás la forma más directa y eficaz ha sido sin duda el lenguaje. Recordemos que en el *Antiguo* como en el *Nuevo Testamento*, la Palabra es creadora y reveladora. La palabra es la propia vida; es acto fundador.² En la poesía la religión ha encontrado su casa natural. Para Octavio Paz poesía y religión brotan de la misma fuente.

La poesía religiosa testimonia la relación hombre- Dios ya sea de forma celebratoria, de oración, de plegaria, de alabanza, etc. Ha sido común identificar a la poesía religiosa con la poesía mística. Marcelino Menéndez y Pelayo en su discurso de ingreso a la Academia, al hablar de poesía mística apuntaba que ésta había que: "...distinguir la de los varios géneros de poesía sagrada, devota, ascética, y moral, con que el uso vulgar se la confunde, pero que en este santuario

² Angélica Tornero, "La mística entre la diferencia y la unidad", Revista *Castálida* (Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, Núm 21, 2003), p. 14.

del habla castellana justo es deslindar cuidadosamente. Poesía mística no es sinónimo de poesía cristiana.”³

En este trabajo, en ambos casos (mística y religiosa) nos referiremos a la poesía cristiana católica, por lo que es necesario deslindar la poesía mística de la poesía religiosa. El misticismo, entendido como la unión del hombre con lo divino, y que se da no por la razón, sino por el desprendimiento absoluto del entendimiento, principalmente a través de la contemplación, no es privativo del catolicismo, pero en nuestro caso, nos atenderemos únicamente a este último. El primero en utilizar el término fue Orígenes en el siglo III d. C. y en el IV Marcelo de Ancira se refiere a la teología mística e inefable, pero será hasta el siglo V cuando Dionisio Areopagita escriba la *Teología mística*, con una marcada influencia de los neoplatónicos alejandrinos, y desarrolla la teología negativa, a través de la cual la mente empieza por negar aquellas cosas que están alejadas de Dios: la ira, la furia. Niega los atributos de las criaturas hasta que se alcanza la oscuridad. Para llegar a Dios se debe negar todo lo que es; de este modo, al despejar de toda idea antropomórfica el pensamiento sobre Dios, se alcanza un estado oscuro de no saber. Este no saber no radica en la naturaleza del objeto mismo, sino en las limitaciones de la mente humana, que renuncia al entendimiento y se entrega a lo inefable.⁴

Esta relación con Dios es producto de una ascensión gradual, primero a través del pensamiento (cogitatio) en donde se encuentra la huella de Dios en las cosas; el segundo es la meditación (meditatio) donde se recoge el alma en sí

³ Marcelino Menéndez y Pelayo, “Discurso de entrada en la Real Academia Española”, en *Estudios de crítica literaria I*. (Madrid: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1915), p. 7.

⁴ Tornero, *op. cit.*, pp. 14-20.

misma para llegar a la contemplación (contemplatio) que es la comunión unitiva con Dios.⁵

El místico llega a la perfección del alma en tres etapas: a) vía purgativa, en la que se libera del pecado por la penitencia y la mortificación; b) vía iluminativa, a través del ejercicio de la oración y la meditación; y c) vía unitiva, por medio del éxtasis contemplativo y continuo de Dios, pero antes de alcanzar esta comunión, el tránsito provoca angustia, dolor, sufrimiento, y el paso de una vía a otra se realiza mediante las crisis que San Juan de la Cruz llamó “purificación pasiva del espíritu”. Y es que para los místicos la dicha eterna sólo se consigue en el acto mismo de fundirse en el otro; en el acto de amor supremo. Los místicos se funden en Dios, como el (la) amante en su amado (a) para alcanzar la inmortalidad.⁶

De esta experiencia San Juan de la Cruz dejó constancia, que al decir de su poesía, Marcelino Menéndez y Pelayo la califica como “... angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios [...] Confieso que me infunden religioso temor tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo.”⁷ San Juan de la Cruz describe esta escala mística en “Noche oscura del alma” o “Canción del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual”; “El cántico espiritual” o “Canciones entre el alma y el Esposo”; y “Llama de amor viva” o “Canciones del alma en la íntima comunicación con Dios”

⁵ Raymundo Ramos, *Deítico de poesía religiosa mexicana* (Buenos Aires: Lumen, 2003), p. 10.

⁶ Tornero, *op. cit.*, p. 19.

⁷ En “Prólogo”, *San Juan de la Cruz. Obra completa*, Tomo I., edición de Luce López-Barant y Eulogio Pacho (Madrid: Alianza Editorial, 1996), p. 7.

De lo anteriormente expuesto se desprende que la poesía mística es la descripción de la relación de la vía unitiva con Dios, en que el poeta se lanza a la aventura de comunicar una experiencia espiritual literalmente inenarrable, su encuentro con el infinito.

En cuanto a la poesía religiosa en nuestro país, los años del México colonial son el periodo de la mayor fecundidad, caso no extraño si recordamos la prominencia de la Iglesia católica como la máxima autoridad reguladora de la vida pública y privada de hombres y mujeres.

Mientras que en España llega a la cima la poesía mística con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en la Nueva España se ejercita una abundante poesía religiosa. Destacan los nombres, entre otros, de Francisco de Terrazas (1525?-1600?), quien se supone es el primer poeta nacido en tierras mexicanas, Hernán González de Eslava (1534-1601?) quien acuñó la frase: “hay más poetas que estiércol”, ya que según Balbuena, a finales del siglo XVI, había en México más de trescientos poetas. Hay que recordar que la primera imprenta en México se inauguró en 1539 imprimiendo 15,000 impresos coloniales, de los cuales 200 corresponden al siglo XVI. Prosigo con la lista: Pedro de Trejo (1534-1575), Pedro de Hortigosa (1547-1626), Fernando de Córdova y Bocanegra (1565-1589), quien por influencia de las lecturas de Santa Teresa pretendió que su madre y su hermana instituyeran un convento teresiano;⁸ Luis de Carvajal “el mozo” (1565-1596), joven judío cuyo proceso ante el Santo Oficio fue el más espectacular y quien escribió una verdadera y asombrosa poesía de exaltado y auténtico fervor; Fray Miguel de Guevara (1585-1646), autor del célebre poema “No me mueve, mi

⁸ Elena Baz Weatherston, *Aportaciones al estudio de la Literatura mística en la Nueva España* (México: Botas, 1945), p.53.

Dios”(atribuido a San Francisco Javier, a Santa Teresa y a San Ignacio), Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659), Guillén de Lámport (1615-1659), Luis de Sandoval Zapata (1620-1671), quien para Octavio Paz, además de representar mejor que nadie el apogeo del arte barroco, cada uno de los catorce versos del soneto dedicado a la Virgen de Guadalupe contiene una imagen memorable; Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), autor del famoso *Triunfo parténico*, Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), en quien la poesía colonial hispanoamericana alcanza su más alta cúspide, y el padre Diego José Abad (1727-1779).⁹

La copiosa producción de poesía religiosa obedeció, entre otras cosas, a los abundantes certámenes organizados por la Universidad, el Cabildo o las congregaciones religiosas. Algunos de estos concursos se realizaron para festejar la canonización de San Juan de la Cruz, San Francisco Borja y San Pedro Nolasco, así como para conmemorar la llegada de las reliquias enviadas por el Papa Gregorio XIII, y otros en honor de la Inmaculada Concepción y del Santísimo Sacramento. Todo esto da lugar a que se practique el soneto, el villancico, los autos, las décimas, las loas, etc. Pero también van cambiando las costumbres y cada siglo trae consigo su propio distintivo, así dice Ramos:

Durante el XVII mexicano se amplía la temática del culto; ya no sólo es Dios sino la Virgen María (el misterio de la inmaculada concepción) los santos, las palmas del martirio y en especial las advocaciones guadalupanas [...] así como dedicaciones de iglesias y versos reverenciales a dignidades de la jerarquía eclesiástica. Extensiones que pierden en profundidad y ganan en retórica, pero que se alejan sensiblemente del diálogo con lo sacro.¹⁰

⁹ Sobre los poetas de la Nueva España, véase: Méndez Plancarte, Alfonso. *Poetas novohispanos*. Primera y segunda parte. México: UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario. Números 43 y 54, 1944 y 1945.

¹⁰ Ramos, *op. cit.*, p. 10.

Como ejemplo de la temática más usual en este campo veamos algunos de los títulos de los poemas más representativos: “Villancico de Adán y Eva”, “Villancico eucarístico”, “Villancico al nacimiento de Cristo”, “Triunfo de los santos”, “Canción al amor divino”, “Los nombres de María”, “Al santísimo nombre de Jesús”, “Octavas a la Inmaculada”, “La sombra de María”, “Salve a San Felipe de Jesús”, “La cruz de Tepic”, “A la Virgen de Guadalupe”, etc. La Virgen de Guadalupe se convierte en figura de capital importancia. Para Octavio Paz su imagen, al mismo tiempo que encarna la reconciliación de las dos mitades adversarias, expresa la originalidad de la naciente nacionalidad. México, por obra de la Virgen, se reclama heredero de dos tradiciones. Casi todos los poetas dedican poemas a su alabanza. Una extraña variedad de barroco –que no será excesivo llamar <<guadalupano>>- se convierte en el estilo por excelencia de la Nueva España.¹¹

En el siglo XVIII decrece sustantivamente el ejercicio de la poesía religiosa, ya que va a ser un siglo dominado por el cultivo de la historia y el humanismo, donde los jesuitas van a ocupar un primerísimo lugar. También se comienza a crear una auténtica cultura mexicana. De este periodo señala Gabriel Zaid:

Del siglo XVI al XVIII, hubo una extraordinaria creatividad de la cultura católica, en casi todas sus formas: hasta en el desarrollo científico. Desde Sor Juana y Carlos Sigüenza y Góngora hasta Clavijero, Abad, Alegre, Guevara, Gamarra, hubo entre los religiosos mexicanos una rara integración de fe y modernidad, afirmación nativa y universalidad, amor a la poesía, amor a la ciencia. Paralelamente, se creaban devociones, tradiciones, artes populares y hasta recetas de

¹¹ Octavio Paz, *Las peras del olmo* (México: Seix Barral, 1971), p.16.

cocina y formas coloquiales, que se volvieron rasgos de nuestra identidad.¹²

El año 1767 es un parteaguas en la historia de México con la expulsión de los jesuitas por decreto de Carlos III. Por un lado, se detuvo la impartición de una elevada educación para las clases acomodadas y por otro, se dio fin a la dirección moral establecida por ellos. Para Zaid: “De la expulsión de los jesuitas (1767) al triunfo de Juárez (1867), hay un siglo de exterminio de la cultura católica”.¹³

Del último tercio del siglo XVIII en adelante, los acontecimientos de toda índole se van a suceder de una manera precipitada y vertiginosa, mas no es cierto que haya un “exterminio de la cultura católica”. Baste recordar que son los mismos curas quienes encabezaron el movimiento independentista y que los estandartes que llaman a la lucha tienen el emblema de la Virgen de Guadalupe, convirtiéndose en la bandera de los insurgentes. Por su parte Morelos en su insignia utiliza las siglas “VVM” que significa “Viva la Virgen María”. El Ejército Trigarante en cada una de las tres franjas diagonales inscribe además de una estrella, las palabras “Religión, Independencia y Unión”. Iturbide manda confeccionar una bandera en que el color blanco simboliza la pureza de la religión, el verde el movimiento insurgente y el rojo la participación española. Tampoco hay que olvidar que nuestra primera Constitución de 1824 estableció como única la religión católica. Por lo que podemos decir que el acta de independencia de 1821 constató el nacimiento de un país católico.

¹² Gabriel Zaid, *Tres poetas católicos* (México: Océano, 1997), p. 61.

¹³ *Idem.*

Pero también el nuevo siglo traería sus propias venturas y desventuras. El siglo XIX está marcado por la interminable lucha entre liberales y conservadores, pero son tres los sucesos de mayor relevancia: la Guerra de Reforma, la Intervención francesa y hacia finales del siglo el inicio de la larga dictadura porfirista. En 1824, con el advenimiento de la república, el ejército y la Iglesia se convierten en las clases privilegiadas. Desde los albores de la nueva centuria se vive una vida de mayor laicidad creando tipos que José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) retrata de manera espléndida en *El periquillo sarniento* (1816, 1830-1831). En la literatura se cultiva la novela, la poesía, el cuento, el teatro, la crónica, la historia y crítica literaria. Proliferan las revistas, gacetas y periódicos. La poesía toma nuevos rumbos, primero a la manera del neoclasicismo, para después tomar fuerza el romanticismo, el que es sustituido por el modernismo. De esta manera la poesía religiosa pasó de ser prolija a escasa. Los escritores ahora buscan nuevos caminos, unos abogan por el nacionalismo, otros buscan la historia, otros encuentran el paisaje, el subjetivismo, los valores patrios, el gusto por lo popular, la melancolía, pero siempre adoptando los modelos españoles y franceses.

La vida religiosa tomó un vuelco inesperado. El lugar de privilegio de la Iglesia se derrumbó de manera abrupta con la promulgación de las Leyes de Reforma. En 1855 se expidió la Ley Juárez que suprimió los tribunales militares y eclesiásticos y abolió los fueros de los representantes de ambas instituciones. Comonfort en 1856 expidió la Ley Lerdo, que desamortizaba los bienes del clero en todo el país, estableció el Registro Civil y disolvió la comunidad franciscana. La Constitución de 1857 reservó al gobierno la autoridad sobre

actos de culto externo. En 1857 la Ley Iglesias regulaba los aranceles parroquiales para el cobro de derechos. Finalmente el 4 de mayo de 1858 Juárez promulgó las Leyes de Reforma, redactadas por Melchor Ocampo y Miguel Lerdo de Tejada; Ley de Nacionalización de los Bienes Eclesiásticos; Ley de Matrimonio Civil, Ley sobre Libertad de Cultos, así como los decretos que cancelaron la intervención del clero en los cementerios y camposantos, se secularizaron los hospitales y establecimientos de beneficencia y extinguieron las comunidades religiosas. Sebastián Lerdo de Tejada en 1873 incorporó a la Constitución las Leyes de Reforma, expulsó a los jesuitas, a las monjas vicentinas y a los religiosos extranjeros que habían vuelto al país al amparo de la Constitución.

La conmoción política y social que se vivió en México en el siglo XIX, no obstaculizó que los poetas incursionaran en la poesía religiosa. Una cosa muy diferente era el reordenamiento político de los poderes institucionales y otra la vida privada y la profesión de fe individual. En medio de estas leyes reformistas aparecieron revistas que impulsaron la producción de poemas con temática religiosa. Una de éstas fue *La Cruz*, que llevaba como subtítulo la explicación de ser un “periódico exclusivamente religioso establecido *ex profeso* para difundir doctrinas ortodoxas y vindicarlas de los errores dominantes.” La revista, impresa en los Talleres de J. M. Andrade y F. Escalante, se publicó de noviembre de 1855 a julio de 1858 y en sus cuatro años de vida llegó a los ciento cuarenta y cuatro números. Entre las diversas secciones destaca la de literatura, en la que se publicaron poesías religiosas de

José J. Pesado, Manuel Carpio, Alejandro Arango y Escandón, José Selgas y Carrasco, Juan Valle y José Roa Bárcena.

Hubo poetas que ejercieron de manera única la poesía religiosa, pero en su gran mayoría todos escribieron versos en que hacían patente su fervor y filiación católica. La lista no es tan escasa, tenemos entre otros, los nombres de: José Manuel Sartorio (1746-1829), Fray Manuel Martínez de Navarrete (1768-1809), Manuel Carpio (1791-1860), José Joaquín Pesado (1801-1861), José Sebastián Segura (1817-1889), Alejandro Arango y Escandón (1821-1883), Joaquín Arcadio Pegaza (1839-1918), Ignacio Montes de Oca (1840-1921), Manuel José Othón (1858-1906), Francisco González León (1862-1945), Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), de quien escribe Justo Sierra en el prólogo al libro *Poesías* de 1896: “Yo creo que iba a ser el gran poeta religioso de la aurora del siglo latinoamericano; digo religioso y quiero decir cristiano; no, cierto, un cristiano a la manera de los Pesados y los Carpios, ni a semejanza de nuestro pindárico Prieto que es más bien deísta que cristiano y que adora en Cristo al pueblo divinizado, sino un cristiano sereno y delicado, profundamente piadoso al sentirse en contacto con la miseria y el dolor social y con la duda y la desesperanza individual, un cristiano sin secta...”¹⁴ También escribieron poemas religiosos Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), Guillermo Prieto (1818-1897), quien en el epígrafe al soneto “A la Virgen de Guadalupe”, dice: “*en la intervención francesa, pidiendo/ por la causa liberal y contra los obispos.*”, Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), quien escribe el fervoroso y conmovedor poema “Al Divino Redentor”, Justo Sierra (1848-1912), Juan de

¹⁴ En Ramos, *op. cit.*, p. 25.

Dios Peza (1852-1910), Laura Méndez de Cuenca (1853-1928), Jesús E. Valenzuela (1856-1911), Luis G. Urbina (1864-1934), y Balbino Dávalos (1866-1951). Transitaron entre el siglo XIX y el XX Amado Nervo (1870-1919) y el gran poeta de la lírica religiosa, el jalisciense Alfredo R. Placencia (1875-1930).¹⁵ Ramón López Velarde, aunque nacido en 1888, lo consideramos del XX.

Si bien es cierto que la poesía religiosa del siglo XIX difiere de la escrita en el periodo colonial, encontramos que la decimonónica tiene el gran mérito de la autenticidad. Esta poesía se hace alejada de la obligatoriedad dictada por las autoridades eclesiásticas, tampoco están de por medio los concursos convocados por el poder civil y el clerical, menos aún escriben bajo la lupa de la censura inquisitoria. La poesía producida a lo largo del siglo tiene el carácter de oración piadosa, de alabanza, de diálogo y confesión, de sumisión a los altos designios de Dios, de fervor guadalupano, pero sobre todo, de sublime ofrenda y devoción a Cristo Jesús como único Dios todopoderoso. Un ejemplo es el “Himno al Ser Supremo” de Fernández de Lizardi:

Eterno Dios, inmenso,
omnipotente, sabio, justo y sabio,
que proteges benigno
los seres que han salido de tus manos.

Más de cincuenta años después, Luis G. Urbina escribe:

Te bendigo, Señor, en la hora buena,
te bendigo, Señor, en la hora aciaga,
te bendigo, en el goce y en la pena.
Te bendigo, en el beso y en la llaga.

¹⁵ Una antología respetable de la poesía religiosa mexicana es el libro citado de Raymundo Ramos.

Estos dos fragmentos muestran de manera general lo que fue la vida y la poesía religiosa en un siglo condicionado por luchas intestinas. Si bien es cierto que las Leyes de Reforma trajeron consigo cambios sustanciales en las relaciones Iglesia-Estado, también es cierto que la religiosidad individual tuvo las dos caras de la moneda. Algunos aprovecharon la oportunidad para llevar una vida de mayor relajamiento y otros, por el contrario, exacerbaron su catolicismo frente a la amenaza de las nuevas religiones que de manera incipiente penetraban en México. Tampoco hay que olvidar que en el siglo XIX de manera violenta se declaró una lucha sin cuartel contra la existencia de Dios por parte de los filósofos que niegan a Dios para que el hombre sea su propio dios, y reaccionan contra una interpretación de Dios que hizo suya la burguesía. El anti-teísmo de esa época lo representa la famosa frase de Bakunin: “Si Dios existiera, habría que suprimirlo.” En esa época en México, se le atribuye a Ignacio Ramírez “el Nigromante”, la frase: “Dios no existe.” De este periodo Zaid señala:

Desde mediados del siglo XIX, sobre todo después de las Leyes de Reforma, se multiplicaron las publicaciones católicas, en el estilo de la época: el periodismo doctrinal. También se crearon muchas escuelas católicas, como algo indispensable, frente a la enseñanza laica, y no sin repercusiones, como las que obligaron a don José López Velarde, padre de Ramón, a cerrar su próspero Colegio Morelos (el gobernador de Zacatecas le negaba la certificación oficial) y emigrar con su familia a Aguascalientes.¹⁶

¹⁶ Zaid, *op. cit.*, p. 49. No sé de dónde obtuvo esta información Zaid, ya que el Colegio Morelos pertenecía a la señorita Cervantes, y el cambio a la ciudad de Aguascalientes obedeció al nombramiento del licenciado Guadalupe López Velarde (padre del poeta) como Notario Público

No obstante la destrucción (por desgracia) de conventos y archivos, las nuevas reglamentaciones del culto público, las teorías positivistas en boga hacia el último tercio del XIX, la apertura de iglesias protestantes, la desigualdad social que ya asomaba un próximo derrotero en todos los órdenes, México seguía siendo un país eminentemente católico. Ahora bien, durante este incierto siglo, los poetas dejaron constancia si no de su religiosidad, sí de su militancia católica. Cabe preguntarnos si la poesía religiosa de estos tiempos era una actitud o simple retórica. El poeta, más que nadie, a través de la palabra y más aun del poema, se ha sentido ligado espiritualmente a lo sagrado, a lo divino, de suerte que el poema religioso se convierte en auténtico puente entre el poeta y Dios. Y si de algo se tiene necesidad en los días aciagos es de un Dios que sostenga la entereza, revele y dé sentido a la existencia misma. Entonces religión y poema se funden en un acto de purificación, expiación y comunión. Para Octavio Paz, poesía y religión son revelación, por lo que asumimos que para el poeta decimonónico al escribir poesía religiosa tuvo una doble revelación. Aquí cobra sentido lo señalado por Ramos: “La poesía religiosa liga dos veces al hombre: lo liga a la semántica de Dios y a la retórica del poema. Es, por eso, una poesía comprometida. Su compromiso puede ser total, o sólo vinculatorio de pasajera iluminación. Ambos igualmente valiosos en su experiencia de vida.”¹⁷

Los párrafos anteriores nos dan una idea de lo que fue la vida y poesía religiosa en México durante la Colonia y el siglo XIX. Esto se ha hecho con el

en la ciudad de Aguascalientes en 1898. Para mayor abundancia véase: Elisa García Barragán y Luis Mario Schneider, *Ramón López Velarde, Álbum* (México: UNAM, 1988)

¹⁷ Ramos, *op. cit.*, p. 35.

afán de estudiar la poesía de Pellicer en un espectro de mayor amplitud, ya que su vida y obra corren a la par del siglo XX, el cual no ha quedado exento de cambios trascendentales que han repercutido de manera decisiva en el culto religioso y en la producción literaria de esta índole.

Si bien es cierto que entre 1857 y 1917 se afirma la laicidad de México como Estado, no obstante, en lo privado continúa siendo un país eminentemente católico. En el siglo XX, el primer gran movimiento de una renovación cultural corresponde al Ateneo de la Juventud (1909-1914) que aboga por la caída de las bases educativas del positivismo y propicia el retorno al humanismo y a los clásicos. El grupo es conformado por filósofos, críticos, ensayistas y poetas: “En la primera mesa directiva, el presidente (Antonio Caso) y el secretario de actas (Genaro Fernández MacGregor) eran católicos. [...] En la generación de los Siete Sabios, también hay católicos. En particular, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano sueñan con un socialismo cristiano, antes de que el primero abandone el socialismo y el segundo el cristianismo.”¹⁸ Este grupo de gran importancia también fue el llamado Generación de 1915, quienes estaban unidos por experiencias comunes derivadas de la Revolución: el asesinato de Madero, su decidido rechazo a la dictadura huertista y los centros de formación educativa: Escuela Nacional Preparatoria y Escuela Nacional de Jurisprudencia. Entre sus integrantes se encuentran, aparte de los mencionados: Alfonso Caso, Manuel Toussaint, Narciso Bassols, Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas. Ese mismo año Antonio Caso dicta un curso de estética en la Escuela de Altos Estudios y un ciclo en la Universidad Popular que edita, primero en 1916, bajo el

¹⁸ Zaid, *op. cit.*, p. 63.

título *La existencia como economía y caridad*, después en 1919 aparece como *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*. A los cursos asistieron González Martínez, López Velarde y Saturnino Herrán. Quizás de ahí la afirmación de Zaid: “En 1915, cuando la vanguardia católica estaba en su apogeo, Ezra Pound publicó una *Catholic Anthology* que reunía a tres poetas católicos: Yeats, Eliot y Williams. Pero también allá desapareció el adjetivo.”¹⁹

Al triunfo de la Revolución, José Vasconcelos, quien es nombrado por Álvaro Obregón, Secretario de Educación Pública, recuerda de esa época sus intenciones educativas:

Ligar el esfuerzo misionero católico que engendró nuestra nacionalidad, con un proselitismo regenerador, que sin perjuicio de especializarse en los aspectos técnicos de la cultura moderna, lograrse frutos de espíritu tan fecundos como los antiguos, cuya raíz es el amor al semejante.²⁰

En 1925 se fundó la Liga Nacional de Defensa Religiosa, movimiento de abierto carácter antigubernista en respuesta a las modificaciones de los artículos 3º, 5º, 24, 27 y 130 en la Constitución de 1917, y que trajo como consecuencia la hostilidad contra sacerdotes, monjas y grupos de conservadores. El resultado fue una cruenta guerra entre católicos y gobierno de 1926 a 1929. La insurrección movilizó a grandes masas de católicos en los estados de Jalisco, Colima, Nayarit, Guanajuato, Michoacán y Zacatecas. Al término del conflicto los ministros católicos volvieron a actuar con las libertades que tenían, pero quedaron privados de sus derechos como ciudadanos.

¹⁹ *Ibidem*, p. 14.

²⁰ En Carlos Monsiváis, “1921, Vasconcelos y el nacionalismo cultural”, *Historia General de México* (México: El Colegio de México, 1976), p. 236.

En la primera mitad del siglo XX, destacados católicos hicieron grandes contribuciones a la cultura, como es el caso de don Ángel María Garibay y los hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte, quienes revaloraron la poesía indígena y virreinal. En 1932, el sacerdote Octaviano Valdés, promotor de la tertulia conocida como “el mate”, congregó a los hermanos Méndez Plancarte, don Ángel María Garibay y Alfonso Gutiérrez Hermosillo. De estas reuniones surgió la revista *Ábside*, de edición trimestral, la que se publicó hasta 1975, es decir durante 39 años. Durante todos estos años, desfilaron en las reuniones personalidades como Agustín Yáñez, Alfonso *Chato* Noriega, Francisco Liguori, Andrés Henestrosa, Antonio Gómez Robledo, Sergio Méndez Arceo, Antonio Brambila, Joaquín Antonio Peñalosa, Francisco Monterde, José Rojas Garcidueñas, Ernesto Mejía Sánchez, Jorge Hernández Campos, Daniel Moreno, Juan José Areola, Ricardo Garibay, Alí Chumacero. En 1974 escribió Yáñez:

En las reuniones el Padre Valdés va sirviendo el mate con exquisita, callada cortesía, escucha la dialéctica de blancos y rojos, los encendidos chascarrillos y cuentos, la lengua viperina de Andrés (son palabras de Yáñez) y los epigramas de Liguori. Mas ha sido creado el clima cordial de confianza donde tios y troyanos hablan de todo lo divino y lo humano; filología y política, filosofía y chismografía en fluvial, encontrada corriente.²¹

En el siglo XX, dueño de una tradición poética y religiosa, prolífico en poesía religiosa, la íntima y devota fe católica aflora en los versos masculinos y femeninos. Raymundo Ramos, en su *Deítico de poesía religiosa mexicana*, antologa más de noventa poetas que van de José Juan Tablada (1871-1945) a José

²¹ En Tarsicio Herrera Zapién, “Domingos del mate con Octaviano Valdés”, *Revista Castálida*, (Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, Núm 21, 2003), p. 60.

Emilio Pacheco (1939). Y cabe decir que sólo se ocupó de aquellos que forman parte del canon. Pero al hacer una revisión exhaustiva de quienes podemos considerar que han hecho una verdadera obra poética religiosa, el número se estrecha, y nos encontramos que Concha Urquiza pasó una temporada en la congregación de las Hijas del Espíritu Santo en Morelia, y que los demás fueron sacerdotes: Alfredo R. Placencia (1875-1930); Octaviano Valdés (1901-1991); Francisco Alday (1908-1964); Manuel Ponce (1913-1984) y Joaquín Antonio Peñalosa (1923- 1999). En ellos, la poesía parte de una experiencia clerical. La excepción la hace Carlos Pellicer, donde estriba su excepcionalidad.

Al pasar revista a la poesía religiosa del siglo pasado Raymundo Ramos señala:

En la poesía del siglo XX, se recupera el diálogo prístino con Dios. Tal vez, porque se sabe que la intermediación le resta acentos de verismo al poema. La Poesía pasa por una experiencia de vida y, sin ésta, se falsea la temática. En esta curvatura hay un regreso a Dios como poesía y a la poesía como Dios; esto satisface al devoto de la forma y del alma.²²

Lo antes señalado nos muestra que Pellicer no sólo encontró en el seno materno el entorno religioso, el catolicismo se respiraba en todos los ambientes de la vida pública y cultural del país, aunque muchas veces en franca contradicción y en posiciones marcadamente contrarias. Aquí cabe la afirmación contundente de Zaid: “De ser la cultura oficial, la cultura católica pasaba a ser una cultura de gueto, que luchaba por afirmarse y sobrevivir.”²³

En esta tesis el estudio se centra en la poesía religiosa que Carlos Pellicer escribió entre 1914 y 1976. No obstante, la mayor parte de esta

²² *Ibidem*, p. 36.

²³ *Ibidem*, p. 48.

producción se encuentra en su libro *Práctica de vuelo* (1956), que integra los contextos y los móviles de su escritura, y a los que se apega el análisis de este trabajo, mismos que podemos clasificar de la siguiente manera: en un primer plano tenemos el contexto histórico-autobiográfico en el que destaca su condición de católico, profesión religiosa derivada del vínculo con la madre; el otro corresponde a la experiencia religiosa individual que se resuelve en lenguaje manifestado en texto poético-religioso, en que palabra y forma se subordinan a la íntima vivencia cristiano-religiosa.

Se puede decir que Carlos Pellicer abarcó todas las posibilidades temáticas de la poesía religiosa católica, en sus poemas encontramos la celebración, la poesía adoratoria, la plegaria, el rito, la circunstancia, la devocional, pero sobre todo, la teofánica, que se refiere a la manifestación de Dios. En esta poesía cristocéntrica, Jesucristo, reconocido como único Dios se convierte en el leitmotiv, a lo largo de la poesía pelliceriana se presenta como niño-Dios; Dios-hombre; Dios-crucificado; Jesús-hijo de Dios; Jesús-Dios-resucitado; el cuerpo místico de Cristo incorporado a la naturaleza y Dios omnipotente y omnipresente. Uno de los grandes aportes de Pellicer el poeta, el religioso, es el optimismo cristiano que trasluce en toda su poesía, un Dios positivo donde la fe es: “[...] un estado del alma dichoso y deslumbrado.”²⁴

A lo largo de este trabajo, el método utilizado ha sido el analítico donde convergen elementos como la biografía, la que importa según Wellek y Warren, en la medida de la luz que arroja sobre la obra poética, y de que explica e ilustra el producto efectivo de la poesía.²⁵ Para la exégesis y acercamiento al significado

²⁴ Paz, *op. cit.*, p. 82.

²⁵ René Wellek y Austin Warren, *Teoría literaria* (Madrid: Gredos, 1985), p. 90.

del poema ha sido importante tomar en cuenta los recursos literarios de los que se ha valido el poeta en el proceso creativo, tales como la imagen, el símbolo y la metáfora, mismos que se encuentran presentes en cada uno de los poemas, en virtud de lo que señala Paz:

La esencia del lenguaje es simbólica porque consiste en representar un elemento de la realidad por otro, según ocurre con las metáforas. [...] Y asimismo [el lenguaje] es un instrumento mágico, esto es, susceptible de cambiarse en otra cosa y de trasmutar aquello que toca.²⁶

La poesía religiosa de Pellicer la veremos como un conjunto de significados, que trascienden los contextos autobiográfico y personal-histórico, a través del lenguaje convertido en una unidad autónoma articulada por signos en donde la imagen y el símbolo revelan el poema. Entendida la imagen en el concepto de Octavio Paz:

El lugar en donde nombres y cosas se funden y son lo mismo. La imagen dice lo indecible: las plumas ligeras son piedras pesadas. [...] La imagen es una frase en que la pluralidad de significados no desaparece. La imagen recoge y exalta todos los valores de las palabras, sin excluir los significados primarios y secundarios. [...] Por obra de la imagen se produce la instantánea reconciliación entre el nombre y el objeto, entre la representación y la realidad.²⁷

Paz coincide con Ezra Pound, para quien la imagen es “lo que presenta un complejo intelectual y emocional en un instante de tiempo, como una unificación de ideas dispares.”²⁸ Anthony Stanton al analizar el segundo poema escrito por Paz, “Cabellera”, encuentra en él las huellas de Pellicer: “El recurso de numerar

²⁶ Octavio Paz, *El arco y la lira* (México: Fondo de Cultura Económica, 1956, Sexta reimpresión, 1986), p. 34.

²⁷ *Ibidem*, pp. 106-109.

²⁸ En Wellek, *op. cit.*, p. 223.

las breves estrofas para dotarlas de autonomía (el poema como encadenamiento de imágenes) proviene indudablemente de Pellicer.”²⁹ Para Paz: “Las imágenes poéticas poseen su propia lógica y nadie se escandaliza porque el poeta diga que el agua es de cristal o que ‘el pirú es primo del sauce’ (Carlos Pellicer).³⁰

En la poesía religiosa de Carlos Pellicer las imágenes que utiliza son metafóricas o simbólicas, en donde los símbolos son de significado sugestivo, trascendente y remiten a un ámbito espiritual de una realidad individual que cobra significado en el poema.

La metáfora es vista en los términos que postula Paul Ricoeur:

Una metáfora es una creación instantánea, una innovación semántica que no tiene reconocimiento en el lenguaje ya establecido, y que sólo existe debido a la atribución de un predicado inusual o inesperado. La metáfora, por lo tanto, es más la resolución de un enigma que una simple asociación basada en la semejanza; está constituida por la resolución de una disonancia semántica.³¹

Para Ricoeur la metáfora no existe por sí misma, sino dentro y a través de una interpretación. La interpretación metafórica presupone una interpretación literal que se autodestruye en una contradicción significativa. Es este proceso de autodestrucción o transformación el que impone una especie de giro a las palabras, una extensión del significado, gracias a la cual podemos comprender cuándo una interpretación literal sería disparatada.³²

²⁹ Anthony Stanton, *Las primeras voces del poeta Octavio Paz (1931-1938)* (México: Ediciones Sin Nombre / CONACULTA, 2001), p. 28.

³⁰ Paz, *op. cit.*, p. 107.

³¹ Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación* (México: Siglo XXI / Universidad Iberoamericana, 2003), p. 65.

³² *Ibidem*, p. 63.

Para el teórico francés la metáfora es un error calculado, que reúne cosas que no van juntas y que, por medio de este aparente malentendido, hace que brote una nueva relación de sentido. Una metáfora no es un adorno del discurso, nos dice algo nuevo sobre la realidad.

Pellicer hace uso de la metáfora en su poesía para revelar un nuevo significado y como lo señala Wellek: “La poesía sacra católica o protestante parece, a primera vista, que ha de ser metafórica, sin remedio, y así lo es predominantemente”.³³

No obstante de que el símbolo se emplea en diferentes ámbitos para distintos fines y que se presenta como término en diversas áreas del conocimiento, Wellek encuentra como elemento común el de algo que representa a algo distinto. Con objeto de determinar su autonomía respecto de la imagen y de la metáfora, el teórico lo hace de la siguiente manera:

¿Hay algún aspecto importante en que el ‘símbolo’ difiera de la ‘imagen’ y de la ‘metáfora’? Creemos que, primariamente, en la reiteración y persistencia del símbolo. A una ‘imagen’ puede recurrirse una vez como metáfora, pero si se repite persistentemente, como presentación a la vez como representación, se convierte en símbolo.³⁴

Las palabras anteriores coinciden con Ricoeur para quien los símbolos son figuras recurrentes dentro de las cuales una cultura entera se identifica. De esta forma tenemos que los símbolos religiosos de la cultura católica que apuntan a un sentido trascendente, fueron empleados por Pellicer en su poesía religiosa como son la cruz, el trigo, la espiga, el agua, el sol, el árbol-cruz-hombre, el vuelo, la noche, entre otros muchos más. Para Wellek “los símbolos religiosos se basan en

³³ Wellek, *op. cit.*, p. 232.

³⁴ *Ibidem*, p. 225.

alguna relación intrínseca entre el ‘signo’ y la cosa ‘significada’: la Cruz, el Cordero, el Buen Pastor.”³⁵

De lo anterior podemos concluir que si de algún recurso se valió Carlos Pellicer en la elaboración de su poesía religiosa fue del símbolo reiterado y persistente con el que se identifica la tradición cultural católica, principalmente a través de la liturgia, y que ha sido, principalmente, el elemento de que nos hemos servido para el análisis de su poesía en este trabajo.

En el primer capítulo se establece el contexto histórico-biográfico de Pellicer: el entorno familiar; los influjos de la revolución Mexicana, su temprano inicio en la poesía religiosa (1914); las primeras influencias poéticas; su incursión en el ambiente literario de la época; la Escuela Nacional Preparatoria; su relación con el grupo Contemporáneos; las primeras publicaciones (*Gladios*, 1916) y sus prolongados viajes en América del Sur y Europa. A lo largo del capítulo se hace un análisis de toda su producción poética religiosa que incluye desde los primeros poemas no coleccionados y los libros: *Colores en el mar* (1921); *Piedra de sacrificios* (1924); *6,7 poemas* (1924); *Hora y 20* (1927) y *Camino* (1929). Con este libro último también termina la primera época de la poesía pelliceriana.

El segundo capítulo corresponde a la edad madura del poeta, el paisaje exuberante del trópico se vuelve íntimo e interior, su orientación sexual cobra vida en libros de intenso amor: *Hora de Junio* (1937) y *Recinto y otras imágenes* (1941). A la muerte de su madre, Pellicer encuentra la máxima fuerza protectora en la renovación de su fe católica y escribe *Práctica de vuelo* (1956). En este

³⁵*Ibidem*, p. 224.

capítulo se estudian 62 de los 87 sonetos que integran el poemario. Aquí el yo poético, el yo espiritual, a través del poema-oración, pretende alcanzar la plenitud en la medida que el alma sea envuelta y abrazada por la divinidad. Las imágenes y el simbolismo dan vida al poema, donde la espiritualidad asciende a un plano de interioridad en que la comunicación con la divinidad vuela en prácticas poéticas de verdadera devoción y entrega.

El capítulo tercero está dedicado al estudio de la poesía devocional que Pellicer dedicó a lo largo de su vida a San Francisco de Asís. En este capítulo se revela el motivo del optimismo y alegría cristianos que Pellicer, desde su inicio, profesó en su poesía. El estudio está enmarcado dentro del contexto histórico y doctrinal del santo de Asís, así como su trascendencia espiritual y material en el México colonial. En este apartado, además de la poesía franciscana del poeta tabasqueño, se hace un análisis sobre una de las actividades que practicó durante décadas: la elaboración del Nacimiento cada Navidad; fiesta religiosa y personal que lo unía, por un lado, a la celebración del nacimiento de Jesús y, por otro, a la infancia y al vínculo materno.

Por último, como apéndice de este trabajo, se reúne por primera vez la producción completa de la poesía religiosa de Carlos Pellicer, misma que fue el objeto de estudio de esta tesis.

Capítulo I

Auto de fe religiosa.

Poemas de juventud

Carlos Pellicer Cámara nació el 16 de enero de 1897 en la entonces ciudad de San Juan Bautista, hoy Villahermosa, del estado de Tabasco. Su padre, Carlos Pellicer Marchena hizo los estudios de bachillerato en Campeche y de farmacéutica en Villahermosa y en México, donde se recibió. De esa época Pellicer recuerda: “Mi padre, por algunos años fue el principal animador de los carnavales de Villahermosa. Su carácter era bastante bromista y alegre; le encantaba hacer diabluras...”³⁶ Su madre, Deifilia Cámara, desde los primeros años sería la figura más importante en la vida del poeta. Ella le enseñó las primeras letras con el método Rébsamen y a leer versos con el libro *Cantos para el Hogar* de Juan de Dios Peza. En 1942 Pellicer escribe “Nocturno a mi madre” en el que hace una impresionante descripción de lo que fue su madre y su capital importancia en religiosidad:

Rezar con mi madre ha sido
mi más perfecta felicidad.
Cuando ella dice la oración Magnífica,
verdaderamente glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo
[para siempre jamás.
[...] Todos los días, al responderle las letanías de la Virgen
- Torre de Marfil, Estrella Matinal -
siento en mí que la suprema poesía
es la voz de mi madre delante del altar.
[...] Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir versos,
y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar.

Las enseñanzas y vivencias de la infancia, son marcas indelebles, son la ciudad descrita por Kavafis: *La ciudad irá en ti siempre. / Volverás a las mismas calles.*

³⁶ Carlos Saavedra, “Los primeros años”, en *Primeras jornadas pellicerianas* (Tabasco: Gobierno del estado de Tabasco, ITC Ediciones, 1990), p. 16.

La infancia de Pellicer siempre estuvo con él. Aunque siendo niño salió de Tabasco, siempre llevó consigo el trópico y, más aun, las oraciones aprendidas de su madre fueron las calles a las que siempre volvió: *Rezar con mi madre ha sido / mi más perfecta felicidad.*

Para la familia Pellicer Cámara 1907 será un año decisivo, los grupos antiporfiristas se agrupan en la ciudad de Villahermosa y se suceden actos de violencia entre los gobiernistas y la población civil. En estas fechas la rebeldía se extendía a nivel nacional causada por el desgaste de obreros y campesinos bajo la tiranía de la dictadura. De ese año se conserva la foto que le fue tomada a Pellicer con motivo de su primera comunión junto al obispo de la ciudad, en cuyo reverso Carlos Pellicer escribió: “Débil prueba de cariño y gratitud al Ilustrísimo Sr. Obispo Don Francisco Campos y Ángeles. Su hijo que no lo olvida y pide sus bendiciones.” La dedicatoria está firmada y fechada el 6 de octubre de 1907, que debe ser la misma en que la celebró. En entrevista con Emmanuel Carballo en 1962, Pellicer recordaría de aquellos tiempos:

Aun cuando la mayor parte de mi vida la he pasado en el Valle de México, no hay que olvidar que la infancia pesa mucho. Las cosas que me ocurrieron en Tabasco durante mi niñez (la muerte de mi hermano Ernesto, mi primer viaje al mar, el amor a mi madre) son impresiones y emociones que fueron carburando, lentamente, en lo que más tarde hice o actué con el idioma. Todas esas cosas siguen pesando en mi vida. Yo he sido un tropical insobornable.³⁷

En 1908 ya se encuentran en la capital, donde su padre compró una farmacia frente al mercado “Martínez de la Torre”, pero como el negocio no prosperó, en 1910 la familia se trasladó a vivir a un edificio de la calle de Seminario, junto al

³⁷ Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la Literatura Mexicana* (México: Porrúa, “Sepan cuantos...”, 1994), p. 192.

Sagrario de Catedral, ya que el padre se contrató como empleado en la botica “Droguería del Seminario”. Estos cambios incidieron en los estudios primarios del poeta, quien cursó en diferentes escuelas la educación primaria. Se sabe que el 4° y 5° año los hizo en el “Instituto Científico San Francisco Borja”, dirigido por jesuitas, el 6° grado y los dos primeros de primaria superior los realizó en la escuela “Ponciano Arriaga”. En el mismo año de 1910 nació su hermano Juan que murió en 1970.

En 1996 se reunió la poesía completa de Carlos Pellicer en tres tomos, edición a cargo de Luis Mario Schneider. En el tomo III de más de 500 páginas se publicaron los “Primeros poemas, 1911-1921”³⁸ El primer poema, fechado el 24 de noviembre de 1911, esto es casi a punto de cumplir 15 años de edad, inicia con los versos: *Furioso el mar estaba. / Las altas olas desgastaban rocas.* Como vemos, el mar entra desde el primer verso y toda su agua inundará la obra completa del poeta tabasqueño. En 1912 escribió el que se pensaba era su primer poema: “Balada del crepúsculo”, que en sus versos inaugurales dice: *La tarde iba a morir. Sobre las olas, / el Sol una mirada postrera envió...* Aquí entra otro elemento fundamental en la poesía pellireciana: el sol escrito con mayúscula, no en balde habría de recibir entre los muchos epítetos: “El poeta del sol”. Ese año Pellicer tuvo un encuentro significativo con la poesía. José Santos Chocano fue invitado a dar dos recitales, uno en el Teatro Abreu, y el otro en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Años después Pellicer declararía: “Chocano recitó treinta y cuatro poemas... fue una avalancha de emociones. La imagen de América se dibujó en mi alma sacudida por el verbo emotivo y vigoroso de

³⁸ A lo largo de este trabajo se utilizará esta edición. Carlos Pellicer. *Poesía completa*, edición de Luis Mario Schneider (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Ediciones el Equilibrista, 1996).

Chocano (...) Quedé tan impresionado de la poesía de Chocano, que su influencia fue grande sobre la obra de mi adolescencia.”³⁹

Tal parece que el destino de Pellicer fue el cambio, el viaje, porque sin proponérselo desde niño se vio envuelto en bruscos virajes. El primero fue la salida de Tabasco, el segundo en 1913 a causa de la Revolución. De estos sucesos él comenta que desde un balcón de su casa fue testigo del asesinato del General Bernardo Reyes, padre de Alfonso Reyes. A las órdenes de Álvaro Obregón, se enrola en el ejército constitucionalista el padre del poeta, prestando sus servicios como médico. Pellicer, junto con su madre y su hermano Juan, se ven obligados a abandonar la ciudad de México. En la entrevista con Carballo, refiriéndose este último a la afinidad católica con Ramón López Velarde, Pellicer responde: “Él padece la Revolución; a mí la Revolución me forma. Los adolescentes que vivimos la Revolución sufrimos grandes cambios. A los veinte años mi catolicismo era diferente, si es que era efectivamente catolicismo, al que sentía y practicaba a los catorce.”⁴⁰

La familia emigra primero a Orizaba, después a Xalapa, donde comparte una tertulia literaria con Carlos Chávez y un grupo de amigos que leían la obra de Lugones, Chocano, Neruo y Darío. El itinerario sigue a Yucatán, donde pasan unos meses para finalmente asentarse en Campeche. Los apuros económicos eran grandes, la madre del poeta se ayudaba haciendo dulces que Pellicer vendía y con el escaso salario que el poeta recibía como ayudante en el Banco Nacional de México. Su estadía en Campeche le ofreció a Pellicer el regalo del mar. En las tardes, puntual acudía a sus playas donde se impuso como obligación la escritura

³⁹ Mario Puga, “El escritor y su tiempo: Carlos Pellicer” (México: *Revista de la Universidad de México*, Núm. 6, 1956), p. 16.

⁴⁰ Carballo, *op. cit.*, p. 202.

de un soneto por día cuando menos. Muchos de ellos fueron inspirados en la novela *¿Quo Vadis?* de Sinkiewicz, según recuerda el poeta, fueron más de 100 y hasta pensó en reunirlos en lo que sería su primer libro y que se llamaría *En rumbo*. Posteriormente, en 1916, en la revista *Gladios* se publicarían algunos de ellos.⁴¹ En este viaje conoció a Esperanza Nieto, su única novia, con la cual mantendría un largo noviazgo de más de 7 años, y es ella quien le inspira una gran cantidad de poemas amorosos que transitan desde *Colores en el mar y otros poemas* (1921), hasta *Camino* (1929).⁴² Pellicer reconocerá la importancia de este periodo de su vida en su discurso de ingreso como miembro de número en la Academia de la Lengua, en 1953: “Recuerdo que allá en mi adolescencia, un día en Campeche, oí en la calle la palabra esmaltín. Yo vivía en el barrio de San Román. Al día siguiente, después de uno de tantos años, escribí:

Esmaltín en la playa el cangrejo,
esparcía su absurdo vigor.
Sobre aquella playa silenciosa
descansé mi corazón.⁴³

Precisamente en el año de 1914, en el mes de septiembre, fecha en la ciudad de México el primer poema en que manifiesta su religiosidad:

Dedicatoria a Dios.

SEÑOR:

Estoy en los umbrales de la selva.

⁴¹ La primera publicación que se conoce de Pellicer data del 17 de enero de 1914 en el semanario *Tabasco Gráfico*, y se trata de una “Crónica de arte” en la que reseña el concierto del guitarrista Miguel Roldán Yáñez, ofrecido el día anterior en el Teatro Merino de Villahermosa.

⁴² Todos estos poemas fueron reunidos en el libro: *Carlos Pellicer. Versos a Esperanza*, edición y estudio preliminar de Luis Mario Schneider (Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, 1998).

⁴³ En Samuel Gordon, *Carlos Pellicer. Breve biografía literaria* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Ediciones del Equilibrista, 1997), p. 17.

Son flores del camino éstas que ves;
las dejo en el altar de tu grandeza.

Ahora, Señor, perdóname,
y déjame una flor, la que tú quieras.
Hubo un tropel de notas de violines
entre el grito victorioso de los [ilegible] clarines.

Y el Señor:

“Di para quién es.”

Señor, es para una mujer...⁴⁴

En este caso se trata de una religiosidad muy particular, tomando en cuenta que lo escribe un adolescente enamorado. En el primer verso con mayúsculas saluda e invoca a Dios, en el segundo le ofrenda “flores del camino”. Aquí manifiesta la sencillez franciscana que le acompañará toda su vida. En la segunda estrofa hace la petición, y en la tercera “el Señor” le responde de manera positiva. En este sencillo poema a manera de plegaria, encontramos que el poeta adolescente tiene una relación de diálogo y de completa confianza en la bondad de Dios. Ese mismo año escribe el “Soneto de Navidad a la señorita Ana María Gabucio”. Este poema anuncia otro tema recurrente en la poesía y vida de Pellicer, el nacimiento del niño Dios. Su devoción franciscana, su afición por elaborar cada año en su casa el nacimiento y sus poemas de Navidad, se verán en capítulo aparte. Al año siguiente, esto es 1915, escribe “Tríptico sagrado”⁴⁵ que más que presentar fervor, semeja un retablo de tres cuerpos cincelados y dorados en retórica más que devoción. En la primera parte se da forma a la estructura de arcos en oro

⁴⁴ *Poesía completa*, III, p. 43.

⁴⁵ *Poesía completa*, III, p. 95.

esculpido, en la segunda coloca en el centro a Cristo crucificado mostrando su carne blanca y el trozo de tela cubriendo su castidad. En la última parte describe dentro de una cueva de oro un atardecer en el que destacan los planetas y, en el centro del paisaje crepuscular, San Pedro al que se refiere como “el viejo señor del Vaticano”, quien sostiene en sus manos el trigo como símbolo de la eucaristía. Al final de esta estrofa se encuentra el precedente de los famosos versos del poema con el que abre *Colores en el mar*. El terceto dice:

En los dedos del viejo señor del Vaticano,
trigo, eres la carne, oro bebes el vino
de la sangre divina.

Este último verso se convertirá en “la divina sangre de la herida”. Además, en el poema ya vemos cómo irrumpen las imágenes sorprendentes que lo harán célebre. “[...] se aduermen esmeraldas cual si fuesen miradas”. La idea del retablo, que más adelante también utilizaré, y el uso del lenguaje coinciden con la afirmación de José Luis Martínez: “La suya es una poesía plástica, dueña de la palabra sonora y audaz, exuberante y desigual por lo mismo.”⁴⁶

Pellicer casi siempre tuvo el cuidado de fechar sus poemas. Por ese motivo sabemos que casi todo el año de 1915 lo pasó fuera de la ciudad de México, en Xalapa, Veracruz, Yucatán y Campeche, sobre todo en esta última ciudad. Al término de este año el poeta ya había escrito más de 150 poemas, los que suman más que la obra completa de algunos poetas. En 1916 aparece inscrito como alumno de segundo año en la Escuela Nacional Preparatoria, donde entabla amistad con Torres Bodet (1902-1974) y Ortiz de Montellano (1902-1974), de

⁴⁶ En Edward J. Mullen, *La poesía de Carlos Pellicer. Interpretaciones críticas* (México: UNAM, 1979), p. 223.

quien Guillermo Sheridan dice: “Huérfano de padre desde los 15 años, Ortiz de Montellano se había entregado desde entonces a dos pasiones: Amado Nervo y la religión católica.”⁴⁷ Pellicer, famoso desde joven por el uso de corbatas de seda de colores escandalosos, ya era admirado por sus compañeros quienes lo veían con respeto. “A los 15 años de edad, cuando Torres Bodet y Ortiz de Montellano recorren ‘las siete casas’ en compañía de sus familias, Pellicer ya pertenecía a la bohemia posmodernista de Rebolledo y cuidaba su atildada personalidad de *dandy* adolescente cuando los otros eran vestidos como niños de familia.”⁴⁸

Entre enero y febrero de 1916 aparecieron los dos únicos números de la revista *Gladios*, que reunió a Luis Enrique Erro, Octavio G. Barreda, Guillermo Dávila, Carlos Chávez y a Carlos Pellicer, quien le dio el nombre a la revista. En la nota de presentación del primer número de la revista, Pellicer declararía: “¡*Gladios* es juventud, una inspiración divina! Somos un grupo de estudiantes y artistas [...] que consagramos estos momentos de nuestras vidas y los mejores años de nuestra juventud a una labor noble y sacrosanta.”⁴⁹ En este texto que habla por sí solo, está la declaración a manera de manifiesto de los jóvenes artistas católicos.

Algo ocurre en el interior de Carlos Pellicer a partir de 1916. En el poema “Mi corazón es viejo y está herido”, dice:

Anímate alma mía, llora, olvida
y mata el pensamiento que sofoca
hasta la asfixia tu dorada vida!

⁴⁷ Guillermo Sheridan, *Los contemporáneos ayer* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), p. 38.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 39.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 40.

Eres cristiana y no naciste loca!
Confía en el Señor y resignada
vencerás de la carne que te toca!...

[...] Hágase, oh Señor, tu voluntad
así en la tierra como allá en el cielo...⁵⁰

Y unos meses adelante, en febrero de 1917, en la que el poeta llama “Noche de honda aflicción”, escribe en el “Nocturno patético”:

Mis veinte años cristianos sangran hostilizados
por dolores tan íntimos que no debo contar!⁵¹

En estos versos exterioriza una gran angustia motivada por un suceso o un descubrimiento inesperado y que al parecer lo ha tomado por sorpresa, o bien soterrado desde tiempo atrás: el instinto de la carne emergió abrupto y contundente. En el primer poema la clave está al descubierto. “Confía en el Señor y resignada / vencerás la carne que te toca”. Aunque Pellicer guardó siempre una conducta pública de gran discreción, fue de todos conocida su homosexualidad. Si por un lado es cierto su noviazgo con Esperanza Nieto, también lo es que se trató de un amor intenso pero platónico. Quizás en él buscaba un asidero ante un destino que le tenía previsto un derrotero muy diferente. El conjunto de los versos citados nos dan la idea que a sus veinte años ya era consciente de que su sexualidad iba por otro camino (“dolores tan íntimos que no debo contar”) a la cual él se resistía invocando su fe en Cristo.

⁵⁰ *Poesía completa*, III, p. 195.

⁵¹ *Poesía completa*, III, p. 292.

Salvador Novo recuerda a Pellicer en ese año: “En los cursos de 1917 se acostumbraba en el Anfiteatro hacer una ceremonia en la cual había números de veladas musicales... En esta ceremonia...yo vi de lejos y asombrado a un poeta melenudo que con voz muy potente, muy gruesa, muy sonora, decía versos que no se parecían en nada a los que yo leía en mis libros de poemas. Este joven melenudo era Carlos Pellicer...; salió casi en hombros de aquella ceremonia en el Anfiteatro de la Preparatoria.”⁵²

Por otro lado en 1917 la Iglesia católica recibió un golpe con la promulgación de la nueva Constitución bajo la presidencia de Venustiano Carranza. El artículo 3º entre otras cosas estableció la educación laica y la prohibición de dirigir o establecer escuelas de instrucción primaria a corporaciones religiosas. Pero el artículo de mayor impacto fue el 130, que redujo las actividades de los sacerdotes así como de las agrupaciones religiosas. Otorgó a las Legislaturas de los Estados la facultad de determinar el número máximo de ministros de los cultos, según las necesidades locales. Estipuló como obligatorio para ejercer el ministerio de cualquier tipo, el ser mexicano por nacimiento, y determinó que ningún ministro podría hacer críticas a las leyes del país, de las autoridades en particular, o en general del Gobierno; ni tendrían voto activo ni pasivo, ni derecho para asociarse con fines políticos. Estas modificaciones a la Constitución derivarían en la Guerra Cristera (1926-1929). Pocos años después Carlos Pellicer desde Colombia en las cartas escritas a su madre mostraría su devoción por Carranza y su alegría por la muerte de Zapata.

⁵² En Mullen, *op. cit.*, p. 223.

Para estas fechas Carlos Pellicer ya era ampliamente conocido en algunos círculos literarios, y de nuevo se agrupa con Luis Enrique Erro, Octavio G. Barreda y Guillermo Dávila para la publicación de la revista *San-ev-ank* (1918—1919), la que entre otros méritos tuvo el de reunir en sus páginas a quienes serían los Contemporáneos: Ortiz de Montellano, Torres Bodet, González Rojo, y José Gorostiza. Con el tiempo, esta revista serviría como motor del vasconcelismo, pero en su momento se impregnó del espíritu posrevolucionario imperante entre los universitarios, así como de sus intereses políticos y culturales. A través de sus páginas cargadas de ironía dejaba ver su escepticismo sobre la Revolución. También estaba el deseo de Erro de crear un partido político universitario formado por estos jóvenes católicos.⁵³

En el número 12 de la revista, publicada el 17 de octubre de 1918, ocupa toda una página la fotografía de Carlos Pellicer junto con su hermano Juan, que al calce dice: “El poeta Carlos Pellicer Cámara que partió para Bogotá, Colombia, y su hermanito Juan.” Efectivamente, Pellicer en su calidad de representante de la Escuela Nacional Preparatoria ante la Federación de Estudiantes de México, el 11 de septiembre en sesión extraordinaria fue investido, por el secretario de Relaciones Exteriores, general Cándido Aguilar, del gobierno de Carranza, como agregado estudiantil en Colombia.

Pellicer sale de la ciudad de México el 3 de octubre de 1918 y de regreso llega a Laredo el 2 de septiembre de 1920. En estos casi dos años fuera del país, el joven Pellicer de 21 años va a vivir experiencias que cambiarán el rumbo de su

⁵³ En 1911 se formó el Partido Católico de México, del que diría Francisco I. Madero: “Considero la organización del Partido Católico de México como el primer fruto de las libertades que hemos conquistado. Su programa revela ideas avanzadas y el deseo de colaborar para el progreso de la patria de un modo serio y dentro de la Constitución.” En Zaid, p. 46.

vida. Serge I. Zaitzeff, se dio a la tarea de reunir la correspondencia completa de Pellicer con su madre, padre y hermano durante este viaje.⁵⁴ Por este valioso material podemos atestiguar su interés por las artes plásticas en los días que visitó el Museo Metropolitano en Nueva York, la emoción de Pellicer en la Habana cuando se entrevistó con su admirado Díaz Mirón, la conmoción por la muerte de Amado Nervo y Pedro Requena Legarreta, su posición respecto de los sucesos políticos en México, su creciente veneración por Carranza, la nostalgia de la amistad de José Gorostiza y Carlos Chávez, su animadversión temprana contra los norteamericanos, su intensa relación con José Juan Tablada, quien lo acercó a la vanguardia, su amistad con el poeta colombiano Germán Pardo García, quien -según escribió Luis Mario Schneider-⁵⁵ sea posiblemente el gran amor de Pellicer y que más tarde le inspiraría los poemas de *Hora de Junio*. Pero quizás más significativo sea el que Pellicer alcanza su propia voz. Este viaje es el inicio de la enorme brecha que abrirá con los poetas de su generación.

La copiosa correspondencia con su madre nos abre una ventana, antes insinuada, de una relación en extremo estrecha, y nos sirve como testimonio del vínculo con la religión por mandato materno. La poderosa influencia de su madre se dio desde la infancia de Pellicer. En entrevista con Carballo, recordaría: “Mi madre me enseñó a leer, a decir versos (*Los cantos del hogar*) y me llevó al mar. Poseía el don de disfrutar la naturaleza, y me lo comunicó.”⁵⁶

⁵⁴ *Carlos Pellicer. Correo familiar (1918-1920)*, edición y prólogo de Serge I. Zaitzeff (México: Factoría ediciones, 1998).

⁵⁵ *Carlos Pellicer. Versos a Esperanza*, edición y estudio preliminar de Luis Mario Schneider (Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, 1998), p. 7.

⁵⁶ Carballo, *op. cit.*, p. 190.

A los dos días de su partida, desde Laredo, Texas, le escribe a la madre diciendo: “He cumplido en todo. ¿Entiendes?”⁵⁷ Llegando a Nueva York, le escribe: “No he dejado de hacer todo lo que tú me indicaste. Estoy cumpliendo como bueno...Me portaré siempre bien, pensando en ti.”⁵⁸ Por estas primeras misivas nos enteramos de que la madre de Pellicer, antes de que éste partiera, seguramente le hizo una lista de todos los deberes que tenía que cumplir. No es difícil conjeturar que la mayoría se relacionaban con la conducta y los deberes religiosos que el poeta tenía que seguir al pie de la letra. En los cerca de dos meses de estancia en Nueva York, Pellicer acudió con regularidad a diferentes iglesias:

Ayer asistí a una misa de invitación en la Catedral de San Patricio. Fue algo que no olvidaré nunca, a pesar de que el templo me chocó extraordinariamente. La ceremonia en la que ofició un Cardenal *yankee*, duró como hora y media. Órgano y cantantes magníficos [...] Los templos aquí, suntuosos y enormes, carecen de ambiente de devoción y de tradiciones. Me chocan. Me chocan mucho...Pasado mañana me confesaré y comulgaré en la iglesia de nuestra Señora de la Esperanza. Allí se habla español nada más.⁵⁹

Pellicer en varias ocasiones se ha referido a su madre como la figura trascendental en su vida con un respeto y devoción extraordinarios. Doña Deifilia fue una mujer de una gran fortaleza, quizá debido a las circunstancias que le tocó vivir, pero por otro también fue una mujer dominante que no admitía desobediencia alguna por parte de sus hijos. Pellicer le escribe a su hermano Juan, que por ese entonces debía contar con nueve años de edad: “Como te quiero tanto, he sufrido mucho

⁵⁷ *Correo familiar*, p. 8.

⁵⁸ *Idem*.

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 14, 16, 21.

con que mamacita te haya pegado y te haya impuesto un castigo tan fuerte... Hacía ya un año que no te castigaban así.”⁶⁰ A su madre le escribe recriminándola por su conducta. De esto se infiere que el mismo Pellicer debió ser castigado en alguna ocasión, y que doña Deifilia no reparaba en la forma de hacer sentir su autoridad.

Las cartas de Pellicer durante este viaje suman más de noventa, lo que equivale a una misiva semanal, que fue la obligación que contrajo según se desprende de las mismas. Y en todas ellas Pellicer, en primer término, con lujo de detalles refiere a su madre el cumplimiento de sus deberes religiosos, y después se extiende narrando sus triunfos en Bogotá y Caracas. Son las cartas de un joven triunfante en que la fama y los elogios le dan un aire de superficialidad. En algunas de ellas, cargadas de teatralidad, hay un Pellicer excesivo, demasiado grandilocuente. Se nota que trabaja hábilmente en su promisoría carrera literaria. En una de ellas declara: “...soy de lo mejor, y veo camino de premios”. No sólo él veía ese futuro, Germán Arciniegas lo recuerda:

Vaticinar la grandeza poética de Pellicer no era difícil. Nosotros lo conocimos hace más de cincuenta años en Bogotá, y no hubo quien no lo anticipara. Todos habíamos oído las campanas de la catedral, pero sólo el día en que él oyó ese bronce medieval ahuecado la noche en la Plaza de Bolívar, nos dimos cuenta de lo que decían. Sólo cuando él metió las manos en el agua de Tota – y le quedaron azules!- supimos lo que era el lago.⁶¹

Si bien es cierto que Pellicer tenía razón de más para admirar a su madre, también somos testigos de una adoración que raya, a mi parecer, en lo enfermizo. De esta

⁶⁰ *Ibidem*, p. 8.

⁶¹ *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas*, edición de Serge I. Zaïtzeff (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002), p. 155.

relación me ha parecido pertinente transcribir la carta fechada el 18 de enero de 1919, en Bogotá, Colombia:

Tienen tus cartas el don divino de la más pura tristeza, que llega a mi corazón como la ofrenda más noble que no merezco y crea en mí el orgullo delirante de tener una madre como tú, la más santa por la elevación de tu espíritu, la más admirable por abnegada, la más perfecta por tu desinterés y por tu gloria. ¿Con qué pagará mi vida la sabiduría con que me has educado, toda tu delicadeza y gracia hasta el punto de aristocratizar mi espíritu? ¡Ah! Señora y madre mía, tú eres mujer admirable entre las admirables mujeres. No hay en tu vida más que ejemplos máximos de caridad y abnegación. En las duras ausencias de mi adorado padre tú has sacrificado tus dulces y hermosas manos en labores indignas de tu belleza y de tu simpatía incomparable. Ante la miseria has tenido siempre el gesto de valor que engrandece y la actitud heroica que glorifica. Las más difíciles situaciones íntimas, las has resuelto siempre con tu asombroso equilibrio de esposa. Gozas del raro y espléndido y precioso don de la amistad que tanto amó y exaltó Aristóteles, y te he visto ser amiga como a nadie y soportar cristianamente las ingratitudes de gentes con quien has compartido el pan y a quien has servido con modos que ya no se usan por la perversión de la humanidad. Cuando pienso en ti largamente acabo en el éxtasis de la admiración que mereces [...] Nada hay en el mundo superior a ti [...] La vida de tus hijos por buena que sea, no parecerá más que un sacrilegio monstruoso ante la tuya, flor de santidad.⁶²

La madre nunca dejó de vigilar a Pellicer y a pesar de la distancia mantuvo un control dictatorial sobre el poeta que le responde ante las cartas inquisitorias:

¿En qué estás pensando? Ahora tus sospechas son otras: que les engaño en materia de estudios! Sólo eso me faltaba...Otra inquietud: los deberes religiosos. No se ha pasado un solo viernes desde que en Bogotá vivo, sin que yo no haya ido a comulgar. Diariamente, a las dos y media de la tarde, rezo el santo rosario. Con todo esto no se juega...Digo la verdad siempre: la semana pasada la pasé en un rincón de los Andes, invitado por J. J. Tablada. El viernes de esa semana lo pasé solo en el campo. A las tres de la tarde caí

⁶² *Ibidem*, pp. 65-66.

de rodillas y besé la tierra, en señal de humillación y de perdón. Medité sobre la pasión del Señor, y a las 6 de la tarde recé el Rosario. Llegué a Bogotá el domingo de Pascua y al día siguiente comulgué.⁶³

No obstante, también vemos a un hombre crítico, que aunque católico no deja de ver las arbitrariedades de la Iglesia, a la que se opone que intervenga en asuntos políticos:

Los ratos que aquí me han hecho pasar los señores sacerdotes, han sido muy serios... Son los dueños y amos de Colombia... ¿Tú crees que el clero por ser clero es santo? Ah! Señora inocente... Me llamas liberal, hijo de Juárez, etc. ¿No recuerdas que el eminente Sr. Iglesias Calderón es el jefe del Partido Liberal, hijo de Juárez y que oye misa, se confiesa y comulga? Los señores sacerdotes deben y pueden meterse en todo, menos en política. De Nuestro Señor Jesucristo es esta frase: "Al César, lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios." Pero en este país no sucede tal cosa, y por eso este país, fabulosamente rico, es un pobre país...⁶⁴

Es muy poco conocida la prosa de Pellicer, la que si bien fue escasa en comparación con su poesía, es de una excelente manufactura. En Colombia escribió varios discursos que le valieron la celebridad en ese país. Pellicer es un caso asombroso de prodigalidades artísticas, las descripciones e interpretaciones que hace de las piezas del Museo Metropolitano de Nueva York más bien parecen las de un estudioso de las artes plásticas. Hago esta referencia como preámbulo de la transcripción de la carta en la que narra de una manera espléndida y por demás plástica una procesión en Bogotá en la que deja ver sus capacidades prosísticas:

El domingo pasado hubo una gran procesión por las principales calles. Seminaristas vestidos de gala, niños como ángeles (uno de ellos parecidísimo a mi angelical hermano), regaban flores por donde había de pasar el

⁶³ *Ibidem*, p. 100.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 178.

Sacramento. Jovencitas infernales por su turbadora belleza, enlutadas y con cirios encendidos por el demonio. Viejas que parecían brujas y hombres respetuosos y elegantes. Damas aristocráticas tocadas de regias mantillas. Canónigos como sapos viejos. Seminaristas hermosos, que en grupos de seis se turnaban para incensar a la Custodia, llevada por el obispo auxiliar de Bogotá. Bajo el palio más rico que han visto mis ojos, púrpura de Siria que casi desaparecía bajo la ornamentación atormentada de oro y pedrería. Los mástiles del palio eran de plata repujada y los cordones excesivos. Bajo aquel palio fastuoso como un cielo de amanecer tropical, la Custodia, como un fragmento del sol de mediodía. Soberbia pieza, en la que el orfebre tal vez se volvió loco a fuerza de fantasear sobre el oro y el engaste de joyería. Al desfilar la Custodia conteniendo el Cuerpo y la Sangre, caí de rodillas y alabé al Señor.⁶⁵

La sumisión y obediencia de Pellicer ante su madre eran incondicionales. Este epistolario es quizás el documento que con mayor certeza nos acerca a ese mundo privado e íntimo de Pellicer con su madre. El poeta en su larga estadía en Colombia y Venezuela dio muestra de ser un ferviente católico y con la puntualidad de las manecillas del reloj, atendió a cada uno de los mandatos de la religión: asistir a misa, confesarse, comulgar, rezar el rosario, asistir a los ejercicios espirituales, cumplir con los días santos y de guardar, amén de las oraciones diarias.

En 1927, desde Florencia le escribe a su amigo Guillermo Dávila: “Mi madre es una mujer admirable: cuando está triste, nos llama a rezar para que Dios le quite la tristeza. Tiene 50 años. Todavía es bella. Ella ha sido mi fuente de

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 108-109.

poesía y mi fuente de ingenio...Mi padre y yo nos entendemos poco. Mi madre y yo somos una sola persona.”⁶⁶

Efectivamente, el niño Carlos Pellicer al escuchar y aprender de labios de su madre oraciones, vinculó a éstas con el verso y a éste con su madre, así que rezo, poesía y madre fue la trinidad religiosa que cubrió en gran medida la vida del poeta. Pellicer dejó constancia de su profundo amor filial en unos de sus poemas más celebrados:

Nocturno a mi madre

Hace un momento
mi madre y yo dejamos de rezar.
Rezar con mi madre ha sido siempre
mi más perfecta felicidad.
Cuando ella dice la oración Magnífica,
Verdaderamente glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo
para siempre jamás.

Mi madre se llama Deifilia,
que quiere decir hija de Dios, flor de toda verdad.
Estoy pensando en ella con tal fuerza
que siento el oleaje de su sangre en mi sangre
y en mis ojos su luminosidad.
Mi madre es alegre y adora el campo y la lluvia,
y el complicado orden de la ciudad.
Tiene el cabello blanco, y la gracia con que camina
dice de su salud y de su agilidad.
Pero nada, nada es para mí tan hermoso
como acompañarla a rezar.
Todos los días, al responderle las letanías de la Virgen

⁶⁶ Carlos Pellicer, *Cartas desde Italia*, edición, presentación y notas de Clara Bargellini (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), p. 76.

-Torre de Marfil, Estrella Matinal-
siento en mí que la suprema poesía
es la voz de mi madre delante del altar.
Hace un momento la oí que abrió su ropero,
hace un momento la oí caminar.
Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir versos,
y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar.

Cuando la pobreza se ha quedado a vivir en nuestra casa,
mi madre le ha hecho honores de princesa real.
Doña Deifilia Cámara de Pellicer
es tan ingeniosa y enérgica y alegre como la tierra tropical.
Oigo que mi madre ha salido de su alcoba
Mi voz se queda sola entre la noche
ahora que mi madre ha apagado su alcoba.
Yo vigilo su sueño y acomodo sus nubes
y escondo entre mi angustia lo que en mi pecho llora.

Mi voz se queda sola entre la noche
para decirte, oh madre, sin decirlo,
cómo mi corazón disminuirá su toque
cuando tu sueño sea menos tuyo y más mío.

Mi voz se queda sola entre la noche
para escucharme lleno de alegría,
callar para que ella no despierte,
vivir sólo por ella y para ella,
detenerme en la puerta de su alcoba
sintiendo cómo salen de su sueño
las tristezas ocultas,
lo que imagino que por mí entristece
su corazón y el sueño de su sueño.

El ángel alto de la media noche,
llega.
Va repartiendo párpados caídos
y cerrando ventanas
y reuniendo las cosas más lejanas,
y olvidando el olvido.
Poniendo el pan y el agua en la invisible mesa
del olvidado sueño.
Disponiendo el encanto
del tiempo enriquecido sin tiempo;
el tiempo sin el tiempo que es el sueño,
la lenta espuma esfera
del vasto color sueño;
la cantidad del canto adormecido
en un eco.

El ángel de la noche también sueña.
¡Sólo yo, madre mía, no duermo sin tu sueño!⁶⁷

A su regreso a México, en 1920, Pellicer es presentado a José Vasconcelos por Antonio Caso. A los cuatro meses se une al equipo de trabajo vasconcelista, lo que le dará muchos frutos a corto y a largo plazo. De forma inmediata estrechó su relación con el grupo que ganaría gran prestigio, así como movilidad social y política: Contemporáneos. En 1921, Vasconcelos, quien es nombrado el primer secretario de la recién creada Secretaría de Educación Pública, promueve a Pellicer como Director de Bibliotecas Populares y Circulantes, en sustitución de

⁶⁷ *Poesía completa*, I, pp. 430-433.

Julio Torri. En este mismo año, Pellicer participó en *El Maestro y México Moderno*, las dos publicaciones literarias más influyentes en ese momento.⁶⁸

El 19 de junio de 1921, cimbra la noticia de la muerte de Ramón López Velarde, quien hasta ese momento había publicado *La sangre devota* (1916) y *Zozobra* (1919). Dos libros de poemas que lo consagraron en vida y le aseguraron la posteridad inmediata. El presidente Obregón ordenó que se le hiciera un funeral suntuoso por parte del gobierno. Carlos Pellicer lo conoció un año antes a través de Manuel M. Ponce y a partir de ese momento se reunieron con cierta frecuencia.

Octavio Paz, quien señala que la poesía mexicana contemporánea arranca de la experiencia de López Velarde, afirma: “Ramón López Velarde y José Juan Tablada son los iniciadores de la poesía moderna en México. Nuestro primer poeta realmente ‘moderno’ es Carlos Pellicer.”⁶⁹ Y en otro apartado, refiriéndose al cambio de tono y dirección de la poesía mexicana, precisa: “Tablada lo inicia, lo ahonda López Velarde y Pellicer lo extrema.”⁷⁰

López Velarde, al igual que Pellicer, fue un poeta católico, pero de un catolicismo diferente⁷¹, devoto de la Virgen de Dolores y asiduo puntual a la misa dominical de las 8 de la mañana en la iglesia de la Sagrada Familia de la colonia Roma. No hay que olvidar que López Velarde estudió dos años en el Seminario Conciliar y Tridentino de la ciudad de Zacatecas y posteriormente ingresó en el Seminario Conciliar de Santa María de Guadalupe en Aguascalientes. Mientras por un lado es un católico cumplido, por el otro no suprime la apetencia de la

⁶⁸ Sheridan, en su libro citado con anterioridad, documenta con precisión la importancia del año 1921 para el grupo de Contemporáneos.

⁶⁹ Octavio Paz, *Las peras del olmo* (México: Seix Barral, 1987), p. 75.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 67.

⁷¹ En opinión de Ramos: “López Velarde es el Xipe-Totec del lenguaje religioso mexicano: se reviste con la piel de palabras litúrgicas para officiar el rito pagano de la carne; su sincretismo sacro-profano es alba sacerdotal ceñida por el cíngulo morado del poema.” Ramos, p. 26.

carne. José Joaquín Blanco dice de López Velarde: "...vive en oscilación permanente: brincando de la alcoba a la misa, de la misa a la calle, de la calle a la alcoba...La carne y la conciencia no combaten, se queman: es combustión y no lucha..."⁷² Cuando Octavio Paz pretende establecer el paralelismo entre Baudelaire y López Velarde, señala: "Los dos son 'poetas católicos', no en el sentido militante o dogmático sino en el de su angustiosa relación, alternativamente de rebeldía y dependencia, con la fe tradicional; su erotismo está teñido de una crueldad que se resuelve contra ellos mismos."⁷³

Son varios los puntos de convergencia de estos dos poetas católicos: López Velarde, a quien leyó Pellicer, recibió un gran estímulo de José Juan Tablada con quien Pellicer mantuvo una estrecha amistad en Colombia, y también fue quien le abrió nuevos horizontes en el quehacer poético. Aunque Tablada se les adelanta y los impulsa, Pellicer y López Velarde vuelan más alto, y aunque de poéticas diferentes, los dos se hermanan en su ardiente catolicismo.

A la muerte de López Velarde, Pellicer tenía en prensa su primer libro de poemas: *Colores en el mar y otros poemas 1915-1920* y decide dedicarlo al poeta jerezano con estas palabras: "A la memoria de mi amigo Ramón López Velarde, joven poeta insigne, muerto hace tres lunas en la gracia de Cristo." Precede a la nota introductoria que Pellicer hace al libro, el poema que inicia con el verso *En medio de la dicha de mi vida*. Este poema que hace las veces de carta de presentación es por demás significativo, está cincelado en el más acendrado catolicismo, pero no un catolicismo penitente ni angustiado, se trata de un cristianismo positivo y amoroso en que se alaba la gracia y bondades de Cristo:

⁷² José Joaquín Blanco, *Crónica de la poesía mexicana* (México: Katún, 1983), p. 129.

⁷³ Octavio Paz, "Prólogo", en *Ramón López Velarde. La suave patria y otros poemas*. (México: Fondo de Cultura Económica, Colección popular, 1987), p. 13.

En medio de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida.

Loemos al Señor que hizo en un trueno
el diamante de amor de la alegría
para todo el que es fuerte y es sereno.

El corazón al corazón se fia
si el alma cual las águilas natales
estrangula serpientes en la vía.

Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.

Porque la flor más alta dance y ría,
el viento entre los árboles se mueve.

Mi corazón, Señor, como el poema,
sube la escalinata de la vida
y te da su pasión como una gema.
Por la divina sangre de la herida,
es fuerte y es sencillo y cancionero.
Filas de oro pusiste a su ola henchida.

El amor, que en el caos fue primero,
lo lanzó sobre la órbita más pura
y así cumple su ciclo, dulce y fiero.

Órbita la mejor porque es ternura
esquilmada a la oveja del pastor

que en diciembre hace eterna su ventura.

Izaré las banderas del amor
lo mismo en esta magna venturanza
que en palacio en ruinas del dolor.

Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
con que subo hasta ti viva alabanza.

Sembrar mi vida de cordiales robles
-hóspitas curvas para el peregrino-,
y en junio darte mis cosechas, dobles.

Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que alivia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino

pero ser bueno, sí. Por eso, entibia
la nieve, y que sea lago. La infinita
palabra del amor, arda y convivía

en mi ser, y se dé la estalactita
de la obediencia a ti. Toma mi frente,
y cíñela Señor con la infinita
corona del amor.⁷⁴

En el primer verso, el poeta se coloca en el inicio del poema para hacer pública su inmensa felicidad, y en el segundo (“deténgome”) suspende su tiempo vital para

⁷⁴ *Poesía completa*, I, pp. 17-18.

confesar que todo cuanto existe en la tierra es bueno porque se cumplieron las palabras y el destino de Cristo, mismo que él mismo anunció en la última cena cuando después de tomar el cáliz, les dijo a sus discípulos “Bebed todos de él: porque ésta es mi sangre, la que será derramada para el perdón de los pecados.” (San Mateo, 26, 28)⁷⁵ En el rito católico mediante las palabras que el sacerdote pronuncia, se transubstancian el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo. De esta manera el poeta reconoce a Cristo como Dios, y su sangre como la redentora de la humanidad. “La divina sangre de la herida” no es otra cosa sino la culminación de la obediencia de Cristo para dar cumplimiento al mandato divino de morir para el perdón de los pecados. Gallegos dice: “El cristiano lo es porque está incorporado al cuerpo místico de Cristo, en el que se encuentra la fuerza necesaria para vencerse a sí mismo y hacer más real, íntima y fecunda la nueva vida que la gracia le infunde. Dios se la ha de infundir porque la vida de la gracia supera la exigencia y la capacidad de la naturaleza humana.”⁷⁶ La sangre derramada cumple las profecías de Jesús cuando les dice a sus discípulos: “Yo vine de parte del Padre. Partí del lado del Padre y vine al mundo. Ahora abandono este mundo y vuelvo a mi Padre.” (San Juan, 16, 28) Y el poeta agradece y reconoce la dicha de su vida, gracias a este destino divino. Para Yvette Jiménez de Báez: “La alusión implícita evidente es al primer verso del Canto I del Infierno en *La divina comedia*: “En medio del camino de la vida”. Pero es aún más clara y profunda la transgresión al modelo modernista del poema “Thánatos” de Rubén Darío. Es decir, el temprano poema de Pellicer – que tendría unos dieciocho años

⁷⁵ Todas las referencias bíblicas han sido tomadas de la Biblia de Jerusalén (Bilbao: Declé de Brouwer, 1998).

⁷⁶ José Gallegos Rocafull, *La experiencia de Dios en los místicos españoles* (México: Editora Central, 1945), p. 41.

cuando lo escribió- muestra una clara voluntad de minar la concepción del mundo modernista.”⁷⁷

En el segundo terceto convoca a que juntos alabemos a Cristo en actitud de agradecimiento por habernos otorgado la alegría, que tiene la dureza y transparencia del diamante, y que para hacer uso de ella sólo se requiere de fortaleza y serenidad, principios ambos predicados por Jesús, según consta en los evangelios.

En el tercero la fe, representada como águila, está implícita de manera contundente, ya que en ella radica la fuerza que hace posible vencer las tentaciones (serpientes en las vías) y todo aquello que atenta contra las virtudes y obligaciones del cristiano. El movimiento de ascensión se da en el cuarto terceto, parte de una acción destructora (“huracán”) que conlleva las calamidades y oscuridad, que son salvadas por efecto de la elevación de la gloriosa palma. De la turbulencia del viento y del agua, emergen los frutos de la palma en las cálidas aguas tropicales. El trópico pelliceriano hace su entrada triunfante.

En el dístico de endecasílabos se suscita el dinamismo, el movimiento inicia de una manera alegre y armoniosa, la imagen en sí es de una gran belleza. La razón de que el viento se mueva entre los árboles, es para que la flor dance en completa alegría. La ascensión es rotunda en el cuarto terceto. El poema, igualado al corazón-vida sube gradualmente (“escalinata”) en un acto de amor, para finalmente, en una danza de movimientos espirales, llegar a la más pura entrega a través de la “viva alabanza”. Una vez llegado a la cúspide, el poeta, como los antiguos caballeros que han hecho los méritos suficientes en batalla, inclina su

⁷⁷ Yvette Jiménez de Báez, “Carlos Pellicer, contemporáneo”, en *Reflexiones lingüísticas y literarias II*, editores Rafael Olea franco y James Valender (México: El Colegio de México, 1992), pp. 269-299.

cabeza y en franco diálogo con Dios, solicita la más alta gracia: ser coronado con el amor. Porque el poeta equipara vida-dicha- corazón-poema-amor.

El libro, integrado por 54 poemas de inusitada originalidad, algunos de la más pura vanguardia⁷⁸, se divide en tres partes: “Colores en el mar”; “Dos danzas de Tórtola Valencia”; y “Recuerdos de los Andes”. A estas secciones les precede una nota de Pellicer en la que declara: “Soy cristiano y alabo al Señor con alegrías. Amado Nervo me aprobó este sentir y en mi conciencia está grabado con la más pura sinceridad”.⁷⁹ Con el poeta nayarita trabajó amistad en Nueva York, y al saber su fallecimiento escribió a su madre desde Bogotá el 31 de mayo de 1919: “No puedes imaginarte todo lo que estoy sufriendo por la muerte de Amado Nervo. Reza nueve días por él el santo rosario, pues Nervo era muy cristiano. Yo haré una comunión por la paz de su espíritu.”⁸⁰

“Colores en el mar”, entre otras cosas, es un verdadero homenaje al mar, del que Pellicer dice en la nota que antecede a esta división.” El mar –que no es un aspecto físico del Mundo, sino una manera espiritual- tiene para mi corazón los elementos principales para subordinarme a él.”⁸¹

Aparte del primero poema, Pellicer manifiesta su cristianismo en cerca de una veintena de alusiones a lo largo del libro, en la mayoría de ellas invoca la presencia del Señor-Cristo-Dios. La dicha de la vida que Pellicer anuncia, se une al agua de las playas del Atlántico y del Pacífico, y juntas hacen del poemario, un verdadero manifiesto de entusiasmo, alegría, dinamismo y exaltación cristianos.

⁷⁸ Para Samuel Gordon, Pellicer se contó [...] entre los primeros poetas de lengua hispana de ese siglo en inaugurar la vanguardia. Samuel Gordon, *La fortuna crítica de Carlos Pellicer* (México: Universidad Iberoamericana, 2004), p. 22.

⁷⁹ *Poesía completa*, I, p. 19.

⁸⁰ *Correo familiar*, p. 108.

⁸¹ *Poesía completa*, I, p. 20.

Ramón Xirau señala: “Es seguro que Pellicer es el único poeta de nuestra lengua que llega a unir poesía moderna, vanguardismo y catolicismo.”⁸² En *Colores en el mar...* las bravas olas atléticas son iluminadas por la “Divina palabra.”

Pellicer, como se señaló anteriormente, desde su llegada a México, se integró de lleno al grupo y causas vasconcelistas. El poeta, junto con Montenegro, Gómez Robelo y otros mexicanos encabezados por José Vasconcelos, viajaron a Brasil con motivo del centenario de su independencia. La experiencia de este vuelo, Pellicer la convertiría en memorables poemas, entre ellos “Suite brasilera. Poemas aéreos”. Continúan el viaje a Uruguay y Buenos Aires, donde Pellicer se hospeda en la casa de González Martínez. En la estadía de cuatro meses entabló lo que él llamó una gran amistad con Leopoldo Lugones a quien leyó sus poemas. En este país también conoce a José Ingenieros. Su periplo termina en Chile con la nueva y afortunada amistad de Pablo Neruda.

En 1923 regresa a México y al año siguiente publica *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano y, 6, 7 poemas*. Al primero de ellos le precede el prólogo de José Vasconcelos que inicia diciendo: “Pertenece Carlos Pellicer a la nueva familia internacional que tiene por patria el continente y por estirpe la gente toda de habla española.”⁸³ Efectivamente, Pellicer, desde su primer libro se encuentra fuera de cualquier regionalismo o falso nacionalismo. El poema iberoamericano es la honda impresión que en Pellicer dejaron sus viajes y estancias en los países de América del sur. Al igual que el poema de *Colores en el mar...*; cristianismo y entusiasmo son los pilares que sirven de basamento:

¡América, América mía!

⁸² Ramón Xirau, “Epístola a Carlos Pellicer”, en *Diálogos. Artes / Letras / Ciencias Humanas* (México: El Colegio de México. Mayo-junio 1977), pp. 9-13.

⁸³ *Ibidem*, p. 66.

La voz de Dios haga mi voz hermosa.
La voz de Dios torne dulce mi grito.
Loda sea esta alegría,
de izar la bandera optimista.

El poema en su totalidad se encuentra cercano a la epopeya, lo cívico y lo heroico. Y, a su vez, las imágenes se convierten en deliciosas postales con afán de integración. No hay que olvidar que el viaje de Pellicer estuvo infundido por su célebre pasión bolivariana y el espíritu americano de Vasconcelos. La descripción del paisaje conjunta el continente en una verdadera exaltación de alegría. Prosigue Vasconcelos: “Leyendo estos versos he pensado en una religión nueva que alguna vez soñé predicar: la religión del paisaje; la devoción de la belleza exterior, limpia y grandiosa, sin interpretaciones y sin deformaciones; como lenguaje directo de la gracia divina.”⁸⁴

El paisaje en Pellicer se ha interpretado de muchas formas, pero es preciso recordar que para el poeta cristiano, la naturaleza es una de las más vivas expresiones de la manifestación de Dios, creador de la tierra y del universo. Como ya explicamos, la poesía de Pellicer no es mística, pero cabe la acotación de Gallegos Rocafull: “No hay para los místicos un paisaje natural, sino sobrenatural, como si todo él estuviera iluminado por el resplandor de la gloria de Dios y la figura de su sustancia, que es su hijo.”⁸⁵ Cuando Pellicer en el tercer verso dice: “La voz de Dios haga mi voz hermosa”, no hace otra cosa que pedir la gracia divina para describir lo que para el poeta es en sí es divino: la creación de *la selva sin sendero y el camino pastoril*, donde *Galopan los océanos y las*

⁸⁴ *Ibidem*, p. 67.

⁸⁵ Gallegos, *op. cit.*, p. 97.

montañas crecen. El Pellicer entusiasta repite el verso del poema inaugural del primer libro: *Izaré las banderas del amor*, que lo convierte en: *Loada sea esta alegría, / de izar la bandera optimista.* El impulso vital de este júbilo está inflamado por su dicha de ser cristiano, y regocijarse en la presencia divina del paisaje.

En 1969 el Fondo de Cultura Económica publicó la *Primera antología poética* de Carlos Pellicer con prólogos de José Alvarado, Gabriel Zaid y Guillermo Fernández, quien estuvo a cargo de la selección de poemas. El libro está dividido en “Poemas líricos”, “Poemas heroicos”, “En el paisaje”, y “Poemas religiosos”. En esta última parte, integrada por quince poemas, incluye: “Jesús te has olvidado de mi América” del libro *Piedra de sacrificios*. Se trata de un soneto en el que el poeta le pide a Jesús: *ven a nacer un día sobre estas tierras locas. / ¿No basta odiarse tanto? La fe que tú decías / aún no arde su hilo en nuestras bocas.* El poeta se refiere al desorden y convulsión que aún se vive en el continente, donde las luchas del siglo XIX retumban todavía.

Pellicer, pocos años después, en 1927, en una carta dirigida a su amigo Guillermo Dávila, diría de *Piedra de sacrificios*: “ese libro feo y noble que todo el mundo ha despreciado.”⁸⁶

Como mencionamos, en 1924 también publicó *6, 7 poemas*. Roggiano señala el vanguardismo de Pellicer: “Hacia 1924, cuando ya se proclamaba el triunfo del Ultraísmo en Nuestra América, Pellicer contribuyó – con *6, 7 poemas*, - no sólo a afirmar la metáfora y la imagen como la esencia virtual de la poesía- ,

⁸⁶ Pellicer, *op. cit.*, p. 95.

sino que abrió el camino para los nuevos poetas de México.”⁸⁷ Un libro muy diferente al anterior, abre un paréntesis con el paisaje y la audacia del vuelo cobra otras dimensiones. En este libro se suelta como poeta, aparece el erotismo, el amor. La intimidad y el lirismo se dan la mano en la melancolía. Las imágenes se vuelven deslumbrantes:

Agua crepuscular, agua sedienta,
se te van como sílabas los pájaros tardíos.

Con *6, 7 poemas* la obra de Pellicer, la voz de Pellicer mejor dicho, adquiere una proyección más lejana a la vez que ahonda más en su propio origen. La atmósfera de este libro no está, como la del primero, tinta en colores violentos, ni como la de *Piedra de sacrificios*, fustigada por rayos deslumbradores y negruras rotundas de magníficas tormentas, sino impregnada de claridad muy tenue, de luminosidad celadamente interior que afina las sensaciones y adelgaza perfiles y sentido de las cosas de afuera y de adentro.⁸⁸

En este libro el cristianismo de Pellicer también toma un vuelco. En el poema “Canto del amor perfecto”, cuyo título nos remite al de los místicos, el poeta inicia a manera de oración celebratoria.

Señor,
hoy no te pido nada
perfecto es ya mi amor:
sólo dulzura y alabanza
sobre la onda dócil de mi corazón.⁸⁹

⁸⁷ Alfredo Roggiano, “La poesía de Carlos Pellicer”, en *Segundas Jornadas Internacionales “Carlos Pellicer”*, introducción y compilación de Samuel Gordon (Tabasco: Gobierno del Estado de Tabasco, 1992), p.35.

⁸⁸ Luis Ríos, “El material poético (1918-1961) de Carlos Pellicer”, en Edward J. Mullen, p. 148.

⁸⁹ *Poesía completa*, I, p. 124.

Acto seguido presenta la ofrenda:

Una guirnalda te traigo
de rosas plateadas y negras;
una lira que sola canta,
sus brazos son de roble y sus cuerdas
de palmera.⁹⁰

Este poema parece salido de una experiencia religiosa, y frente a una de las estaciones del vía crucis, en que el devoto poeta en un acto de amor pretende cambiar la corona de espinas por una de rosas. En símbolo de duelo elige los oscuros colores. Creo que se trata de la descripción que hace de un cuadro durante la celebración de la Semana Santa. Por efecto del arrobamiento, el poeta transforma el lienzo que tiene enfrente y el cuerpo de Cristo cobra vida:

Señor, tus pies parecen sandalias mágicas.
Tus manos son un poco de agua
con luna,
y de tu gran túnica morada
sale la voz de las albas oscuras.
Tu boca es pálida y serena
como el día que sigue a la batalla.
Tus ojos se abren en la noche
y tu última mirada,
cierra los lentos círculos del alba.
Señor, tu cuerpo es perfecto
como una dulce ausencia sin nostalgia.⁹¹

Pellicer nos presenta en la personificación de Jesús, no al hombre abatido que va rumbo a una muerte inminente y cruel, sino el hombre-Dios que en los

⁹⁰ *Idem.*

⁹¹ *Ibidem*, p. 125.

movimientos apenas perceptibles estremece con su divina presencia. Los versos siguientes contienen no solamente una imagen de extraordinaria belleza, muestran también la omnipotencia de Jesús:

Cuando caminas
bajo los pájaros del estío,
las montañas electrizan
el azul de sus curvas
y la lluvia
cruza
cantando los ríos.

El poema cierra con la glorificación:

Nada te pido hoy;
sólo te lleno de alabanzas.
Dulzura y alabanza: sea el amor perfecto.⁹²

El último verso coincide con el primero de los mandamientos: “Amarás a Dios sobre todas las cosas”. Pellicer en este poema da prueba de su cristianismo sin reserva y testimonia su deber primero: glorificar y amar a Dios. Para Octavio Paz: “...todo amor es una revelación, un sacudimiento que hace temblar los cimientos del yo y nos lleva a proferir palabras que no son muy distintas de las que emplea el místico. En la creación poética pasa algo parecido: ausencia y presencia, silencio y palabra, vacío y plenitud son estados poéticos tanto religiosos como amorosos.”⁹³ Pellicer en “Canto del amor perfecto” logra la fusión de los tres estados: poético, religioso y amoroso.

Octavio Paz, en su ensayo “La poesía de Carlos Pellicer”, recogido en *Las peras del olmo*, dice:

⁹² *Ibidem*, p. 126.

⁹³ Paz, *op. cit.*, p. 140.

Ignoro si al escribir los poemas de *Colores en el mar* (1921), *Piedra de sacrificios* (1924) y *Seis, siete poemas* (1924), Pellicer conocía la poesía de Huidobro, el gran poeta que precisamente en esos años ardía en maravillosos fuegos y juegos de artificios, que iluminaron con nueva luz la poesía de lengua española. No lo creo: su común afición por la imagen dotada de alas, su descubrimiento de la aviación poética [...] su alegría y su encantadora desfachatez para hablarle de tú a la poesía, son notas más o menos presentes en los poetas en esos años.[...] la imagen de Pellicer de ese entonces era menos abstracta y geométrica, menos disparo, estrella o cohete y más chorro de agua, que la de Huidobro.⁹⁴ La actitud de Pellicer está más cerca de la de Tablada, que en esos días escribía sus mejores haikú. Pero lo que en él era arte miniaturista, concentración, economía de medios, en Pellicer era el repentino y pródigo florecer de un temperamento incomparablemente más rico y poderoso.⁹⁵

Pellicer inicia su destino de cambios y de viajes en 1908, ahora en 1925 como resultado de una charla de sobremesa, José Ingenieros le obsequia el pasaje a Marsella, y el Secretario de Educación Pública, José Manuel Puig, quien era primo lejano del poeta, le otorga una pensión mensual como comisionado para estudiar la organización de museos en Europa. Pellicer sale de México a finales de 1925 y regresa en agosto de 1929. Su primera estancia es en París, desde donde realiza a principios de 1926 un viaje a Medio Oriente. Como la beca llegaba a su término, recurrió a Alfonso Reyes, quien le consiguió la prórroga. En el verano del mismo año, junto con Vasconcelos hace un largo viaje por Italia, Egipto y Tierra Santa. En Jerusalén se hospedaron en un hotel administrado por franciscanos. Pellicer, durante su estancia, todas las mañanas visitó la iglesia del Santo Sepulcro.

⁹⁴ Seguramente la lectura de este texto dio lugar a que posteriormente Zaid llamara a Pellicer “nuestro Huidobro”.

⁹⁵ Paz, *op. cit.*, p. 76.

Del origen vanguardista del título del libro *Hora y 20*, se cuentan varias versiones que van desde el momento en que un ángel pasa, el tiempo que Pellicer duraba leyendo su libro estando de pie, etc. Pellicer, en una entrevista con Mauricio de la Selva, respondió a la pregunta del origen del título: “Por apuro y porque me sonó. Traía yo a las carreras al editor en París que me telefoneó un día para decirme ‘desde hace una semana el libro está terminado pero no tiene título.’ Y quién sabe de dónde, en el aire me sonó la frase ‘hora y 20.’”⁹⁶

De vasta y desigual se ha calificado la poesía de Pellicer. *Hora y 20*, escrito entre 1922 y 1926, agrupa poemas vanguardistas, sonetos impecables, pero en todos ellos la audacia verbal es su máximo logro. Pellicer agradecido dedica el libro y los poemas a sus patrocinadores: José Ingenieros, recién muerto, Alfonso Reyes y José Manuel Puig Cassauranc.⁹⁷ Los países de Europa, África y Asia conforman el paisaje geográfico y poético del libro en estampas postales en movimiento:

La torre de Estambul cazó luceros
y en los jardines pálidos del Bósforo
se desnudan los lirios prisioneros.⁹⁸

Pellicer, en “Variaciones sobre un tema de viaje”, escribe en los 78 tercetos que lo integran el largo viaje iniciado en Marsella y que concluye en París, atravesando Egipto, Grecia, Constantinopla, Estambul, etc. El poema, a manera de epístola dirigida a Alfonso Reyes, hace las veces de una bitácora de viaje en delicadas

⁹⁶ Mauricio de la Selva, “Homenaje a Carlos Pellicer. Poeta de América”, en Mullen, p. 204.

⁹⁷ Me llama la atención que inaugure el poemario con el breve poema “Eternidad” con el verso *Tengo la juventud, la vida / inmortal de la Vida*. El libro lo publica en 1927, es decir cuando Pellicer tiene 30 años. Para esos tiempos esa edad correspondía a la de un hombre hecho y derecho. Pellicer desde joven tuvo la costumbre de quitarse los años y cambiar la fecha de su nacimiento. A Carballo le dice: “yo nací en 1902.”

⁹⁸ *Poesía completa*, I, p. 149.

estampas. Veintisiete tercetos los ocupa en describir su experiencia en Palestina que aislados hacen un solo y gran poema del más acendrado cristianismo que arranca de la vivencia religiosa del poeta. La presencia ausente de Jesús activa los sentidos del poeta, su espiritualidad es conmovida en un acto de recogimiento profundo: callar, orar, llorar, para después tornarse alegría evocando a un Jesús vivo que en los ojos del poeta vuelve a posar su mirada en los campos y montes, y sus pies en los del poeta que pisa los mismos rumbos de su peregrinaje.

Por los caminos de Palestina
pedí limosna de luceros. Supe
callar, orar, llorar y en las divinas

montañas esparcirme por el monte,
sabiendo que el Señor puso sus ojos
sobre esos campos y esos horizontes.

Y yo vi lo que Él vio. Mis pies pasaron
por donde Él caminó. Suelos y reales
los lirios salomónicos alzaron

el himno al libre lujo de sus telas,
y la sombra olivar, agria y torcida
se cruzaba de pájaros.⁹⁹

En los versos siguientes la tensión reside en la fe, centro de fuerza y levedad del alma:

Mi fe quemó sus piedras poderosas
como en todo lugar y el juramento,

⁹⁹ *Ibidem*, p. 150.

luminoso huracán, me dio sus rosas.

Desos días
me quedó el corazón nuevo y humilde,
lento el pensar y los brazos cargados.

Algo llevo en los brazos no visible
y un solo pensamiento
se ha tornado certero y preferible.

El alma es más hermosa y menos frágil,
vuela sin alas sus mejores vuelos,
los ojos ruegan y el camino es ágil.¹⁰⁰

El poeta llega a otro lugar donde la ausencia de Cristo está presente: el sepulcro, última morada de Jesús y donde, según los libros del *Nuevo Testamento*, ocurre el acto más importante de Jesús: la resurrección. El poeta, contrito, pormenoriza en su interior sus faltas para ser purificado por las llamas del amor divino.

Junto al Sepulcro del Señor las horas
pasaron sin pasar: una por una
vertí desde el crepúsculo a la aurora.

Toda la noche oré. Corrió mi vida
mezquina y ambiciosa. Y en buena sombra pude
quemar antorchas y secar la herida.¹⁰¹

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 151.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 151.

El poema prosigue con un enlistado de los fatuos amores terrenales, para más adelante, en un paréntesis que abre, tomar un giro sorprendente con la presencia de Bolívar que es resuelta en una imagen extraordinaria por su fuerza, significado y deslumbrante belleza:

Pero del sitio heroico al sitio santo
las palabras caminan silenciosas
con temblor de universos en las manos.¹⁰²

El poeta remata esta vivencia religiosa con la promesa de volver desposeído de todo bien material y cargado de humildad, y celebra la alegría de la fe glorificando ya no la ausencia presente de Jesús, sino al Cristo-Dios en la figura del “Señor.”

¡He de volver a ti, rico de nada,
soberbio de indigencia y de alegría,
con mi fe formidable descargada

sobre ti como bólido profundo
sin otros labios que el de la alabanza
eterna del Señor!¹⁰³

Pellicer cierra *Hora y 20* con el poema “Ruego”, soneto en el que Jesús es Dios y Señor a quien devoto dirige la plegaria y solicita ejerza su poderío para que sus acciones sean de obediencia a los mandamientos de la religión:

Dios y Señor, quebranta lo que en mí no te alabe:
ven a mi sombra y crúzala, vírala hacia la Osa
y en tus aviones-ángeles su tempestad acabe.¹⁰⁴

¹⁰² *Ibidem*, p. 152.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 153.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 195.

De este poema dice Roggiano: “Con el soneto ‘Ruego’, escrito en París en 1926 e incluido en *Hora y 20*, Pellicer renueva otra altísima tradición en la poesía mexicana y española: la religiosa y mística, más cerca, sin duda de Miguel de Guevara que de San Juan de la Cruz.”¹⁰⁵

Germán Arciniegas al reseñar el libro entremezclando recuerdos de la estancia de Pellicer en Bogotá, dice:

El último libro que Carlos Pellicer publicó en París (*Hora y 20*) está impregnado de un fuerte misticismo. Los viajes que el poeta ha realizado por las tierras de Jesús exaltan a extremos de perfección sus poemas religiosos. [...] Y efectivamente, aquel joven fanático que colgaba de las cuerdas del trópico sus corbatas multicolores, anticipado anuncio de una primavera que aún no llega, se despojó de todas sus galas y recogido, fervoroso y grave es ahora un enamorado de los profetas.¹⁰⁶

El prolongado viaje de Pellicer por Europa lo lleva a Italia, país que recorrerá entre julio de 1927 y julio de 1928. Fiel a su costumbre epistolar escribe a su familia y amistades largas cartas. La correspondencia más importante de este viaje la reunió Clara Bargellini en el libro *Cartas desde Italia*.¹⁰⁷ Las misivas están dirigidas a Arturo Pani, entonces cónsul de México en París, y a su amigo Guillermo Dávila.

En el poema “Ruego” hemos visto como el poeta solicita: *Dios y Señor, quebranta lo que en mí no te alabe*; en la carta escrita desde Florencia a Pani, confiesa:

¹⁰⁵ Roggiano, *op. cit.*, p. 36.

¹⁰⁶ *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas*, edición de Serge I. Zaitzeff (México: CONACULTA, 2002), pp. 146-147.

¹⁰⁷ Carlos Pellicer, *Cartas desde Italia*, edición, presentación y notas de Clara Bargellini (México: Fondo de Cultura Económica, 1985).

Mis mayores defectos son la sensualidad y el egoísmo. Desde hace cuatro años libro contra ellos una batalla a muerte. Mis caídas son a veces tan grandes, que tienen facha de final. Pero los ángeles acuden y cargo de nuevo y ataco y hiero y paso días y semanas tranquilo pero siempre amenazado. Creo que he ganado terreno y tengo fe en triunfar en poco tiempo. [...]También soy orgulloso pero mucho menos de lo que proclaman mis amigos. [...]También soy perezoso. Por pereza no soy genial [...] en mi corazón hay tempestades. Si no fuera cristiano, me suicidaría.¹⁰⁸

¿A la edad de treinta años, con el éxito a cuestas y una vida prometedora, por qué causa se pensaría en el suicidio? Aunque sea muy remota la idea y tenga resabios románticos, existe un aguijón que impele al coqueteo con la tragedia. El egoísmo, la soberbia y la pereza, son legítimos objetos de preocupación, y más en un alma cristiana, más no razón de mayor angustia. Al parecer Pellicer vivía en una gran contención sexual, misma que sublimaba en la poesía. Schneider documenta como el último poema donde Pellicer evoca a su novia Esperanza Nieto, “Concierto breve”, escrito en Brujas en 1926. Hasta ese momento el erotismo en su poesía es de una gran sutileza: son los trazos de un desnudo imaginado pero nunca visto. Corresponde a la misma fecha, de la carta a que nos referimos, el poema “La hora de David” en el que poeta transfigurado en la blanca e inerte estatua de David, clama: ¡Quiero la Vida, la Vida! El poeta no elige de forma gratuita la representación de David. Vicente Quirate apunta: “... la escultura de Miguel Ángel, personificación del brío y la juventud...”¹⁰⁹ ¿Y qué juventud no reclama el brío de la sexualidad? De ahí quizás la solapada religiosidad como refugio

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 79.

¹⁰⁹ Vicente Quirate, “Italia en la obra de Carlos Pellicer”, en *Peces del altísimo cielo* (México: UNAM / Ediciones del Equilibrista, 1993), p. 140.

seguro de una sensualidad acorralada y sometida al flagelo y catarsis de la plegaria suplicante en la sintaxis del verso.

Pellicer hace un nuevo alto en el camino en Asís, pero este periodo así como su veneración franciscana se verán en capítulo aparte.

El año de 1928 no es muy afortunado para Pellicer. En la antología que publica Cuesta¹¹⁰, a Pellicer se le califica de poeta impresionista, adjetivo que lo seguirá por muchos años en contra del poeta. La molestia de Pellicer ante la recepción de su obra por los Contemporáneos, se resume en alguna de las líneas que le escribe a Guillermo Dávila desde Roma en junio de 1928: “Irrealizable me llama mi querido Torres Bodet. ‘Cohete’ me dice mi querido Villaurrutia. Dentro de 5 o 6 años nos veremos las caras. [...] Mis compañeros de México me detestan o me envidian, y por añadidura me saquean sin el menor escrúpulo.”¹¹¹

En el año de 1929, Pellicer publica en París *Camino*. En la carta arriba citada adelanta sobre este libro a Dávila:

Si no el último, será el penúltimo de una época de *materialismo verbal*, primera juventud. Como mis libros anteriores, este nuevo libro es diverso como un panorama y apretado como el paisaje en que nació. Es un torrente de imágenes. A veces las imágenes son dobles o triples y se prestan a confusiones y oscuridades. [...] Nada o casi nada le debo a las “novedades” literarias europeas. Yo continúo la tradición del *verso* con una cierta personalidad para ejercitarlo, adecuándolo a la imagen, liberándolo frecuentemente de la esclavitud del consonante. Las vocales me bastan para poner en acción toda una máquina del ritmo. A veces los adjetivos los convierto en sustantivos. Mi construcción no es siempre

¹¹⁰Jorge Cuesta, *Antología de la poesía mexicana moderna*. (México: Fondo de Cultura Económica, Quinta edición (Letras mexicanas) 1998).

¹¹¹Bargellini, *op. cit.*, p. 105.

correcta. Yo lo sé. Pero siempre es *poética*. Sí: yo soy un tradicionalista, pero no estático sino dinámico.¹¹²

En este libro se ausenta la religiosidad de Pellicer, no obstante hay un dejo de nostalgia y melancolía cristianas, en donde la muerte:

Semejante a la sombra de Dios
se esparce en el pensamiento
y nos domina sin nombrarla nunca,
y seca las llagas, y en el sueño
amontona la nada, cosa aérea y ruda.¹¹³

Bernardo Ortiz de Montellano escribe de *Camino*: “El panteísmo de la poesía de Pellicer es civilizado, deportivo, sin drama interior, de bellos tonos plásticos.[...] Afán de tocarlo todo, hasta la anécdota. Fe de creyente más cercana a los ojos de santa Lucía que a las llagas de Santo Tomás.”¹¹⁴

Vicente Quirarte advierte que *Camino* es un libro de puente y aprendizaje, y afirma: “Italia será una presencia constante en su actitud frente a la vida y la poesía.”¹¹⁵ Pellicer continúa viajando por Europa un año más, regresa a México en 1929, es decir, cuatro años después. Como lo intuyó Pellicer, con *Camino* cerró su primera etapa poética.

¹¹² *Ibidem*, pp. 104-105.

¹¹³ *Poesía completa*, I, p. 204.

¹¹⁴ Bernardo Ortiz de Montellano, “Un Camino de poesía”, en Mullen, p. 186.

¹¹⁵ Quirarte, *op. cit.*, p. 134.

Capítulo II

Fervor cristiano. Cristo única realidad

A su regreso a México en 1929, Carlos Pellicer, se integra de lleno a la campaña presidencial de Vasconcelos teniendo algunas participaciones públicas de relevancia. El presidente de México, Pascual Ortiz Rubio, sufrió un atentado el 5 de febrero de 1930, lo que ocasionó el aprehensión de muchos comunistas y vasconcelistas. Pellicer fue encarcelado en el cuartel de San Diego en Tacubaya a cargo del general Maximino Ávila Camacho, donde se le obligó a firmar la confesión de que había regresado de Europa para matar a Plutarco Elías Calles, a Portes Gil, y otros.¹¹⁶ Después de once días fue trasladado a la penitenciaría de Lecumberri y, cuando iba a ser trasladado a las Islas Marías, le otorgan su libertad el 4 de mayo de 1930, gracias a las gestiones del Secretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada. De esta amarga experiencia escribió los “Sonetos en prisión” que incluyó en *Práctica de vuelo* (1956).

Después de *Camino*, Pellicer publica *Hora de junio* en 1937, cuya edición estuvo a cargo de Xavier Villaurrutia. Gordon comenta que: “La recepción por parte de poetas y escritores –Salazar Mallén, Tablada, Ermilo Abreu Gómez, Efraín Huerta, etc., etc.- fue singularmente positiva y atendible.”¹¹⁷ *Hora de junio* es quizás uno de los libros más celebrados y conocidos de Pellicer. El poeta declaró a Carballo que los sonetos amorosos que lo integran fueron la “consecuencia de un fracaso sentimental. Les tengo mucho cariño porque son una herida abierta permanentemente. Han pasado muchos años, y la herida no se

¹¹⁶ Gordon, *op. cit.*, p. 54.

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 57.

cierra.”¹¹⁸ En este libro de amor intenso el paisaje se vuelve interior. El ruido y la exuberancia de la juventud se alejan, se matiza la exaltación y soberbia de la misma retórica. Paisaje y poesía maduran serenamente. En el primer poema, “Esquemas para una oda tropical”, el trópico *sostiene en carne viva la belleza de Dios*, y en el centro la voz del poeta que cargará *sobre sus hombros / el peso de las aves del paraíso*. Posteriormente, en 1973, Pellicer escribió “Segunda intención” como continuación del primero. La intención no es mostrar al trópico como el edén, ni se trata de panteísmo, para el poeta es la más alta manifestación de la creación divina. Pellicer cierra el libro con el poema “La voz”, expresión del pensamiento de Dios y por la que:

[...] la voz del universo en cada acto- divina-,
fue de la piedra al hombre y del cielo a la tierra
en órbitas magnéticas,
cambiando de apariencia y de silencio,
pero en su identidad, unánime.¹¹⁹

La voz del poeta junto con la naturaleza existieron antes de ser: *Cuando en el pensamiento / de Dios, las cosas y los seres / fueron, mi voz ya estaba prevista*. Creadas ambas, se convierten en las transmisoras de la voz de Dios. El poeta aspira a transfigurarse a fuerza de *palabras/ [en] palmera y antílope, / ceiba y caimán, helecho y ave-lira, / tarántula y orquídea, zenzontle y anaconda*, y todas las voces sean una y sola en la voz de la poesía. “Esta manifestación religiosa se orienta siempre hacia el señalamiento de Dios, no sólo como creador del hombre

¹¹⁸ Carballo, *op. cit.*, p.197.

¹¹⁹ *Poesía completa*, I, p. 304.

sino también como creador de la creatividad del hombre: si no hubiera Dios, no habría poeta-dios.”¹²⁰

José Joaquín Blanco, dice de “Esquemas para una oda tropical”:

Al leer el libro, uno siente que Pellicer es el último gran poeta cristiano que tenemos, gran cristiano en el sentido que el cristianismo tiene en su poesía. Ha hecho al cuerpo exangüe del cristianismo la única transfusión efectiva: la de la naturaleza y la sabiduría tropical prehispánica e hindú. [...] La poesía de Pellicer, entonces, deja de ser anuncio del paraíso cristiano o tropical par convertirse, en *sí misma*, en un paraíso textual que nos recuerde un fundamento para el impulso positivo ante la vida.¹²¹

El éxito de la publicación de *Hora de junio* es rotundo, a finales de 1937, Octavio Paz escribe:

Posiblemente el más rico y vasto de los poetas contemporáneos es Carlos Pellicer. Alguien lo señaló como el más caudaloso y el elogio es justo. Difícilmente se encontrará, en las letras hispanoamericanas contemporáneas, una obra como la de Pellicer; sólo, quizá, Alberti –con quien, en algunos momentos, tiene ciertas afinidades- lo iguala [...] Si a la poesía de Neruda la preside el tacto y a la de Gorostiza la inteligencia, a la de Pellicer la definen los ojos. “Poeta del paisaje”, han dicho, con intención de limitarle. Pero su paisaje tiene sensibilidad y movimiento; es un ‘estado del alma dichoso y deslumbrado [...] A esta época de su producción corresponden algunos de sus más importantes poemas y, sobre todo, aquel que juzgo, dentro de este aspecto de su obra, como el más realizado, poseedor de un equilibrio arquitectónico: Esquema [*sic*] para una oda tropical’. En ningún poeta moderno alienta este espíritu ordenador de la naturaleza y en esto reside la singularidad y la importancia de Pellicer para la literatura de América.¹²²

¹²⁰ Carlos Pellicer, *Poemas*, selección e introducción de Mónica Manssur (México: Promexa, 1979), p. XX.

¹²¹ Blanco, *op. cit.*, p. 153.

¹²² Octavio Paz, “Carlos Pellicer y la poesía de la naturaleza”, en Gordon, p. 63.

Entre agosto de 1930 y enero de 1931, Pellicer escribió *Recinto y otras imágenes*, dedicado a Genaro Estrada, y que publicaría diez años más tarde, es decir en 1941; es también el inicio de la colección “Tezontle” del Fondo de Cultura Económica. *Recinto y otras imágenes* es un libro de la más pura poesía amorosa, pero de un *amor que es de otro modo*:

Sé de la noche esbelta y tan desnuda
que nuestros cuerpos eran uno solo.
Sé del silencio ante la gente oscura,
de callar este amor que es de otro modo.¹²³

En el ocultamiento también esta la delación: el *otro modo* sale de lo convencional, de “lo permitido”. El amante para disfrutar de este amor a plenitud pide: *Que se cierre esa puerta / que no me deja estar a solas con tus besos*. Y más adelante reitera la clandestinidad de su amor:

Este amor que ascendimos y doblamos
para ocultar lo oculto que ocultamos.

En entrevista con Carballo, Pellicer diría de *Recinto*: “Allí cuento una historia de amor que se cumplió de cabo a rabo. En esos poemas hay algunas cosas apreciables, más apreciables por lo humano que por lo poético.”¹²⁴ La historia a que se refiere Pellicer según lo documenta Luis Mario Schneider, en el prólogo a *Versos a Esperanza*, es la vivida con el poeta colombiano Germán Pardo García. Llama la atención que como excepción de los libros anteriores, la religiosidad del poeta se ausente, se haga invisible, ¿será acaso un sentimiento de culpabilidad? Recordemos que en el primer poema que aparece su religiosidad, fechado en

¹²³ *Poesía completa*, I, p. 336.

¹²⁴ Carballo, *op. cit.*, p. 197.

1914, lo hace solicitando la intervención de Dios para que la mujer amada corresponda a su amor. En la prohibición de su sentimiento homosexual, invocar a la divinidad equivale a profanar lo que es sagrado. Seguramente que el poeta se debatió entre el gozo y el remordimiento. Consciente que al descubrimiento seguiría el oprobio, dice:

Y arriesgado es besarse
y oprimirse las manos, ni siquiera
mirarse demasiado, ni siquiera
callar en buena lid...¹²⁵

De *Recinto*, Luis Ríus señala: “Son estos poemas testimonio de las horas vividas en esa soledad de los amantes, de sus caricias, de sus miradas, de su mutua entrega profunda. Y lo que más grandeza da a la emoción amorosa que contienen es el sosiego, la plenitud apacible a la que dicha emoción ha llegado.”¹²⁶

En 1946 muere la madre de Carlos Pellicer, quizás la figura más esencial en la vida del poeta. En 1949 publica *Subordinaciones* que contiene el poema “Nocturno a mi madre”, tributo de amor filial y exaltación del culto mariano que desarrollaría a lo largo de su vida. Curiosamente en ese año comienza a frecuentar su tierra natal, su amado trópico, su entrañable Tabasco al que dedicará años de su vida en la construcción de los museos de Tabasco y al rescate arqueológico de las culturas olmeca y maya, que culminaría en 1958 con el magnífico Parque Museo de la Venta. En 1953 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua.

¹²⁵ *Poesía completa*, I, p. 322.

¹²⁶ Ríus, *op. cit.*, p. 167.

En 1956 Pellicer publicó *Práctica de vuelo*, el poeta señala como origen de este libro un soneto que escribió 1929, en el Monte Tabor, una noche en que pidió hospedaje a los franciscanos. A Emmanuel Carballo confiesa los motivos de la escritura de los sonetos que integran el libro: “La mayor parte son consecuencia de mi estado de ánimo después de la muerte de mi madre.”¹²⁷

Aquí nos obliga a retomar la idea de que la madre a través de las oraciones que le enseña en la infancia lo liga a la poesía y a la religión que será el vínculo indisoluble que lo unirá a su madre durante toda su vida. La profesión de su religiosidad simboliza también la fidelidad a la madre-esposa, considerando la homosexualidad de Pellicer. Freud señala que: “Cuando en un ensayo biográfico se quiere llegar realmente a una profunda comprensión de la vida anímica del sujeto investigado, no se debe silenciar, como por discreción o hipocresía lo hacen la mayor parte de los biógrafos, las características sexuales del mismo.”¹²⁸ Al abordar la homosexualidad de Pellicer, no se trata de una delación sino una forma de entender y profundizar en los móviles de su poesía religiosa. El poeta, en el poema autobiográfico “Nocturno a mi madre”, recuerda: *Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir versos, / y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar. Y también dice: Rezar con mi madre ha sido siempre / mi más perfecta felicidad.* Freud apunta que:

No es indiferente lo que un hombre cree recordar de su niñez, pues detrás de los restos de recuerdos incomprensibles para el mismo sujeto se ocultan siempre preciosos testimonios de los rasgos más importantes de su desarrollo anímico [...] En los tres o cuatro primeros años de la vida quedan fijadas ciertas impresiones y establecidas ciertas formas de reacción ante el

¹²⁷ *Ibidem*, p. 205.

¹²⁸ Sigmund Freud, “Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci”, en *Obra completa*, V. II. (Madrid: Biblioteca Nueva, 1973), p. 1581.

mundo exterior que no pueden ser despojadas ya de su importancia por ningún suceso ulterior.¹²⁹

En el capítulo anterior dedicamos varias páginas a la relación que Pellicer guardó con su madre, pero de nuevo es preciso enfatizar sobre este asunto ya que nos explica de manera rotunda el por qué de la poesía religiosa del poeta. Pellicer en lugar de ocultar, hizo alarde de la veneración que sentía por su madre, misma que se inicia en su infancia. El amor a la madre no puede seguir ya el desarrollo consciente ulterior y sucumbe a la represión. El niño reprime el amor a su madre, sustituyéndose a ella; esto es, identificándose con ella y tomando como modelo su propia persona [...] La represión del amor a la madre le hace conservar de un modo perdurable en su inconsciente este mismo amor, al que permanecerá fiel en adelante.¹³⁰

Pellicer celebra esta alianza de fidelidad a través de la religión y su poesía, la cual, más allá de la muerte de la madre, se mantiene imperturbable. Siguiendo la teoría de Freud, Pellicer dio testimonio de aquello que su memoria conservó como las impresiones más poderosas de su infancia: madre, oración y mar. Así mismo, la Naturaleza en la poesía de Pellicer se ha tratado como una expresión panteísta, la cual ya la hemos visto que para el poeta es la máxima manifestación de Dios. Para Freud, se identifica la Naturaleza con la madre bondadosa y tierna que le había creado. También nos aclara la necesidad de la creencia religiosa:

El Dios omnipotente y justo y la bondadosa Naturaleza se nos muestran como magnas sublimaciones del padre y de la madre [...] La religiosidad se refiere, biológicamente, a la importancia y a la necesidad de protección del

¹²⁹ *Ibidem*, p. 1590.

¹³⁰ *Ibidem*, pp. 1598-99.

niño durante largos años. Cuando el adulto reconoce su abandono y debilidad ante los grandes problemas de la vida, se siente en una situación análoga a la de su infancia y trata de consolarse por medio de la renovación regresiva de poderes protectores infantiles.¹³¹

Pellicer, ante la desolación y dolor por la muerte de la madre, encuentra la máxima fuerza protectora en la renovación de su fe católica, y deja testimonio en los 87 sonetos de *Práctica de vuelo*. Los poemas fueron escritos en diferentes épocas, pero todas ellas de una gran significación para Pellicer: el encuentro con los franciscanos en 1929; su encarcelamiento en 1930; la madurez de su vida en 1940, y la muerte de su madre en 1946. El libro tiene 14 divisiones, algunas de ellas son advocaciones a la Virgen, San Francisco de Asís, y los arcángeles, pero se puede decir que es un libro cristocéntrico.

Pellicer, diestro en el manejo del soneto, eligió esta modalidad utilizando el verso endecasílabo. Esta estructura obedece quizás a la solemnidad del tema. Pellicer, desde muy joven estuvo familiarizado con la poesía italiana, no hay que olvidar que siendo adolescente, frente al mar de las playas de Campeche, escribió más de cien sonetos romanos con la intención de publicarlos bajo el título *En rumbo*, y que el verso inaugural de su primer libro es un homenaje deliberado a Dante. Respecto a su deuda con la poesía española del Siglo de Oro, aunque más cercano a Boscán y Garcilaso, hay quienes lo asocian con Góngora y Quevedo. Finalmente la fuente es la misma: la Italia de Petrarca. Si nos atenemos a que el rito católico por excelencia es la liturgia, la que guarda un estricto rigor en las formas para celebrar el acto más importante que es la eucaristía, entendemos el motivo por el que Pellicer se ciñe también al ideal litúrgico. En cuanto al título

¹³¹ *Ibidem*, p. 1611.

Práctica de vuelo, nos recuerda que para los místicos, la revelación se efectúa cuando el alma en completo desprendimiento del cuerpo asciende y se une a la divinidad; en el caso de Pellicer, el espíritu jamás abandona el cuerpo material que lo contiene, más no obstante, la espiritualidad asciende para establecer la comunicación con la divinidad en prácticas poéticas de verdadera devoción y entrega. También es un ejercicio del viaje que espera emprender una vez que termine su vida terrenal.

Si este trabajo se ha centrado en el análisis del contenido de la producción poética religiosa de Pellicer, es menester complementar tal estudio destacando su enorme conocimiento y práctica de las formas y recursos poéticos. Es preciso abordar la complejidad del proceso creativo. De los 87 sonetos de *Práctica de vuelo* se ha elegido para dicho análisis el primero de los dos que conforman “Sonetos de esperanza” debido a la originalidad del tema, que en este caso se trata del rito de mayor solemnidad en la liturgia católica, la eucaristía.

Se trata de un soneto que en los dos cuartetos respeta la forma clásica italiana ABBA-ABBA, pero que en los tercetos se aleja de ella (CDC-DCD) y elige la fórmula CCD-EED. La libertad en este y otros sonetos Pellicer la toma del Modernismo que a su vez abrevó en los simbolistas franceses. Baudelaire escribió sonetos de forma libre con rima diferente en los cuartetos y también usó el alejandrino. En América, Rubén Darío fue el máximo innovador del soneto. Escribió sonetos de 13 y 16 versos, utilizó medidas rítmicas diferentes y combinó endecasílabos con heptasílabos. Los grandes maestros de Pellicer: Salvador Díaz Mirón, Leopoldo Lugones y José Santos Chocano, fueron grandes sonetistas de la escuela renovadora del modernismo.

El soneto de Pellicer al cual me refiero es el siguiente:

Cuando a tu mesa voy y de rodillas
recibo el mismo pan que Tú partiste
tan luminosamente, un algo triste
suena en mi corazón mientras Tú brillas.

Y me doy a pensar en las orillas
del lago y en las cosas que dijiste...
¡Cómo el alma es tan dura que resiste
tu invitación al mar que andando humillas!

Y me retiro de tu mesa ciego
de verme junto a Ti. Raro sosiego
con la inquietud de regresar rodea

la gran ruina de sombras en que vivo.

¿Por qué estoy miserable y fugitivo
y una piedra al rodar me pisotea?¹³²

Es un poema perfectamente pensado y estructurado donde el movimiento poético se manifiesta a través de los recursos sintáctico-morfológicos. Pellicer en este soneto se acerca a la eucaristía, como síntesis de un orden totalizador de la

¹³² *Poesía completa*, II, p. 14.

liturgia católica, en que el poema a través de su estructura y recursos, devela el significado del orden divino.

Desde la primera estrofa el plano real y el simbólico se hacen presentes con el uso de la personalización en la primera persona del singular, que determina la tonalidad lírica del poema, y de la metonimia. Veamos en el primer verso: *Cuando a tu a tu mesa voy y de rodillas*, el cambio sintáctico es claro, antepone el complemento directo al sujeto e inicia con un adverbio que prioriza el tiempo. El relieve se encuentra en las últimas dos palabras: “de rodillas”. La posición final enfatiza el valor semántico y en ella también recae la intención rítmica. El segundo verso es continuado por el encabalgamiento: *recibo el mismo pan que Tú partiste*. Por el “Tú” que representa a la divinidad, los sustantivos “mesa” y “pan” adquieren valores simbólicos propios de la cultura católica. La mesa se convierte en el altar, lugar donde el sacerdote celebra el santo sacrificio de la misa. El “pan” *que Tú partiste / tan luminosamente,...* representa a la divinidad misma en la figura de Jesucristo, que por medio del rito de la eucaristía y por obra de la transubstanciación se convierte en el mismo cuerpo de Cristo. Asimismo, los dos versos simbolizan la comunión, máximo sacramento de la religión católica en el que los fieles reciben el cuerpo de Cristo. El plano real y divino quedan claramente expuestos a través de la primera persona del singular que proyecta el yo poético, y en la imagen evocada de la divinidad. En estos versos cabe lo afirmado por Stanton: “El poeta ordena e inventa el mundo. Lo real se metamorfosea gracias al poder liberador y transformador de la imagen”.¹³³ La segunda parte del tercer verso es dividida por un hemistiquio y se encabalga

¹³³ Anthony Stanton, *Las primeras voces del poeta Octavio Paz* (México: Ediciones Sin Nombre / CONACULTA, 2001), p. 25.

con el cuarto: *un algo triste / suena en mi corazón mientras Tú brillas*. El énfasis rítmico y semántico están en las dos últimas palabras. Así nos encontramos que la primera estrofa está compuesta por versos endecasílabos con un ritmo sostenido por la cadencia de la acentuación. Recordemos que un endecasílabo llevará siempre un acento en la décima sílaba. El encabalgamiento sucesivo de los cuatro versos le otorga una enorme agilidad y movimiento ascendente. Esto comprueba cómo los factores de índole formal ejercen una influencia decisiva sobre la idea central del cuarteto. González Acosta señala: “Los sonetos de *Práctica de vuelo* son expresiones de un sentir poético depurado e integrador que se traduce en forma y concepto a la vez”.¹³⁴

La segunda estrofa conserva la fórmula ABBA, para mantener el ritmo de la rima abrazada. Con el propósito de unir en concepto afirmativo el primer verso al último de la estrofa que le antecede, lo inicia con la conjunción copulativa “y”. Este recurso condiciona la continuidad del movimiento interno ascendente y que, al igual que los otros elementos, responde a la concepción particular del poema como unidad totalizadora. Al igual que en el primer cuarteto, los dos primeros versos mantienen la estructura del plano real y del simbólico. En este caso: *las orillas / del lago* y *las cosas que dijiste...* hacen alusión a los textos evangélicos. El poeta hábilmente conserva el ritmo manteniendo el énfasis semántico en las últimas palabras de ambos versos. El poema en su totalidad está integrado por versos de ritmo yámbico en virtud de que el acento estrófico va situado sobre la décima sílaba de los catorce versos. Esto es absolutamente intencional, como lo señala Prats Sariol: “Los elementos que dentro de la configuración rítmica del

¹³⁴ Alejandro González Acosta, en *Jornadas Pellicerianas* (México: ICT / Gobierno del estado de Tabasco, 1990), p. 141.

verso participan con fuerza decisiva son aquellos que tienen función distintiva, fonológica”.¹³⁵

Los dos versos restantes del cuarteto dan un giro al movimiento interior y a la estructura de unidades subordinadas sucesivas que le anteceden. Es el momento de la meditación, voz y concepto se integran en la elevación espiritual. El último verso, tiene el propósito de diferenciar la perfección divina de la deficiencia humana: *¡Cómo el alma es tan dura que resiste / tu invitación al mar que andando humillas!* La estructura sintáctica exclamativa proporciona una gran tensión. El hipérbaton y el conjunto de sinalefas configuran el ritmo versal y tienen su valor semántico: separan los atributos, refuerzan mediante un valor fónico una distinción de significado.¹³⁶

En el primer terceto el movimiento interno llega al clímax: *Y me retiro de tu mesa ciego / de verme junto a Ti.* Metonimia, sinalefa, hipérbaton y encabalgamiento son los recursos que mantienen el ritmo de unidad. Pero es en el adjetivo “ciego” y en el pronombre acusativo “Ti” donde recae la fuerza semántica. El contacto con la divinidad como parte del proceso espiritual revela la humildad al minimizarse a sí mismo, necesaria para la elevación. El segundo verso es dividido por un hemistiquio y se encabalga con el último y el primero de los dos tercetos: *Raro sosiego / con la inquietud de regresar rodea / la gran ruina de sobras en que vivo.* La intención es mantener la unidad a través de la sucesión de imágenes enlazadas cuyos valores morfológicos y sintácticos, metamorfosean su significado. Este proceso creativo se asemeja a la transubstanciación. De suerte que el poeta se convierte en sacerdote y por obra de

¹³⁵ José Prats Sariol, *Pellicer, río de voces* (México: Gobierno del Estado de Tabasco, 1990), p.78.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 90.

las palabras que pronuncia le es conferido el poder de ordenar y transmutar lo real a través del poder liberador y transformador de la imagen. En los versos citados el movimiento se modifica y se presenta la figura del oxímoron o antítesis con la intención deliberada, por parte del poeta, de intensificar a través de los contrastes una tensión semántica que provoca un efecto paradójico. Por medio del encabalgamiento de los dos versos finales del soneto, se resuelve la idea totalizadora y de unidad del poema en su concepto y estructura. *¿Por qué estoy miserable y fugitivo / y una piedra al rodar me pisotea?* En lugar de usar el verbo “ser” que reúne al sujeto con el atributo, utiliza “estar” para resaltar el estado de existencia en una situación de completa indefensión al saberse indigno de Dios, no obstante de haber recibido la sagrada comunión. Al cerrar de esta manera la idea integradora del soneto se aplica lo señalado por Stanton, cuando analiza el primer poema de *Luna silvestre*: “Las paradójicas inversiones del último verso recapitulan formalmente la idea de la poesía como unión armónica de contarios”¹³⁷ De esta forma vemos como Pellicer a través del concepto y estructura en el soneto se acerca a la idea armónica de la divinidad en contraste con la imperfección humana.

Práctica de vuelo está enmarcado por la concentración en el yo poético que envuelve a todo el texto; en el yo espiritual manifestado como la angustia, el anhelo, la oración suplicante, el diálogo y la confesión ante un Dios humano y omnipotente. El escenario lo dramatiza contrastando oscuridad y luz; la oscuridad representa la ignorancia y alejamiento de Cristo, mientras la luz es el conocimiento y el amor cristiano.

¹³⁷ Stanton, *op. cit.*, p. 55.

Abre el poemario el soneto que según Pellicer dio origen al libro: “Soneto a causa del tercer viaje a Palestina”, firmado en Monte Tabor en 1929. El primer cuarteto inicia con el diálogo franco del poeta frente el Señor de una manera familiar, es decir, se trata de una acción que le es común y recurrente. Lo que importa es el cuestionamiento que el poeta hace: *¿Por qué, Señor, a tus paisajes tomo / de nuevo entre mis brazos? ¿Por qué ordenas / -pájaros en abril, noches serenas- / que a mí desciendan nubes de tu domo?* Indudablemente se siente un elegido de la divinidad que lo ha llamado para comunicarle algo de suma valía. En el segundo cuarteto conmueve el dramatismo de la confesión y el acto de contrición, que es de tal autenticidad que lo transporta a la cima de la montaña para recibir el mensaje divino, y que lo traduce en su propia purificación, con los dos elementos que serán a su vez, eje del poemario: el agua y el sol. Este soneto que sirve de proemio, en su parte central contiene los símbolos de su catolicismo: *La cuna y el sepulcro*, que también son los pilares de la doctrina cristiana; el primero que representa el acto mediante el cual Dios baja del cielo convertido en hombre para la salvación de la humanidad, y el sepulcro simboliza la resurrección, máxima manifestación de su condición divina. El pájaro, símbolo por antonomasia del vuelo, se presenta luminoso, en la estación primaveral, reflejando el ánimo cordial de una fe capaz de hacer brotar jardines en las desiertas arenas.

Después de este poema individual, Pellicer utiliza tríadas de sonetos para nueve de sus composiciones dentro del poemario, el número tres en la religión católica representa la unión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es la unidad divina: Dios es uno en tres personas. Así mismo expresa un orden intelectual y

espiritual de Dios. Es en tres tiempos que las campanas llaman a celebrar la liturgia. Y también son tres las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. A manera de celebrar el rito católico de oración, el poeta llama al tríptico inicial “Sonetos bajo el signo de la Cruz”, es decir, representa la persignación, acción por la cual el devoto hace la señal de la cruz con los dedos índice y pulgar cruzados, con los que al momento de trazar la cruz en su rostro se presenta ante Cristo diciendo: “Por la señal de la santa Cruz, de nuestros enemigos, líbranos Señor, Dios nuestro.”

El soneto inaugural principia con los versos: *Alcé los brazos y la cruz humana / que fue mi cuerpo así, cielos y tierra / en su sangre alojó. [...]* Indudablemente se trata de imitar la vida santa de Cristo. Pellicer a lo largo de la poesía se ha referido a su condición de árbol, ceiba, árbol-cruz, cuerpo en cruz, que no es otra cosa que la cruz en la que se unen la tierra y el cielo: *¡Cómo sentí en mis brazos la campana / del aire azul! [...]* La cruz en la tradición cristiana condensa en esta imagen la historia de la salvación y la pasión del Salvador. La cruz simboliza al Crucificado, Cristo, el Salvador, el Verbo, la segunda persona de la Trinidad. Es más que una figura de Jesucristo, se identifica con su historia humana y hasta con su persona.¹³⁸ En el poema de nuevo encontramos los elementos de vuelo en el pájaro, el aire y el cielo. También aparece el color azul, el único que existe en el poemario y con abundancia. Lo que no es de extrañar, siendo este color el que expresa el despegue frente a los valores de este mundo y el vuelo del alma liberada hacia Dios: *De aquella libertad quedé cautivo. / Bebiéndome la sed planté el desierto / y del sol en el cielo fui nativo.* El azul es

¹³⁸ Jean Chevalier / Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos* (Barcelona: Herder, 1995).

la ascensión hacia el blanco virginal, es la pureza, de ahí que sea el color de la vestimenta de la Virgen y sea el símbolo mariano por excelencia. El sol que se nos presenta desde el primer poema tiene una connotación divina que se identifica con el propio Dios o manifestación divina. El sol vivifica, es fuente de luz, del calor y de la vida; está en el centro del cielo, como el corazón en el centro del ser. Pellicer, logra amalgamar de forma sintética todos aquellos elementos que representan los símbolos de la religión católica, pero no sólo eso, él los vive, los asume en su inmensa alegría de imitar a Cristo: *Y cuerpo en cruz, el corazón abierto/ pájaros de diamante en aire vivo- / brotó y el aire fue el más claro huerto.*

En el segundo soneto, durante la noche, que es el tiempo más propicio para la oración y meditación profunda, Dios se manifiesta: *[...] divina / la sangre derramó su vaso herido / sobre la mesa festival crecido [...]*. Inundado por esta comunión, el poeta escucha su voz por primera vez y de forma imperativa dice: *Poesía, / mira, calla, ven, ve, vuelve a tu grupo / y escucha la perfecta melodía.* Porque es el silencio de la noche donde el alma se colma del paisaje inmenso.

En el tercer soneto decide seguir el mandamiento “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. El camino lo lleva al despojo para transformarse y ser parte de la cruz divina.

La siguiente tríada la conforman los “Sonetos lamentables”, escritos en el cuartel de San Diego, Tacubaya, en 1930. Pellicer recuerda de esa etapa:

Al cabo de once días, casi sin dormir ni comer, me trasladaron a la penitenciaría recluyéndome en la crujía F, la de los vasconcelistas, donde me encontré con Pepe Revueltas, a la sazón un muchacho de 17 años, y con Juan de la Cabada. Ya estaba listo nuestro traslado a las Islas Marías. Yo tenía la certeza de ir a vacacionar a la fuerza en aquel nada acogedor sitio,

por una temporada bastante larga. Pero sucede el milagro: la víspera del viaje, a media noche, se me acerca un militar, un hombre algo delgado, de bigotitos recortados: “Es usted el famoso Pellicer”. Asiento. “Ahora mismo se me larga de aquí y agrádzcaselo al señor Pascual Ortiz Rubio, que le da la libertad que yo le traigo” -dijo. No pude creerlo. Después de tres meses de cárcel, con la vida en un hilo y un pie en las Islas Marías, llegaba la libertad. Creí que se trataba de una artimaña para aplicarme la ley fuga – muy de moda entonces-, por lo que, cuando salí a la calle, y ver cerrado el portón que guardaba el siniestro recinto, no supe qué hacer. Pasó un taxi, pero no lo tomé, pues tuve miedo de los asesinatos secretos. Así que emprendí a pie el regreso a casa.¹³⁹

En el primer soneto nos encontramos el único poema donde Pellicer expresa una angustia imponderable. Inicia con un *dolor gigante* que atraviesa un camino de *lágrimas, infierno, soledad, escoria, horror, agonía*, que lo llevan al mismo *abismo*, pero un abismo en la misma tierra, que lo obliga a refugiarse en el hueco de sí mismo.

En el segundo se reconforta hablando con el Señor, y en su pesadumbre condensa los elementos totalizadores de su obra: paisaje, religión y amor a la poesía: *Sólo mi voz en Ti sus voces halla. / Señor, la primavera pronto calla / y en el campo de espigas, junto al río, / iré a buscarte*. En el tercer poema toma un giro inusitado, su corazón ha sido vivificado por el agua divina e inicia un camino del que excluye la materialidad de fastuosas ciudades para despojarse en un paisaje sin *Ningún bagaje, ligadura o nudo; el corazón tan libre y tan desnudo / que lleve las pasiones como estrellas*. Cierra con la renuncia a la Esperanza, le bastan la Fe y la Caridad. Con ellas: *Se podrá caminar sobre las olas*. Pellicer hacía lecturas religiosas de diversos autores y muy probablemente

¹³⁹ Gordon, *op. cit.*, p. 55.

entre ellos está San Agustín, para quien la fe y la caridad son las vías *sine qua non*, con las que el alma, por su propio peso de amor, gravita hacia Dios. San Agustín privilegia la fe al señalar: “Si no puedes entender, cree para entender.”¹⁴⁰

“Sonetos de esperanza”, son dos sonetos en que el catolicismo es contundente, son poemas de carácter confesional y de íntimo diálogo con Dios. El primero, analizado en páginas anteriores, se refiere al acto de mayor importancia y que consiste en la sagrada comunión. En el segundo soneto asistimos al hondo recogimiento producido después de recibir el cuerpo de Cristo: *Y un goce primitivo, una alegría / de Paraíso abierto se sucede. Algo de Dios al mundo escalofría.* Versos que nos entregan la imagen de una profunda espiritualidad interior.¹⁴¹

En el par de “Sonetos de la luz”, Pellicer recrea un estupendo juego de contrastes entre luz y oscuridad. En el primer poema, que inicia a manera de plegaria, la sensación de oscuridad recorre cada una de las estrofas en sustantivos tales como: *muerte, pozo, sombras, calabozo, abismo, destrucción, despojos.* Y no sólo es la oscuridad; el encierro y la caída se magnifican desde los dos primeros versos: *¿Cómo sabiendo que Tú eres la vida, / ando en la muerte lleno de alborozo? Vivir alejado de Cristo, es vivir lejos de la estrella encendida, la punta de sol jamás partida y de la inescandible luz.* En el segundo soneto la luz, que es la verdad-vida-Dios, inunda el cuerpo, hace que el invidente sea capaz de

¹⁴⁰ Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964), p.117.

¹⁴¹ No cabe duda que Octavio Paz, nuestro Premio Nóbel, cuando en 1955 escribió su ensayo sobre la poesía de Pellicer, se anticipó en sus juicios y, no sólo eso, escatimó valía a la obra de Pellicer al escribir, entre otras cosas: “No importa que en su obra la reflexión, la angustia, el drama del hombre o el diálogo erótico con el mundo ocupen un sitio muy reducido.”

ver con la luz de la fe. El agua, que es fuente de vida, ilumina al devoto creyente que ha descubierto en la luz la verdad, y que suplica. *¡Cristo, Dueño y Señor, pon la azucena / sobre el sepulcro de la ceiba hendida!*

En los cuatro poemas que conforman “Sonetos todo un día”, Pellicer recorre el tiempo que va del amanecer a las horas nocturnas para señalar el camino ascendente del alma hacia Dios. Las palabras como el poema se mueven en el transparente aire azul del día. El conjunto de los cuatro sonetos es de un gran movimiento siempre en ascenso. En el primer poema la desnudez del yo poético se identifica con el desprendimiento de su materialidad en el momento que el día se despierta con la luz y el rocío de los maitines: *Siento en mi desnudez, rampa y ceniza / por donde suben ángeles de fuego, / caer la lluvia con tendido apego / y en cada poro hallar la luz llovediza.* Emprendido el vuelo en el campo y a medio cielo, sintiendo la fuerza de la gravitación, dice: *Y el campo y yo temblamos de tal suerte / como si en un jardín, a trino y vuelo, / cruzara un ruiseñor lleno de muerte.* En el momento que el sol se eleva a medio cielo la manifestación de Dios se da en la plenitud de la vida vegetal: *¡Qué campo, qué esplendor! ¡Con cuánta anchura se abría el horizonte!* En el segundo cuarteto, a imitación de los místicos, el desprendimiento es total: *Y el alma iba hacia Dios, llena de holgura, sin la tristeza que la vida arroja.* En la misma línea ascética continúa para llegar a la *eterna contemplación* que lo hace exclamar: *Qué hermoso estaba el aire de aquel día [...]* En el tercer soneto, que corresponde al atardecer, el alma vuelve al cuerpo para encontrar a la madre junto a la ventana. Vuelto al origen y a la fuente primaria se une a ella en el *Magnificat*, que es la oración que pronuncia la virgen María en casa de su hermana Isabel después que

el ángel Gabriel le anunció que en su vientre iba a concebir al hijo de Dios. María dice: “Mi alma glorifica al Señor. Y mi espíritu se ha llenado de júbilo en Dios mi Salvador, porque ha puesto sus ojos en su humilde esclava. Porque desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.” Finalmente, utiliza los dos tercetos para elevar una plegaria en los versos que contienen imágenes de una belleza extraordinaria:

Dios y Señor: levanta en mi camino
poderosa espiral, y en torbellino
esta ceniza en fuego que has creado

llegue a tu pie. Hábitame y señala
mi pecho como el sueño abandonado
al que de pronto le surgiera un ala.¹⁴²

En el cuarto y último soneto añora la pureza de la infancia, el ángel sin la caída a causa del pecado: *¡Si otra vez fueran dos! ¡Si yo pudiera / ser el ángel que fui! Y continúa utilizando el subjuntivo imperfecto para expresar su deseo de cambiar su propia naturaleza, misma que reconoce sin arrepentimiento ni congoja, es más, la celebra: Y entre soberbias y lujurias canto / sabiendo que del roble soy astilla / y del desorden el bestial encanto.*

El espíritu reflexivo y de introspección espiritual se rompe de manera abrupta con la tríada: “Sonetos a los arcángeles”. Esto aparentemente dificulta desentrañar el propósito de la estructura del libro. Por un lado podemos pensar en los grandes retablos barrocos que aglutinaban en su conjunto advocaciones a santos, mártires, apóstoles, evangelistas, todos ellos envueltos en el ambiente

¹⁴² Esta y todas las referencias de poemas y versos en este capítulo corresponden al libro *Práctica de vuelo* (1956), en *Poesía completa*, II, pp. 9-63.

celeste de ángeles y querubines. Pero siempre en el centro del retablo la figura principal pertenecía a quien se dedicaba la iglesia. También nos hace pensar en un templo que además del altar principal cuenta con diversas capillas a los costados laterales de la nave principal. Tampoco se puede omitir la posibilidad de un misal, estos es, de un libro que contiene cada uno de los ritos litúrgicos en que se celebra la eucaristía. Me inclino más bien por la idea de que Pellicer quiso escribir su propio eucologio, su libro personal de oraciones o devocionario, en donde Cristo es la figura principal y casi única, seguida por la de su madre, la Virgen María.

Los “Sonetos a los arcángeles” son un intermedio donde existen algunos elementos de teatralidad. El dedicado a Miguel es dinámico, sonoro y lleno de luz. San Miguel Arcángel, que según la tradición cristiana es el general de los ejércitos, es igualmente considerado el protector de la Iglesia militante. Iconográficamente aparece ataviado, según la tradición renacentista, como un soldado victorioso, armado con espada, para recordar que arrojó al infierno a los ángeles malos encabezados por Luzbel. En el poema, Miguel está en pleno vuelo después de descender a la oscuridad para vencer el mal que se escucha en el ruido producido por el fragor de la batalla. De ahí emerge en brisas luminosas al igual que la Virgen. Los dos son seguidos por un coro de ángeles, mientras el movimiento luminoso de veloces nubes enfatiza el dinamismo.

El dedicado a Gabriel es de una mayor sutileza. Predominan las imágenes, elementos volátiles y la noticia del nacimiento de Dios representada por un hermoso y perfumado jardín. Más que a Gabriel, es a la Virgen y su estado de gracia a quien el poeta dedica el poema. El último lo dedica a San Rafael

Arcángel, quien es considerado el jefe de los ángeles custodios del género humano. En el soneto, Pellicer narra el pasaje bíblico según el cual Rafael acompaña en su viaje al joven Tobías y al momento de llegar a las orillas del río Tigres, salió de éste un pez que quería devorarlo, pero el ángel le capturó y lo llevó a tierra. El hígado del pez servirá para la curación milagrosa del padre de Tobías. En la iconografía el ángel lleva en una mano el bordón con el guaje para el agua, y la esclavina con las conchas, símbolo de los peregrinos. En la mano derecha sostiene el pescado que recuerda el pasaje del *Antiguo Testamento*.

En los “Sonetos suplicantes” regresa a la introspección y al diálogo. Se reitera la imagen aparecida a lo largo del poemario: hombre-árbol-roble-encino-ceiba. El yo poético dirige su voz a *Cristo, Nuestro Señor* confesando sus culpas. *Lo que brilla en mi barro es un diamante / que pierdo a voluntad en sombra horrenda*. En acto de arrepentimiento y humildad solicita del auxilio y la compañía divina: *Haz que te adore, oh Dios, de Ti poblado / y yo amanezca al fin, con tal destreza, / que nadie sepa que voy a tu lado*. Los elementos que circundan a los dos sonetos son la confesión, la súplica y la humildad.

El primer poema del dúo “Sonetos nocturnos” encierra una gran complejidad. El poeta, a través del uso de imágenes y metáforas conceptistas nos introduce a una atmósfera metafísica. La elevación espiritual la conduce a través de un ritmo y tiempo espiral en búsqueda del encuentro con la divinidad. Elige a la noche como el momento propiciatorio. Manifiesta que el viaje es necesario emprenderlo en la *oscuridad fluida*, atravesar su silenciosa transparencia para ser iluminado por la flecha de Dios, quien perfecciona los sentidos. En el segundo soneto el yo poético se integra al tiempo eterno: *Tiempo soy entre dos*

eternidades. / Antes de mí la eternidad y luego / de mí, la eternidad. Aquí de nuevo encontramos las huellas de san Agustín, para quien era necesario entender el sentido del tiempo para comprender el sentido de la vida. San Agustín no aceptaba la idea física del tiempo, aduciendo que el tiempo no es una cosa, sino algo que pertenece a la manera del ser y de contemplar las cosas, el tiempo es parte del alma, por eso dice: “En ti mido yo los tiempos alma mía.”¹⁴³ Para San Agustín la naturaleza del tiempo está en el alma debido a que el presente es un constante paso, un constante dejar de ser y un constante todavía no ser. Pellicer, después de asentar el paso transitorio de la vida, postula su naturaleza vegetal de *ceiba innata*, cuya vida y muerte está determinada por los designios de Dios. Por último, cierra con la afirmación contundente: *Tiempo soy, tiempo último y primero, / el tiempo que no muere y que no mata, / templado de cenit y de lucero.* El tiempo a que se refiere el poeta es el tiempo de Dios, el tiempo eterno, tiempo infinito, tiempo nutricio que está dentro del alma y por lo tanto, alejado de la medición humana.

Pellicer escribió “Nocturno”, posiblemente en 1949, después de la muerte de su madre. “Nocturno”, compuesto por once sonetos es quizás uno de los poemas más ambiciosos del poeta dentro de *Práctica de vuelo*. Es un poema de gran movimiento que contiene un afán ordenador y de integración totalizadora. El espíritu de reflexión que invade al poema inicia en el momento que las sombras han poblado de oscuridad el cielo. En la noche que simboliza el tiempo de las gestaciones, de las germinaciones que estallarán a pleno día como manifestaciones de vida. A lo largo del poema el alma se integra al cosmos, éste

¹⁴³ En Xirau, *op. cit.*, p.114.

al mundo vegetal, el tiempo se expande y desaparece, el agua es el elemento regente. Al final regresa a la soledad nocturna donde los sentidos se pierden y liberado de toda su humanidad queda la fe que rueda a las plantas del misterio divino.

En el primer soneto la elevación espiritual es la condición necesaria para sólo poner *la mirada en los cielos*, esto es, despojarse de cualquier pensamiento material que impida al alma emprender el vuelo en oraciones de ardiente fervor. La oración dirigida a *Dios y Señor*, lo lleva a la recompensa de gozar del *árbol frutal de la estación nocturna*. En el segundo soneto la noche, la aurora, el cenit y el aire se presentan corporizados de manera alegórica en el pie, la mano, la cabeza y el pecho. La voz que surge se integra al mundo vegetal, a la selva donde la exuberancia y el desorden crean su propio misterio en un tiempo que no sabe cuando detuvo su hora última. En el tercer soneto la acción continúa en medio de la enorme vegetación selvática en donde es capaz de distinguir el microcosmos diminuto de una hormiga y una gota de rocío que concentran todo el cielo y la tierra. Los ojos que persiguen a la hormiga y a la gota pierden la mirada en un tiempo de contemplación estática donde sólo los ángeles observan. La Nada y la Eternidad se confunden con un soplo de viento. La fuerza y vitalidad de una espiga dan vida al alma que se alza al *cielo corpulento*. En el cuarto soneto el campo vibra de dinamismo como un atleta en un tiempo que se ha olvidado de sí mismo. El mundo cobra inusitada vida, el mundo vegetal y el mineral son iluminados por las luces azules y las sombras nocturnales que se elevan. La voz del yo poético se ve arrojada a un remolino que eleva su espíritu. El elemento agua-cielo-lluvia-rocío- azul, rige el movimiento vertical ascendente del poema.

El tiempo que anteriormente había sido nulificado, se hace presente en el soneto quinto en la estación del otoño que todo lo muda. El tono melancólico corresponde también a la madurez del poeta, que ahora mira, bajo un sol ausente, el agua, antes fluida y caudalosa, espesa y estancada convertida en lodo. Pellicer, encabalga al último verso uno más, esto es, escribe un soneto de quince versos. La presencia de la estación preparatoria al invierno continúa en el sexto soneto, poema introspectivo donde la mirada pasa revista a una lozanía ya antigua y a recintos deshabitados. La mirada se transfigura en los espejos vacíos que carga el joven otoño. La soledad abre de par en par las puertas en el séptimo soneto, alejado de cualquier patetismo, invoca al campo *con sus soledades* como el único lugar posible para habitar. La frondosa vegetación de la selva ahora ha sido sustituida por simples piedras en las que reposa un oscuro sol. En el octavo soneto nos da la sensación de haber estado escuchando una sinfonía de Mahler y de llegar al momento de mayor dramatismo. El estruendo de la soledad se impone en toda su magnitud: *Ninguna soledad como la mía. [...] Ya no tengo en los ojos sino un día / con la vegetación apuñalada. Ya no me oigas llorar por la llorada / soledad en que estoy, Virgen María.* Clama a la Virgen-Madre su auxilio, él perdió a su madre y la Virgen a su hijo, es por eso que en ella confía y refugia su dolor, agónico solicita: *Dame de beber del agua sustanciosa / que en cada sorbo tiene de la rosa / y de la estrella aroma y alhajero.* En el soneto noveno la noche es propicia para hacer el recuento de las ausencias, la noche es la vestimenta enlutada con que cubre su soledad, la cual es vista sólo por Dios en la *nada de los huecos*. Integrado de nuevo a la noche, punto de inicio de viaje y elevación, le habla: *Noche, por tus ausencias sin caminos, / vamos tú y yo con las*

manos vacías, / despacio, como hermosos asesinos. En el soneto décimo, inmerso en la noche, deplora su dolor en ascenso: *Señor, tenme piedad, bajo el escombros / desta noche de pías y venenos.* Pide el auxilio divino para recuperar su optimismo cristiano: *Haz que vaya otra vez hombro con hombro / con la alegre verdad que hiciste llenos / mis ojos peces de amargados senos / que miran sin belleza y sin asombro.* En el último terceto la esperanza se deja sentir en la presencia angélica que pone a resguardo la fuerza vital de su fe. El undécimo y último soneto compendia la plegaria, y también es la última escala del viaje espiritual. Los sentidos quedan nulificados, lo que equivale al desprendimiento total del mundo material. Las palabras de Jesús y de los profetas se presentan de manera alegórica en la representación de los cuatro evangelistas: *águila con león, ángel y toro.* La Santísima Trinidad en estrépito lo despoja de cualquier rescoldo de su humanidad. Sólo queda la fe: *La esfera de mi fe rueda a tu planta,* que a diferencia de los sentidos anulados, ella (la fe) adquiere la forma totalizadora de la tierra, lugar donde emprende el vuelo hacia la *unidad única y tanta* de la Trinidad, a donde llega rodando y a su planta, simbolizando su pequeñez y humildad frente a la omnipotencia divina, de la cual no tiene duda y afirma seguro: *creo en Ti.* El momento culminante lo contienen los dos últimos versos: *Silencioso y centelleante, / cierro la noche para hacer altura.* El propósito se ha cumplido, ya no requiere de palabras, su alma ahora iluminada, sólo le queda la noche para elevarse. Para Prado Galán: “Aquí está, en clave, la práctica de vuelo, la propedéutica del alma volandera, el peritaje aéreo, la fe que palpita desde el

rudo cimienta de la carne invadida por el ‘rayo fijo’, por la visión de Dios, por el polvo encendido.”¹⁴⁴

Los “Sonetos fraternales”, que siguen en orden en el poemario, serán analizados en el próximo capítulo dedicado al franciscanismo de Carlos Pellicer.

Otra vertiente muy estimada por Pellicer fue la hiperdúlica, su veneración por la Virgen es manifiesta en toda su poesía religiosa. Hay para quienes la figura de la Virgen es en Pellicer la identificación con su propia madre. De su poesía religiosa, Pellicer afirmó a Carballo que eran “oraciones desinteresadas.”¹⁴⁵ En *Práctica de vuelo*, el poeta dedica a la Virgen a manera de retablo: “Sonetos para el altar de la virgen”, integrado por cuatro grupos de tres sonetos cada uno, y que corresponden a la anunciación, la natividad, la pasión y la ascensión gloriosa.

La primer triada de sonetos la llama “Ave María”, en imitación a las primeras palabras con que el arcángel Gabriel saluda a la que será la madre de Dios. En el primer soneto las imágenes y metáforas empleadas por Pellicer nos introducen en una atmósfera celestial y luminosa donde vuelan ángeles, aves y arcángeles para dar la noticia a la Virgen que es representada por el Lirio, símbolo de blancura, pureza, inocencia y virginidad. En el segundo soneto el movimiento reside en las nubes, en la brisa, en el aire que nos ofrecen la alegoría de la encarnación: *Aire de oro escaló, nueva, la brisa, / cuando María, Rosa Misteriosa, / con pie dichoso las praderas pisa*. En el tercer soneto, se hace presente la gracia divina de la Virgen. El paisaje se embelesa ante su divina presencia: *La tarde canta y enmudece [...] Canta y mira / a la Virgen que vuelve y que suspira / y a las primeras sombras, resplandece*. En este tríptico vemos la

¹⁴⁴ Gilberto Prado Galán, “El soneto XI del nocturno: clave de la *Práctica de vuelo*”, en *Periódico de poesía*. Número 16, invierno 1996, p. 27.

¹⁴⁵ Carballo, *op. cit.*, p. 196.

imagen de la Inmaculada Concepción. En la iconografía el propósito ha sido resaltar la pureza de María, a eso se debe que la túnica que lleva puesta es de color blanco como símbolo de pureza y el manto azul que representa la sabiduría. A su cabeza la rodea una aureola de doce estrellas, mientras los angelillos que revolotean en su entorno cargan la torre de marfil, rosas y una palma que simbolizan su triunfo.

Los sonetos agrupados en “Mater amabilis” representan la natividad de Jesús, la adoración de los pastores y de los reyes magos. En tono narrativo, Pellicer crea un retablo de tres lienzos para describir las escenas del *Nuevo Testamento* en un ambiente de apacible quietud. En el primero la Virgen carga en sus brazos amorosos al Niño cantándole en sordina, mientras José observa la escena. Afuera del establo los colores del cielo cambian sus tonalidades para dar paso a la luz matinal. En el segundo y tercer sonetos, el silencio refleja la veneración de los viajeros ante el recién nacido que les presenta la Virgen. Las imágenes visuales nos dan la impresión de estar frente a un cuadro de José de Ribera, ya que con gran exactitud plasma las palabras bíblicas:

Y había en la misma región unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Un ángel del Señor se presentó entre ellos... Y el ángel les dijo: No temáis pues os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo: Que os ha nacido hoy un salvador... Y esta os será la señal: encontrareis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre... Los pastores se decían entre sí: Vayamos pues a Belén y veamos este suceso... Y fueron con prisa y encontraron a María y José y al niño acostado en el pesebre.¹⁴⁶

¹⁴⁶ San Lucas, 2, 8-16.

Dos de las figuras más potentes en la iconografía católica son La Dolorosa y La Piedad. Pellicer congregó ambas imágenes en la triada denominada “Mater Dolorosa” En el primero, la fuerza de las imágenes impresiona por su dramatismo: *En un trueno se hundió la empobrecida / grandeza de los cielos. [...] Cunde la muerte repleta de vida. / Hiede el odio cadáver insepulto. [...] Al pie del Árbol del Eterno Fruto que sombra excelsa da, vivo Atributo / de su eterno esplendor, está María.* A lo largo del soneto el vigor de las imágenes visuales y auditivas refuerza el ambiente dramático de la crucifixión. El último terceto culmina con el llanto de la Virgen que está de pie abrazando el cuerpo de su hijo, mientras los relámpagos hunden el día. En el segundo soneto, el silencio y la inmovilidad enfatizan el sentimiento de desolación ante la muerte divina. En el cielo cuelga un harapo de luz: *Se desplomó el silencio en la hondonada, / y en ángeles bronceados apoyada / la Virgen pisa el deshollado suelo.* En el tercer soneto la tensión está en el sufrimiento de la Madre de Jesús que pide la muerte para ella y así poder ver de nuevo a su amado hijo que yace en la tumba: *Sepúltame, virtud que das las voces / y así veré en la oscuridad sangrante / el Cuerpo de Jesús hecho diamante. Bájame, voz, al mar que desconoces.* Para González Acosta:

“Mater dolorosa” es el fresco del tormento y del martirio de ver laceradas las entrañas. Son tres momentos de sufrimiento: La Crucifixión, La muerte en la Cruz y el Velatorio de la virgen junto a la tumba. Es el grado de purificación necesaria por el dolor, aplicado al estoicismo del sacrificio supremo, asumido con humildad y con la conciencia de un destino que se cumple dentro de una purificación universal.¹⁴⁷

¹⁴⁷ Alejandro González Acosta, “Neoplatonismo y eucaristía en *Práctica de vuelo*”, en *Mirando el río aquellas tardes. Estudio sobre Carlos Pellicer. Primeras jornadas internacionales Carlos Pellicer* (Tabasco: Gobierno del Estado de Tabasco, 1990), p. 151.

En los sonetos a “Regina Coeli” los elementos narrativo y descriptivo desaparecen para dar paso a la contemplación de un acto sobrenatural y que es la ascunción y coronación de la Virgen como reina del cielo. Los tres poemas de un orden un tanto metafísico, contienen en su abstracción un cierto hermetismo, debido quizás al hecho mismo de tratar de describir lo inefable. En el tríptico de sonetos se alude al yo poético que solicita a Dios la capacidad de comprensión para que sus sentidos puedan presenciar, oír, tocar y oler lo nunca antes mirado, oído, tocado y olido en un plano de contemplación; en el segundo, la hermosura de la Virgen anula los sentidos; y en el tercero se celebra la apoteosis de la coronación de la Virgen ante el trono de la *innombrable Esencia*. La nueva reina del cielo la presenta como un *nuevo sol* que el mismo *Universo siente la vibración*.

“Otros sonetos” está integrado por seis sonetos pero, a diferencia de los anteriores, aquí se presenta a manera epistolar la autoconfesión de un estado anímico de gran pena. En el primero el yo poético se introduce dentro de sí mismo: *Ando en mi corazón como en el fondo / de un pozo abandonado que enronquece / la sequía y de noche no merece / ni una estrella en su antártico redondo*. El atardecer llega con relámpagos para dar paso a la noche. En el segundo soneto la hondura de la soledad se convierte en sombra humana donde sólo es posible el olvido ante un escenario de destrucción, terror y muerte. *Se cerró la ventana y en la extrema / solidez de la sombra, todo muerto / del terror de no estar, sueño que vivo*. En el tercer soneto la mañana recuerda las primaveras antiguas, la hermosura que provoca de nuevo el apetito carnal. Soledad, angustia, coraje, ternura se confunden en el recuerdo y en un presente

de reclamos y esperanzas. En el cuarto soneto la soledad se impone en toda su magnitud: *Oigo la casa: ya estoy solo; / Llena de soledad se abre y se cierra. / Es un sepulcro que la dicha encierra.* Posiblemente estos sonetos fueron escritos poco tiempo después de la muerte de la madre de Pellicer. El dolor expresado sólo puede obedecer a una pérdida semejante. En este soneto la plegaria a Cristo tiene un tono recriminatorio, ahora su dolor es más grande que los sufrimientos que pasó Cristo: *Cristo Señor, si tú me acompañaras / una tarde siquiera. . . si lloraras / un instante conmigo . . . ¡si vinieras / a verme cómo vivo y cómo muero!* Se siente solo y a la presencia divina alejada de él y su pena. Reprocha su ausencia, se dirige a él, utilizando el condicional que no se completa: si tú me acompañaras, si lloraras, si vinieras. En el penúltimo verso le hace una invitación en forma de mandato: *Ven mañana, Señor, que yo te espero [...]* En el quinto soneto las imágenes y metáforas las cambia por un lenguaje coloquial, su espíritu ya no lo diferencia de los demás, y no sólo eso, su materialidad convertida en pena es mayor también: *Como perro sin dueño, a ver qué sale / y enlodado y hambriento y con alguna / sospecha de acercarme a la fortuna, sin que nada se oponga o me acorrale; [...]* ninguna soledad que a tanta iguale. En el último soneto su optimismo cristiano le devuelve la confianza y el espíritu de nuevo es invadido por su fe católica: *¿Cómo será el silencio cuando toda / tu presencia lo enciende y lo sitúa / tan cerca del que te ame?*

“Sonetos dolorosos” está integrado por veinticinco sonetos; los primeros dieciséis los firmó en septiembre de 1950, es decir, año y medio después de la muerte de la madre. Este grupo de sonetos se puede leer como un solo poema, que fue la intención del poeta, en el que de forma gradual asistimos a un acto de

purificación. Se observa la intención de iniciar desde un plano humano, lleno de carnalidad, cuyos evasivos goces los equipara a la muerte, pero necesarios para cumplir el rito de pasaje. Esta primera etapa corresponde a un mundo espiritual en caos en donde el ser caído tiende a las pasiones que nacen de su caída misma. El siguiente paso será anular los sentidos al tiempo que la espiritualidad emerge entusiasta en Cristo. A lo largo del poema se vive un largo proceso de depuración con el triunfo final de una práctica de vuelo en que el alma, desprendida del cuerpo, asciende y se comunica con la divinidad en un afán de sumisión absoluta. Pellicer en forma recurrente utiliza como modelo de purificación la idea platónica de la caverna, cuya alegoría muestra los grados del conocimiento, el cual se alcanza mediante un doloroso camino hacia la luz del entendimiento y de la verdad, siendo necesario atravesar el mundo engañoso de las sombras y de la ignorancia al que el hombre vive atado por las sensaciones, y del cual se libera por medio de la razón. En Pellicer, el plano humano de los sentidos equivale al mundo dominado por los engaños de las pasiones que se deben derrotar para liberar la espiritualidad como único camino de ascenso a la divinidad. En Pellicer está presente la figura del hombre caído cuya purificación y elevación se llevan a cabo en un acto de transición que sólo es posible por un optimismo cristiano. En los tres primeros poemas la tensión reside en el elemento sensorial; la naturaleza humana y sus apetencias carnales se presentan como *el alud de fuego que desquicia*, y jardines frutales. El cuerpo del amado, que antes fue *creatura de delicia*, descubre su verdadera forma *de estatua rota, ardiente mausoleo*, para convertirse en *la manzana que a la tierra cae, / madura y de gusanos sucesiva*. En el tercer poema la esperanza surge en el viraje de los sentidos que ahora

encuentran el goce en la naturaleza. Hay una transición en donde vida, sueño y muerte se confunden. A la manera calderoniana dice: *Si estoy soñando nadie me despierte. / Un ansia de vivir, en plena muerte, / le da a mi sueño realidad tan clara [...]* En el cuarto poema el yo poético continúa: *Si la muerte soy yo, si en ella vivo [...]*, mientras Segismundo exclama desde la torre donde ha sido confinado: *[...] donde miserable vivo, / siendo un esqueleto vivo, siendo un animado muerto [...]*¹⁴⁸ El tránsito de la oscuridad a la luz se realiza a través del proceso de espiritualidad: *Da a beber de tu sangre a todo día / y escucharás dentro de ti ese trueno / misterioso que anuncia la alegría.* En el quinto soneto reconoce en Jesús la verdadera vida. La fe reanimada en el dulce amor de Cristo renueva la serenidad y la posibilidad de emprender el ascenso. En el sexto poema resalta la pequeñez humana y la fuerza que proviene del alma. La noche vuelve a ser el elemento propiciatorio para el desprendimiento y gozo del espíritu inundado por la gracia divina. En los dos tercetos el recogimiento del alma se manifiesta en toda su humildad ante la magnificencia divina: *¡Ay!, que mirar el cielo anochecido / es sentirse inocente, estar perdido / en una dicha sin palabras. Toda / la Indescifrable Gracia se presenta / y el alma en el silencio se acomoda / como en nido de rayos la tormenta.* El séptimo poema abre a toda luz y desde el alto cielo del mediodía, el azul eleva los brazos hacia las alturas, el pecho es henchido de gozo, la alegría es inmensa; en el prodigio de los sentidos se congrega la luz que irradia la presencia de Dios transformada. Pero esta luz no basta, por eso en el octavo soneto apostrofa a Dios: *Ordéname, Señor, que yo te siga. / Gritame, estoy muy lejos, no te veo.* Consciente que su pequeñez humana

¹⁴⁸ Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño* (Primera edición Madrid, 1636-1677), (México: Porrúa, 1965).

sólo puede ser modificada en el momento justo de encontrarse con Dios, dice: *Y tengo que ir a Ti de un modo o de otro: / a pie, en avión, locomotora o potro. / ¿En dónde estás? ¿Por dónde está el camino?* En el soneto noveno el sentimiento de desolación lo persigue al sentirse sin la compañía del Dios amado. Su corazón que es toda entrega, implora con desesperación: *¡toma mi corazón, Cristo!* En el soneto décimo la plegaria persiste, el tono ahora es apacible, pero insiste en compenetrar toda su existencia en la experiencia divina. No solicita favores terrenales, no pide amores, salud o riqueza material, quiere ser ungido en la gracia más alta: *Con alegría hiéreme y cantando / te podré conocer y andar ya eterno / sobre la piedra que en celaje ablando.* En el poema undécimo la plegaria se transforma en afirmación contundente: *Tú eres la Luz, la Verdad y la Vida.* Al igual que San Agustín, Cristo se le revela, en cuanto regresamos a nosotros mismos y vemos que nuestra conciencia memoriosa es una imagen – la única que *tenemos*, la única en que *estamos* mientras vivimos- de la eternidad.¹⁴⁹ Pero el camino es pedregoso, la duda acecha a cada instante, quizás su religiosidad tenga la base cartesiana: “dudar para no dudar”, de ahí que después sentenciar que Jesús es única y máxima divinidad, en el soneto duodécimo la fuerza del yo poético ha menguado: *Si yo llegara a amarte, ¡qué manera / tan distinta será de verlo todo!* Pretende que su amor sea incondicional, sin la mácula de los instintos, el conflicto se magnifica al querer entregarse sin reserva alguna, al tiempo que reconoce: *Soy un fuerte animal suelto a destreza.* En el soneto que sigue, en un acto de autoconfesión hace el recuento del pasado sin arrepentimiento, sino como reconocimiento obligado para trascender a un nivel

¹⁴⁹ Xirau, *op. cit.*, 116.

de superación: *He pasado la vida con los ojos / en la manos y el habla en el paladeo [...] Ahora que ha encontrado en Cristo Jesús el camino a seguir, desea cambiar la dirección de sus sentidos, concentrar toda fuerza en la fe que lo llevará a despojarse de su materialidad humana. El soneto catorce inicia sin titubeos: *Quiero los ojos en el alma ahora.* El segundo cuarteto conformado por aliteraciones se encabalga con los dos tercetos, no da lugar a pausas, las acciones se suceden de forma precipitada, la fe del alma en su vuelo *estallará de gozos esponsales.* En este último verso encontramos de nuevo su coincidencia con la poesía mística y con el libro *Cantar de los cantares.* Desde un principio hemos afirmado que la poesía de Pellicer no es mística. No obstante, su religiosidad pretende alcanzar la plenitud en la medida que su alma sea envuelta y abrazada por la divinidad. En el siguiente soneto, la mirada que ha puesto sus ojos en el alma ha perdido su memoria, ahora la mirada pretende no sólo ser creadora sino la misma fuente de la creación de sí misma: *Si alguna vez puedo tener mirada / [...] la forma le daría a cada cosa / tan verdadera cuanto así encantada: / mirar, saber mirar, y ser la rosa.* Del soneto décimo sexto al décimo noveno, continúa en el mismo tono la plegaria, la humildad suplicante, pero de forma imperativa, casi angustiada, impela la voluntad divina ante su propia incertidumbre: *Señor, haz que yo vea. [...] Jesús. Hijo de Dios, abre mis ojos [...] Señor, óyeme, ven dame vida, [...] Señor, mira mi sangre, [...]* En el soneto veinte da un giro, ahora se hacen presentes la flor, la paloma, la nube, el aire y en el centro el Supremo Sol. Pellicer utilizó el símbolo solar de manera recurrente en el poemario y no de forma gratuita. El sol es la fuente de la luz, del calor y de la vida. Además de que vivifica, la radiación del sol manifiesta las cosas. El sol está en el centro del*

cielo, como el corazón en el centro del ser. En la poesía de Pellicer el sol se identifica con Dios Creador y Señor. Dios es el Sol Supremo que sostiene con su poder toda la vida y el cosmos. En este poema terminan las interpelaciones, las dudas, y ahora: *Va haciéndose el silencio*. El sigilo de la noche es el momento propiciatorio, los luceros son heraldos de la alegría y de la Poesía que se renovará al amanecer. Los últimos tres sonetos son de extrema belleza, parecen tocados por un espíritu divino. La autenticidad de la experiencia religiosa vertida en poesía, revela una elevación del alma más significativa, más honda que la repetición mecánica de las oraciones litúrgicas. Las palabras contenidas se acercan más a las de un santo penitente en un momento de total recogimiento, de plenitud y diálogo con un Dios que hace manifiesta su presencia. En el soneto veintitrés la negación de los sentidos origina que la voz antes martirizada en la súplica, se transforme en canto íntimo de glorificación dictado por la silenciosa alegría: *Yo nada sé de mí, ya sólo canto / y no sé lo que canto y si lo digo / no sé si es que respondo o que prosigo / sin conocer el agua en que me encanto*. Esta estrofa corresponde al día de Pentecostés en que según el *Nuevo Testamento*: “Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y empezaron a hablar en otras lenguas, según como el Espíritu les concedía expresarse.”¹⁵⁰ El yo poético, inundado de la gracia divina reconoce que ya no está solo, ha recibido las señales que en su camino lo acompañará el Señor quien lo llenará de sabiduría: *Andar bajo tu pie sin saber nada / todo será saberlo, [...] En el penúltimo soneto la compañía de Jesús y del Espíritu Santo le devuelven la vida en una resurrección que ha vivificado su fe y su religiosidad. El último poema consuma el largo viaje,*

¹⁵⁰ *Hechos de los apóstoles*, 2, 4.

la práctica de vuelo. El optimismo cristiano que lo colma de alegría, le hace proferir una promesa de vida: *Seré de tus palabras artesano, / tan silenciosamente que ese día / junto al mar o en profunda serranía, / veré la luz saliendo de mi mano. / Y te diré: Señor, yo nada entiendo; / por Ti la sombra de mi vida enciendo / como Tú de la noche das el día.*

En mi opinión, Pellicer debió de haber terminado su libro con “Sonetos dolorosos”, más no obstante incluyó “Los sonetos de Zapotlán” y “Sonetos postreros” cuya temática sale del conjunto del sonetario, si bien son reflexivos, no corresponden a la idea integradora del poemario, y los dos de carácter religioso contienen conceptos reiterativos, sin que por esto dejan de tener valor, pero en forma definitiva se alejan del espíritu de *Práctica de vuelo*.

Capítulo III

Devoción franciscana

En Carlos Pellicer se condensan varias de las tradiciones mexicanas católicas más arraigadas en el país, pero que a través de su poesía se presentan como verdaderas revelaciones. Una de ellas es su franciscanismo. La pobreza y fraternidad que proclamó el Santo de Asís se convirtieron en verdadera y permanente fuente de inspiración para el poeta tabasqueño. Quizás resulte extraña esta devoción en un país que hasta los mismos santos de moda pasan a segundo término y hasta son olvidados por otros a quienes los feligreses les atribuyen la potestad de aliviar males incurables, encontrar cosas perdidas, mejorar sus ventas, encontrar marido o novio, salvar a las almas del purgatorio, proteger a los caminantes y peregrinos, resolver casos imposibles y desesperados; hay patronos de comerciantes, médicos, choferes, hay quienes propician que llueva, que regrese el hijo perdido y otros que abogan por la libertad de los presos. Es preciso recordar que la mayoría de los pueblos mexicanos, si no es que todos, tienen un santo patrono, de ahí que las festividades del calendario religioso llenen los 365 días del año. Hoy por hoy las fechas más importantes del calendario pertenecen a las celebraciones católicas; sólo por mencionar algunas se encuentran el día de reyes, la Candelaria, miércoles de ceniza, Semana Santa, día de todos los santos y de los fieles difuntos y la Navidad. México es un país de santuarios que millones de peregrinos recorren a pie, año tras año, para agradecer los favores recibidos o suplicar ayuda. Pero a diferencia de cristos, vírgenes, santos y santas, a San Francisco de Asís no se le considera abogado contra alguna calamidad en particular o protector de una clase especial de necesitados. “San Francisco es visto más bien como modelo de toda Santidad, como ejemplo en que todas las virtudes cristianas parecen haberse

sublimado, aunque de una manera sencilla, natural, sin aparatosas manifestaciones.”¹⁵¹

En forma recurrente solemos decir, y no sin razón, que somos un pueblo sin memoria al que muy fácilmente se le olvida situaciones o acciones que en su momento fueron de una inmensa trascendencia. A esto hay que abundar que en la historia oficial del país, a partir de su independencia, se le ha querido borrar los tres siglos de dominación española, trescientos años de verdadera construcción en todos los órdenes, se ha sintetizado simplemente como “la época colonial”. En este aparente olvido se encuentran también las huellas y presencia del franciscanismo. El Pobrecillo de Asís nunca imaginó en ese año de 1209 en que reunió a sus doce compañeros para predicar la palabra del evangelio, que sus enseñanzas atravesarían el Atlántico y servirían para evangelizar a nuevas civilizaciones y, no sólo eso, que la construcción material y social de los misioneros franciscanos sería de grandes dimensiones.

Para entender el franciscanismo es preciso remontarnos a la fuente misma, es decir a San Francisco. Nace en 1182 en Asís, hijo del rico mercader Pedro Bernardone. Tuvo una juventud turbulenta, gastaba el dinero a manos llenas, asistía a todas las fiestas, banquetes, justas y torneos. En 1202 participó como elemento de caballería en la lucha de Perusa; cayó prisionero junto con otros caballeros y fue recluido en la cárcel. Como todo joven de entonces su anhelo era ser armado caballero, por lo que decidió enrolarse en el ejército de Gualterio de Briana, para defender en la Puglia los derechos del Papa. En 1206 le sucede algo extraordinario: mientras se encontraba meditando en la iglesia de San Damián,

¹⁵¹ Lino Gómez Canedo, “Presentación”, en *750 años de presencia franciscana* (México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977), p.7.

vio moverse los labios de la imagen de Cristo crucificado y oyó que le decía:
“Ve, Francisco, a reparar mi casa que se viene a tierra.”

Cristo se reveló a Francisco en la cruz; y Francisco, con su exquisita sensibilidad estética, no sintió horror ni espanto, antes bien, sostenido por la gracia e iluminado por la fe, descubrió en el Crucificado el ideal de la belleza y de la bondad. No sólo la bondad, sino bondad fundida y hecha una con la belleza: Y Francisco creyó con todo su ser en Cristo crucificado.¹⁵²

El cambio de Francisco fue radical. Alejado del bullicio y la fiesta se dedicó a reparar la iglesia, se desprendió de todos sus bienes para darlos a los pobres. A partir de ese momento sólo usó como vestimenta un burdo zayal. Después de vivir un año como ermitaño regresó a Asís donde al igual que Cristo inició su peregrinación y evangelización junto con doce seguidores. En 1210 se dirige a Roma con intención de ser recibido en audiencia por el Papa Inocencio III, quien a su vez había soñado a Francisco sosteniendo a la Iglesia que se derrumbaba. El Papa al verlo lo reconoció y aprobó de forma verbal la petición de Francisco, que consistía en vivir la pobreza evangélica. Así fue como nació la Orden de San Francisco. Rápidamente se propagó el movimiento, no habían transcurrido diez años cuando los hermanos habían aumentado en tres mil. El primer y sencillo escrito que San Francisco presentó al Papa se convirtió en una “Primera regla” muy extensa de 24 capítulos que no fue aprobada por la curia romana. La Regla definitiva o Regla bulada, de tan sólo 12 breves capítulos, la aprobó Honorio III el 29 de noviembre de 1223. El punto primero del primer capítulo contiene y condensa el espíritu bajo el que se sostiene la filosofía cristiana del

¹⁵² Fidel de Jesús Chauvet, “La espiritualidad personal de San Francisco de Asís”, en *750 años de presencia franciscana*. (México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977), pp. 22-23.

franciscanismo: “La Regla de vida de los hermanos menores es ésta, a saber: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad.”¹⁵³ En el capítulo segundo, se dirige a los hermanos: “A los cuales amonesto y exhorto, que no desprecien ni juzguen a los hombres que vean vestidos con telas suaves y de colores, usar de manjares y bebidas delicadas, sino más bien cada uno júzguese y despréciase a sí mismo.”¹⁵⁴ El capítulo sexto lo dedica a lo que será el centro mismo del franciscanismo: la pobreza como la máxima imitación de Cristo. “Esta es aquella eminencia de la altísima pobreza, que a ustedes, queridísimos hermanos, los ha constituido herederos y reyes del Reino de los cielos, los ha hecho pobres en cosas temporales, pero los ha sublimado en virtudes.”¹⁵⁵ Para el santo de Asís la perfecta alegría, la verdadera virtud y la salud del alma se encontraban en soportar con paciencia las vicisitudes recordando las penas sufridas por Cristo. Vivir la pobreza conforme a los textos evangélicos fue sin lugar a dudas la mayor virtud celebrada en San Francisco.

Para él la pobreza que saludaba como la dama de sus nobles y altos pensamientos y con la cual decía haberse desposado, no es sino una poética alegría, si bien de hondas exigencias prácticas. Francisco gustaba de la alegría y vivía, podemos decir, en un mundo de símbolos, pero el fondo y sustancia de ese mundo era Cristo en persona... Amar la pobreza, entregarse a ella, vivirla a fondo, para Francisco no era otra cosa sino servir a Cristo y a María, amarlos sinceramente y tratar de vivirlos en esas vivencias de carencia de bienes materiales.¹⁵⁶

¹⁵³ *San Francisco y Santa Clara de Asís. Escritos*, traducción e introducción de Fr. Efrén Balleño Sánchez (México: Provincia del Santo Evangelio, 2000), p. 30.

¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 31.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 32.

¹⁵⁶ Chauvet, pp. 24-25.

La pobreza vivida y profesada por San Francisco como el símbolo de una verdadera vida apegada al evangelio, traspasó las fronteras de espacio y tiempo. No sólo inspiró a misioneros y religiosos, este modelo de virtud motivó el Canto XI del paraíso en la *Divina Comedia* de Dante, quien se refiere a la vida seráfica de San Francisco:

Ella, privada de su primer marido, permaneció despreciada y oscura mil cien años y más, sin que nadie la solicitase hasta que vino éste. De nada le valió que se oyera decir, cómo aquél que hizo temer a todo el mundo la encontró alegre con Amiclates, cuando llamó a su puerta, ni le valió haber sido constante y animosa hasta el punto de ser crucificada con Cristo, mientras María estaba al pie de la Cruz. Mas para no continuar en un estilo demasiado oscuro, reconoce en mis difusas palabras que estos dos amantes son Francisco y la Pobreza.¹⁵⁷

Efectivamente, San Francisco vivía su realidad espiritual en Cristo, la Palabra de Dios encarnada, asumida en la sencillez y en la condición dichosa del cristiano que contento con solo Dios, prescinde de todo lo demás, realidad espiritual que tanto pregonó el santo esposo de la pobreza.

Otro elemento que resalta en el mundo de este virtuoso fraile es su desmedido amor por la naturaleza en la que veía la magnificencia divina. Para él todas las criaturas eran, al igual que los hombres, obra divina. Peces, aves, corderos, rocas, fuego, el sol mismo no son sino símbolos de Jesús. “Francisco... por su encendida fe en Cristo, recobró esa inocencia, esa pureza de intención y redescubrió las relaciones misteriosas y trascendentes que, en Dios, vinculan a todos los seres entre sí y con su Creador.”¹⁵⁸

¹⁵⁷ Dante Alighieri, *La divina comedia* (1307-1321), (Madrid: Ediciones Nájera, 1984), p. 296.

¹⁵⁸ Chauvet, *op. cit.*, p. 19.

Entre los textos de San Francisco destaca el “Cántico de las criaturas”, escrito en su natal dialecto umbrío, consistente en una hermosa y delicada alabanza a Dios, donde reconoce con verdadera humildad como sus hermanos al sol, la luna, el viento, el agua, el fuego, la madre tierra y la muerte temporal.

El mundo de Francisco es un mundo exquisitamente poético, un mundo de ensueños espirituales que nos arrebatan a la contemplación del Edén, en donde el Señor colocó a nuestros primeros padres; pero un Edén aún más cumplido, más pleno, como en medio de él se levanta, como árbol frondoso y vivificado, la cruz de Cristo, y Cristo mismo lo llena de su presencia inefable y misteriosa.¹⁵⁹

La poesía de Pellicer, desde sus inicios, sorprendió por inaugurar nuevas rutas. El optimismo y alegría cristianos que resultaron tan novedosos e inusuales, encontramos que son el centro mismo de la filosofía cristiana de San Francisco, y que la doctrina franciscana tuvo una poderosa penetración en nuestro país desde el inicio de la conquista española, por lo que amerita una breve reseña de cómo se llevó a cabo. Fue tan fuerte la huella que dejó el Santo en su recorrido en los años de 1212 y 1213 en Castilla, Galicia, Levante, Cataluña, que todavía se conserva la quintilla escrita en Campanario, pueblo de Extremadura, que dice:

Conviene que esté vestido
un brazo de aquestos dos,
que sinó no sabeis vos
cual el de Francisco ha sido
y cual el brazo de Dios.

La importancia del franciscanismo en España la resume Ernesto de la Torre:

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 20.

Conoceremos qué grado de influencia llegó a tener en los destinos españoles, si pensamos que el hombre fuerte en los tiempos de la Reina Católica fue un franciscano, el Cardenal Francisco Ximénez de Cisneros, quien sentó las bases de la grandeza imperial de aquel país, grandeza que se mostró tanto en el aspecto material, como en el espiritual e intelectual, pues a él se debió, tanto un profundo plan de renovación cristiana, como un apoyo decidido a la cultura en todas sus manifestaciones.¹⁶⁰

El impulso del espíritu franciscano arribó a América dos años después de consumada la conquista, cuando en 1523 desembarcaron Fray Pedro de Gante, Fray Juan de Tecto, y Fray Juan de Aora, estos dos últimos murieron en el viaje que realizó a las Hibueras Hernán Cortés. Un año después, en 1524, llegaron una docena de frailes, entre los que se encontraba Fray Toribio de Benavente, a quienes el Papa Adriano VI les había otorgado la bula “Omnímota”, convirtiéndolos en los primeros misioneros autorizados para el establecimiento de la Iglesia en México y la catequización de los indígenas. Estos frailes franciscanos, a diferencia de los conquistadores, vieron en el indio un ser humano igual que ellos, así que la primera tarea fue defenderlos de los colonizadores. La inhumana situación del indio la describe en tonos de denuncia dramática Fray Pedro de Gante en las cartas dirigidas a los reyes de España: “Siendo en tiempo pasado señores e mandado toda la tierra, son agora esclavos y aún más que esclavos...pues mire V. M. si será sufrible este trabajo; por cierto que cuanto a la sustentación y descanso, mejor lo pasan los perros que los indios, porque a los perros danles de comer; mas a éstos sírvense de ellos y no se lo dan... Torno a suplicar a V. M. que mire como buen pastor por sus ovejas, y que mire que Cristo

¹⁶⁰ Ernesto de la Torre Villar, “Floreccillas de San Francisco en la Nueva España”, en *750 años de presencia franciscana* (México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977), p. 58.

Nuestro Redentor no vino a derramar su preciosísima sangre por sus tributos, sino por sus ánimas, pues vale más un ánima que se salve, que todo el mundo de cosas temporales.”¹⁶¹

Como ya se ha documentado ampliamente, se sabe que Gante y sus frailes lo primero que hicieron fue aprender el náhuatl, y posteriormente reclutaron a los hijos de los señores en conventos donde les enseñaron el evangelio para que éstos a su vez lo difundieran entre su gente. El método que emplearon fue por demás novedoso en cuanto a sistema de enseñanza y consistió en la creación de un teatro cristiano entre los aztecas, concebido por los misioneros y moldeado y realizado por los indígenas.¹⁶² La primera obra que se representó fue la Navidad, en 1526, cuyo impacto tuvo tal magnitud que el mismo Gante dice: “...así que de esta manera vinieron primeramente a la obediencia de la Iglesia y desde entonces se hinchen las iglesias y atrios de gente.”¹⁶³ La representación de la Navidad arraigó de manera tan profunda en los naturales de la Nueva España, que se convirtió en una de las costumbres religiosas más veneradas. Fray Toribio de Motolinía escribió de estas fiestas:

La noche de la Navidad ponen los indios muchas lumbres en los patios de las iglesias y en los terrados de sus casas, y como son muchas las casas de azotea...más parecen de noche un cielo estrellado...y cantan y tañen atabales y campanas, que ya en esta tierra han hecho muchas que ponen mucha devoción y dan alegría a todo el pueblo...En esta noche vienen a los oficios divinos y oyen sus tres misas, los que no caben en la iglesia por eso no se van, sino que delante de la puerta y el patio rezan, y hacen lo mismo que si estuvieran dentro...Y en la iglesia tienen a Nuestra Señora con su precioso Hijo en el pesebre, delante el cual...ofrecen cera, y de su incienso,

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 63.

¹⁶² Fernando Horcasitas, “Experiencia educativa de los franciscanos en México”, en *750 años de presencia franciscana* (México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977), p. 45.

¹⁶³ *Ibidem*, p. 64.

y palomas, y codornices, y otras aves que para aquel día buscan y siempre hasta ahora va creciendo en ellos la devoción de este día.¹⁶⁴

San Francisco de Asís fue quien instituyó la costumbre de los Nacimientos. En el pueblo de Greccio, en el año de 1223 decidió celebrar una Navidad en la que se reviviera sensiblemente el recuerdo del Niño que nació en Belén, con el objeto de asistir y ver con ojos propios las privaciones y las condiciones del Niño Dios y sus amantísimos padres. Se dispuso alumbrar el lugar con ceras y antorchas y se condujo al pesebre de heno al asno y al buey. El santo fraile evocó la Nochebuena ante los asistentes para quienes la visión parecía significar que Jesús había estado dormido en muchos corazones y San Francisco, con su palabra y su ejemplo, lo había despertado. Desde esa fecha se celebra, representando con figuras, la Navidad en los templos y hogares católicos de todo el mundo.

Los franciscanos, herederos directos de la celebración navideña, viendo el impacto entre los nativos promovieron con ahínco esta fiesta.

Los propios frailes entraban a los pueblos cantando, y enseñaron a los indios el canto llano y a tocar instrumentos músicos de Europa, los que conjuntamente con el ronco huéhuatl, el jocundo teponaztle y la quejumbrosa flauta de barro o de carrizo, resonaban jubilosos cuando en las festividades conmemorativas del nacimiento del Redentor, los frailes hacían representar, en las capillas abiertas de sus conventos, la escena inefable de Belén, con el pesebre, el Divino Infante, José y María, la estrella anunciadora, los pastores y los Magos de Oriente, en memoria de cuyas ofrendas de incienso, oro y mirra, los indígenas tributábanle al Niño su fragante *copalli*, flores y frutos, maíz, conejos, pájaros de rica pluma y pavos de tierra.¹⁶⁵

¹⁶⁴ En Eduardo Enrique Ríos, “El espíritu de San Francisco en el Nuevo Mundo”, en *750 años de presencia franciscana*. (México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977), p.78.

¹⁶⁵ *Ibidem*, pp. 81-82.

La acción franciscana para evangelizar y enseñar, tuvo en fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México, a un alto exponente humanista a quien se le debe, entre otras muchas contribuciones, la creación en 1536 del célebre Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, el uso de la primera imprenta en América y ser precursor de la fundación de la Universidad de México. Los franciscanos fundaron escuelas, hospitales; construyeron acueductos, hicieron las obras del desagüe del Valle de México, enseñaron a los indios a cultivar las tierras y cosechar granos, a criar ganados, y todo tipo de manualidades artesanales.

Los franciscanos llevaron su labor a lo largo y ancho del territorio de la Nueva España ayudando a extender las fronteras. Fundaron misiones, templos, conventos en Yucatán, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Texas, Nuevo México, Nueva Vizcaya, California. Los misioneros franciscanos son exploradores, geógrafos, humanistas, cantores, lingüistas, músicos, arquitectos, obreros manuales. Ellos mismos proyectan y edifican sus conventos; ellos los adornan y dirigen a los indios canteros, carpinteros, y decoradores, y de la colaboración entre el indígena y el franciscano surgen esos admirables monumentos arquitectónicos que son los conventos de Tlaxcala, Huexotzingo, Calpan, Cholula, Tepeaca, Izmal, Maní y tantos otros.¹⁶⁶

De la construcción material llevada a cabo por los franciscanos, Justino Fernández afirmó: "...junto con las demás construcciones religiosas del país,

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 83.

constituyen el tesoro artístico máspreciado, la expresión artística principal del período de la dominación española en México.”¹⁶⁷

En el capítulo primero ya me he referido a la vida y poesía religiosa en el México del siglo XIX, en el que no obstante la Guerra de Reforma, con todas sus consecuencias desfavorables en todos los órdenes a la Iglesia, el catolicismo arribó con solidez al siglo XX.

La temprana religiosidad de Pellicer manifiesta en su poesía data desde su adolescencia (1914) a la cual le precedió, además de las oraciones enseñadas por la madre, la lectura del Evangelio, *Imitación de Cristo*, entre otros libros religiosos. De San Francisco, Pellicer en la carta que le escribe a su amigo Guillermo Dávila desde Asís, en octubre de 1927, recuerda que su primer contacto con el santo fue el libro *Las florecillas de San Francisco* que le regaló su madre. Esto sucedió probablemente cuando Pellicer era un joven. Este libro de exaltado lirismo contiene algunos de los pasajes de la vida y milagros del Pobrecillo de Asís, así como de sus compañeros. La admiración por San Francisco, según cuenta en la carta, lo llevó a leer las biografías del santo escritas por Jorgensen, Pardo Bazán y San Buenaventura.

El 10 de junio de 1922, Pellicer fechó el poema: “San Francisco predicando a las olas”, el cual vio la luz hasta el año de 1996 con la publicación de su obra completa a cargo de Luis Mario Schneider. El poema, compuesto por 62 versos, inicia parafraseando la oración del “Padre nuestro”, en donde el mar ocupa el lugar del cielo: *Señor, hágase tu voluntad / así en la tierra como en el*

¹⁶⁷Justino Fernández, “Las construcciones franciscanas del siglo XVI en la Nueva España”, en *750 años de presencia franciscana*. (México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977), p.121

mar. En medio de una fuerte tempestad se escucha la voz del santo que dirigiéndose a las olas les dice: “*Venid, oh hermanitas mías...*”, verso que nos remite al “Cántico de la criaturas” en el que proclama su hermandad con todos los elementos y todas las criaturas. El diálogo con las olas continúa: las llama [...] *formidables criaturas del Señor [...] las de los grandes gritos y desgarrados hombros, / las que jugáis cruelmente con el bote del pescador; / las que dobláis la palmera justa, / las que convertís la noche en una maldición.* El santo conmina a las tempestuosas olas: *Venid a mí las formidables criaturas del Señor.*

San Francisco, entre otras cosas, se distinguió de los demás santos por la peculiaridad de hablarles a las aves, a los peces, a las ovejas, a los conejos, a las cigarras y a cuanta criatura se atravesaba a su paso. En los pasajes que narran su vida se hicieron célebres el que cuenta la historia de la forma como el fraile amansó a un feroz lobo, quien escuchando las palabras de Francisco puso su mano sobre la del santo en señal de obediencia; otro fue el sermón a las aves:

Pajaritos, hermanitos míos; vosotros estáis muy obligados a Dios, vuestro creador, y siempre y en todo lugar debéis alabarle porque os ha dado vestido doblado y triplicado y libertad para ir a todas partes; también guardó vuestro linaje en el arca de Noé, a fin de que vuestra especie no pereciese en el mundo... Mucho os ama el Creador que tanto beneficio os hace. Por esto guardaos,avecillas mías, de caer en el pecado de la ingratitud y alabad siempre a Dios.¹⁶⁸

En el poema, Pellicer da vida a la voz seráfica, la que es atendida por las aguas iracundas, que en mansedumbre obedecen el llamado: *Y las olas llegaron: / unas eran verdes rodeadas de perlas, / otras azules manchadas por antiguos ocasos; /*

¹⁶⁸ *Las florecillas de San Francisco*, traducción de Federico Muelas (España: Salvat, 1969), p. 48.

otras moradas llevando una estrella. Al igual que el lobo de Gubbio, las olas: subieron a las rocas donde Francisco estaba / y dieron en decir llenas de amor. / “Sólo seremos buenas. / En las noches serenas / cantaremos canciones serenas; / y en las noches huracanadas / cantaremos canciones serenas. [...] Seremos humildes como la arena / y sobre ella nos tenderemos / para contar las estrellas. Francisco de Asís / ¿quieres las estrellas?

Pellicer, en imágenes de extrema belleza, nos proyecta el mundo de arrebató poético en el que vivía el santo. En Francisco, que por su modo de ser, de amar y vivir, era la más admirable poesía viviente del medioevo, había nacido para crecer, fructificar y penetrar en el corazón de los pueblos, una nueva corriente de espiritualidad que habría de impulsar toda acción evangélica y cultural franciscana; una nueva manera de sentir y contemplar el mundo.¹⁶⁹ Marco Antonio Acosta con agudeza reflexiona sobre el amor de Pellicer por San Francisco:

Ciertamente hay una devoción por lo franciscano y una evocación de San Francisco. Su filiación religiosa es católica mas cristiana en cuanto a pobreza, humildad y admiración por las cosas de la tierra. Hay también un amor universal por el hombre en su infinito de misterio ante la creación divina, el hombre forma parte de la creación igual que los seres de la naturaleza, pero él, el hombre es el elegido por Dios. También como Jesús su amor no se reduce a una entelequia abstracta del hombre, sentido como universal observancia, sino sentido como exigencia humanista, como pulso de su dolor padecido.¹⁷⁰

En 1924 Pellicer, quien ya había entablado una estrecha amistad con Vasconcelos, publica *Piedra de sacrificios*, cuyo propósito épico es la

¹⁶⁹ Ríos, *op. cit.*, p. 78.

¹⁷⁰ Marco Antonio Acosta, “Antología de Carlos Pellicer”, en Mullen, p. 197.

magnificencia americana en el que se entrecruzan el sentimiento y la imaginación en un trasfondo de tristeza teñido de esperanza, donde el paisaje se enseñoorea al lado de Cuauhtémoc y Bolívar. Pellicer escribe en “Divagación del puerto”: *Porque mi América y el comunismo / de Francisco de Asís / revolviéron en el vaso de mi abismo / mi principio y mi fin*. La conjunción de dos grandes pasiones del poeta se manifiestan como un profundo deseo de realidad; la integración de la América española en una verdadera cofradía de hermandad izando el estandarte con las imágenes de Bolívar y San Francisco, simbolizando la fuerza de la unión en una sola fe.

Desde que Pellicer conoce a Vasconcelos, en 1921, la influencia de este último será decisiva en el joven poeta que ya mantiene firme su admiración por Bolívar, su amor por América y su profunda religiosidad. En Vasconcelos encuentra no sólo un amigo, también un mentor y guía que refuerza sus convicciones. Vasconcelos fue el primero que buscó un acercamiento con Pellicer después de que éste se pronunciara en la Embajada de Venezuela para pedir justicia y libertad para la juventud estudiantil de ese país. Antonio Caso le dijo: “Hombre, Carlos, Pepe Vasconcelos quiere conocerlo a usted, le han impresionado mucho las palabras de usted contra el dictador de Venezuela”¹⁷¹ La admiración y la amistad recíproca llevó a que Vasconcelos prologara de manera entusiasta *Piedra de sacrificios* de Pellicer. En el texto da cuenta de su ferviente catolicismo manifestado, entre otras cosas, en el paisaje y en la naturaleza, por lo que no repara en señalar:

Me atrevo a pensar que así amaba Jesús y que así amaba San Francisco,
y los poetas que miran las cosas como dentro de un halo de belleza

¹⁷¹ Gordon, *op. cit.*, p. 32.

universal y viviente, son como magos reveladores de ese sentimentalismo que posee la ternura de las lágrimas y la profundidad del universo.[...] El culto del paisaje expresado por poetas como Pellicer, de sentido étnico y social, traería como consecuencia el afán de unirnos por afinidades de contemplación estética y nos llevaría a considerar que la patria es el paisaje. [...] allí donde la presencia divina se revela más pura en el lenguaje de encantamiento, de visiones magníficas.¹⁷²

En una carta, escrita en Florencia en octubre de 1927, le dice a Arturo Pani: “Desde hace 7 años trato casi diariamente con Vasconcelos.” Esta estrecha relación nos hace pensar que, después de la enorme influencia de su madre, fue Vasconcelos quien terminó de formarlo y obró como su mentor intelectual y espiritual.

José Vasconcelos, ferviente admirador del santo de Asís, dejó testimonio de su franciscanismo en su “Discurso franciscano” (1943). Por su importancia transcribo los fragmentos más significativos:

Nosotros sabemos qué es la verdad y yo vengo aquí a proclamar que San Francisco es la verdad, por lo mismo que San Francisco es el milagro...Por lo que, para quien sabe mirar, el milagro es la ley de la creación entera y ello proclama su divinidad. Y eso es lo que entendió San Francisco, y eso es lo que dice su filosofía.... consideraremos rápidamente la figura de San Francisco como filósofo, como poeta, como renovador religioso y como civilizador que también lo fue, gracias a su sistema de proselitismo...la filosofía de San Francisco es la del Evangelio y nos dice que todas las cosas son obras de Dios y por eso las encontramos bellas y que en el hombre lo importante es el alma que tiene un destino que cumplir... ese destino es conquistar la vida eterna, y para consumarlo, basta con seguir al pie de la letra el modo de acción

¹⁷² José Vasconcelos, “Prólogo”, en Carlos Pellicer, *Poesía completa*. Volumen I, edición de Luis Mario Schneider (México: Universidad Nacional Autónoma de México / Consejo nacional para la Cultura y las Artes / Ediciones del Equilibrista, 1996), p. 67.

evangélico. El franciscanismo restituye la vida del espíritu a la filosofía sencilla y pura que nos dice que lo más importante es el hombre y por encima del hombre, Dios, su creador, Padre del Universo... y que las ideas se encuentran en la conciencia de Dios Creador. Y si se trata de buscar en la historia testimonios, ¿quién puede darlos mejor que nosotros, los hispano-americanos, que somos en todo lo que sea nuestro valer un fruto directo de la acción franciscana?¹⁷³

Vasconcelos concluye con el poema “Himno a san Francisco” que en sus últimos versos dice: *Te alabo Señor San Francisco, / Sin reservas de criterio / En humilde y devota oblación.*¹⁷⁴

Carlos Pellicer, después de su viaje a Sudamérica, volvió a viajar con Vasconcelos, ahora fue Italia, Egipto y Tierra Santa entre 1926 y 1927. José Vasconcelos en *El Desastre* (1938) narra las peripecias de este viaje. Las que corresponden a Tierra Santa las consigna en los capítulos “Jerusalén”, “Vino dulce sabroso”, “La poesía de Jerusalén” y “El milagro de la Tierra Santa”. En la narración mezcla las vivencias del viaje con reflexiones existenciales, católicas, sobre Cristo y el Evangelio. Cuenta que estando en la gruta del santo Sepulcro dijo:

Señor, aquí estoy, porque pude juntar el dinero del viaje, pero otros que no han podido echarse a caminar, están, sin duda, más cerca de ti, porque te han buscado por el camino de la bondad y el sacrificio. Voy de nuevo al mundo, Señor, pensé, para pecar, porque ésta es la ley de mi carne, pero también para luchar un poco por la verdad y la justicia.¹⁷⁵

¹⁷³ José Vasconcelos, “Discurso franciscano”, *Discursos 1920-1950* (México: Botas, 1950), p. 125.

¹⁷⁴ *Ibidem*, p. 64

¹⁷⁵ José Vasconcelos, *El Desastre* (México: Botas, 1938), p. 216.

De ese viaje Pellicer escribió el dístico: *Oh Hermano Francesco, qué te puedo ofrecer? / Igual que una pradera, ponerme a florecer*. El que fue publicado en la edición de su *Poesía completa*.¹⁷⁶ En el verano de 1927 Pellicer obtuvo una prórroga a su pensión y creyendo que eran sus últimos meses en Europa, decidió pasarlos en Italia. Pellicer comienza su viaje llegando a Milán el 18 de julio, después visita Padua, Venecia, Florencia, y permanece en Asís del 17 al 26 de octubre del mismo año. El día 23 escribe a pedido expreso de su amigo Guillermo Dávila, quien se encontraba en París, una extensa epístola: “Me pides una carta, hermano, una carta de Asís en la que me veas desnudo y total.”¹⁷⁷ El poeta inicia la narración comentando que hacía tres horas había recibido la comunión después del trabajo que le costó encontrar un confesor en español, para lo que necesitó caminar ocho kilómetros de ida y vuelta, en la Basílica de Todos los Ángeles. Ahí asistió a la misa, por tercera vez el mismo día, que se celebró en el altar donde descansa el sarcófago que contiene los restos de San Francisco.

Esta carta es el documento autobiográfico de mayor importancia en que Pellicer expresa con gran veneración su ferviente cristianismo, su pasión por Jesús y su acendrado amor por San Francisco. La carta en sí misma es un acto y confesión de fe, así como la más alta declaración de su catolicismo, donde Pellicer muestra desnuda su humanidad. Es uno de los textos pellicerianos que más conmueven por su honda sinceridad, lejos del artilugio del encantamiento de la palabra. Nos permite adentrarnos en la devoción profunda de un verdadero cristiano, para quien en la religión y en la fe se cifra la existencia misma. Por

¹⁷⁶ “Poemas no coleccionados 1922-1975”, en *Poesía completa*, II, p. 363.

¹⁷⁷ Carlos Pellicer, *Cartas desde Italia*, edición, presentación y notas de Clara Bargellini (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), p. 90.

estos motivos considero pertinente transcribir la carta, excluyendo las digresiones que salen del contexto:

Antes fui a misa a una capilla pobrísima, cerca del Hotel y luego me fui a la Basílica del santo a buscar quien oyera mi puerca vida. [...] Abrí mis Evangelios – en italiano- y por una extraña casualidad que me dejó suspenso y aún me preocupa, al abrir el Libro, repito, en cualquier parte, empecé a leer en san Mateo los versículos referentes a la renunciación. La casualidad es la más bella que me ha ocurrido en toda mi vida y también la más conmovedora: En Asís y ante los huesos del más perfecto de los renunciantes, abrir los Evangelios al descuido y dar, por casualidad extraña, con las palabras de Jesús sobre la renunciación. Leí el párrafo varias veces y no quise seguir leyendo más. Tuve que hacer un esfuerzo grande para olvidar el caso y seguir la Misa con toda reverencia y sin acordarme de mí. Mi eterna vanidad! [...] En la “Porziúncula”, la cappelletta abandonada y en ruinas que restauró con sus propias manos el legendario Poeta de Asís y que se conserva como él la dejó y en donde quiso morir pues era el sitio que más amaba, en ese ambiente de pobreza absoluta, la Misa, síntesis simbólica de la Vida de Cristo, adquiere una fuerza de evocación difícilmente superable. La Misa en el santo Sepulcro alcanza una majestad tal que el dolor de la pasión se confunde frecuentemente con la serenidad inmóvil de la fe. Es lo inefable, allí la parte divina de Jesús, es más sensible. En la Porziúncula la parte humana es la que se siente más. [...] El “Cántico de las Creaturas” del seráfico frate es la glorificación de los sentidos, especialmente el de la vista. Los sentidos son un medio, no un fin, para llegar a Dios. [...] Por eso he ido dos veces a Palestina. Por eso he de volver una vez más. No es la mezquina adoración arqueológica que allí no existe ni podría existir. Dios no iba a dejar nada de su materialidad sobre este mundo. La Resurrección es la confirmación absoluta de ello. Dejó el espíritu en el Evangelio, es decir en el Verbo. [...] Sí, yo adoro a Dios en todas partes. Pero los recuerdos personales del Cristo, Dios-Hombre, tienen para mí una fuerza de fe que nunca sabré expresar ni agradecer. Y todo esto, para decirte que la vista de Asís me ha confortado acaso para siempre. [...] Desde hace 8 días estoy en Asís. [...] estoy aquí por mí, únicamente por mí. El frate ha sido siempre una de mis grandes pasiones [...] Un día mi madre me regaló los “Fioretti” y me quedé muy desconcertado. Luego leí la vida del frate por Jorgensen, el danés convertido. Es un libro muy bello. Después leí el San Francisco de la señora Pardo Bazán. Nunca pude conseguir en México las obras fundamentales. Por fin en París pude leer “Leyenda de los Tres Compañeros” y la vida del frate por San

*Buenaventura. La parte de la Leyenda Áurea que se refiere al frate y al famoso “Espejo de Perfección”, los acabo de leer en Florencia. En París leí también el San Francisco de Paul Sabatier, la más célebre biografía moderna del Santo, causa de tantas discusiones. Viajé a Asís. A los 3 días de estar aquí, en plena soledad del campo, me puse a conversar con el frate y a decirle: Ten la amabilidad de ayudarme. Si me ayudas a ser fuerte, te prometo cosas, lindas cosas, cosas de tu gusto, oh hermano Francesco. Y en eso estamos. Parece que le he caído bien al frate pues es conmigo muy cariñoso. Yo lo quiero muchísimo y se enoja cuando beso la orilla de su túnica. Quisiera que estuviera aquí para cuando vuelva nuestra hermana la Luna, para que rezáramos y conversáramos junto a los olivares, frente a San Damiano a donde voy todas las tardes a las 6 a rezar el rosario con él. Cuando empezaba yo a acostumbrarme a su amistad maravillosa, tengo que irme. [...] Asís me ha iluminado el espíritu. [...] El frate, glorioso y supremo imitador de Cristo, es el puente directo entre nosotros y el Redentor. En Asís he comprendido la humildad, la pobreza, la paciencia y la santa alegría. [...] Asís ha sido para mí un campo de revelaciones. La dulzura y la poesía del frate han secado mis heridas y me han dado fuerzas desconocidas. [...] Han sido mis mejores días en Italia.*¹⁷⁸

El viaje lo concluye en Roma, desde donde escribe a su hermano Juan el 11 de junio de 1928: “Cuando se llega a Asís, la poesía es acto, el verbo ha muerto y la vida se corona.”¹⁷⁹ Pellicer se quedaría un año más en Europa, de marzo a junio de 1929 visitó Medio Oriente, Grecia y Tierra Santa. Otro gran poeta devoto de San Francisco de Asís fue Rainer María Rilke (1875-1926), quien al igual que Pellicer viajó con frecuencia a Asís entre 1899 y 1912, dejando testimonio en su libro *La pobreza y de la muerte* (1910). Rilke experimentó experiencias que él llamó místicas en la inmensidad de las estepas rusas; en su poesía hallan eco las varias crisis religiosas que sufrió. Encontrándose en Asís describe, en una nota familiar, a un poeta que se encuentra de improviso con un almendro florido:

¹⁷⁸ *Ibidem*, pp. 91-97.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 106.

Se espanta hallarlo así en esa plenitud frente a sí... allá abajo, totalmente alejado de sí; cuanto a sí mismo no se siente en un enfrentamiento bastante exacto, y se halla en este punto turbado de que estén ausentes los medios que le permitirán reflejar simplemente el ser de este árbol. Si hubiera sido un santo, habría sacado de esta situación una serena libertad, la alegría inalterable de la pobreza; porque San Francisco se hallaba probablemente tan despojado y tan consumido que todo el universo se había convertido en el sabor de su ser.¹⁸⁰

La afinidad religiosa entre los dos poetas es asombrosa; por un lado la serenidad de que habla Rilke se encuentra en el poema de Pellicer, “San Francisco predicando a las olas”; ambos coinciden en la “alegría inalterable de la pobreza”, síntesis de la filosofía cristiana del santo de Asís; la representación del árbol en Rilke, sabemos que fue un leitmotiv en la poesía de Pellicer a través de la reiterada imagen del árbol-hombre-cruz.

Pellicer fecha en agosto de 1948 el tríptico “Sonetos fraternales” dedicado a Jaime Sabines, quien para entonces contaba con 22 años de edad y dos años más tarde publicaría su primer libro de poesía: *Horas*. Los sonetos forman parte de *Práctica de vuelo*. El título alude a la hermandad universal predicada por el Pobrecillo de Asís. Pellicer, a manera de epígrafe escribió: “Hermano Sol’, nuestro padre San Francisco.” El santo equiparado al astro mayor, nos muestra al sol no sólo como deidad y arquetipo de fertilidad, sino como la fusión indivisible con Dios Creador y Señor. Dios que es el Sol Supremo, en su fuerza sostiene cuanto existe en el universo.

Luz, alegría y vitalidad son los signos estructurales de los sonetos. En el primero, el poeta identificado con el santo, manifiesta la fraternidad que lo une al

¹⁸⁰ Chauvet, *op. cit.*, p. 41.

sol y establece un diálogo donde la reflexión se amalgama a la intimidad espiritual. El poema inicia: *Hermano Sol, cuando te plazca, vamos / a colocar la tarde donde quieras*. El poeta equipara su condición a la divinidad creadora. Versos de una gran semejanza con los vanguardistas de “Estudio” de su primer libro: *Jugaré con las casas de Curazao, / pondré el mar a la izquierda / y haré más puentes movedizos. / ¡lo que diga el poeta!* En ambos poemas Pellicer coincide con Huidobro para quien: *El poeta es un pequeño Dios*. El poema se desenvuelve en un dinamismo inundado de la luz solar, capaz de crear el prodigio de la vida y del movimiento, recreando de nuevo el microcosmos diminuto de la hormiga utilizado en el tercer soneto de “Nocturno” de *Práctica de vuelo*. La luz del atardecer hace emerger la floración silvestre para dar paso a los resplandores que invocan al silencio nocturnal. En la noche propiciatoria las manos del poeta se hermanan con las del sol para juntos caminar en la oscuridad y encender las estrellas.

En el segundo poema, el yo poético dirige la voz al astro solar, cuya fuerza vital contiene la energía creadora de la poesía misma: *De ti dimana / la energía de todo lo que planto*. El *Hermano Sol* activa el canto del poeta que en una práctica de vuelo parte de la ceiba -hombre-árbol- hasta llegar *al primer escalafón del cielo*. Momento justo para la conmoción espiritual: *Canté y mi voz estremeció mi muerte*. En el último terceto el *Hermano Sol* es a la vez el hermano Francisco, cuyas predicación de humildad y pobreza es evidente en el llamado que le hace el poeta: *Hermano Sol: para volver a verte, / ponme en los ojos la humildad del suelo / para que suban con tu misma suerte*. El tercer soneto es de orden eucarístico, la fraternidad se da cita en la unión de la uva y la

espiga: *con el vino y el pan tendí la mesa*. Ahora la noche rige el ánimo espiritual en que la pureza es representada por los lirios, flor simbólica de la castidad. En el último terceto la hermandad del poeta propicia la cálida y humilde invitación que hace al Hermano Sol-San Francisco: *Si quieres, a la puerta de mi casa / voy a esperarte. Beberás el vino / y comerás el pan. Enciende y pasa*.

Desde muy joven Pellicer encontró en el santo de Asís el verdadero modelo cristiano a seguir, modelo que lo llevó a profesar un amor y veneración equiparables a la admiración extraordinaria que sintió por el libertador Bolívar; pero con el tiempo en el ansia de espiritualidad del poeta, la figura de San Francisco de Asís fue más preponderante según lo atestigua su vida y su poesía. Pellicer en forma reiterada afirmó: “Para mí el cristianismo es la única cosa verdaderamente importante que hay en la vida.” La fuente de su poesía religiosa es su inmenso amor cristiano. Luis Ríus dice al respecto:

No busquemos en esta poesía trasfondo de muerte [...] Sólo es amor lo que encontraremos. El ansia de amor es el origen mismo [...] Y tocada por la mano de Cristo, esa ansia llega a la angelical locura franciscana [...] Pocas veces el amor será fortaleza tan admirable como lo es el sentimiento de Pellicer. Y es a la grandiosa concepción del amor del *mínimo* Francisco de Asís a la que la sensibilidad pelliceriana se aproxima más que a ninguna otra.¹⁸¹

En la entrevista que Carballo le hiciera a Pellicer en 1962, éste último habló de las razones de su acendrado franciscanismo:

Hay dos personalidades en la historia que han ocupado muchas de mis horas: San Francisco de Asís y Simón Bolívar. La atracción de estos personajes no ha sido solamente desde el punto de vista del incendio y la llama, sino que ellos son, ellos representan el orden. Y como yo soy

¹⁸¹ Ríus, *op. cit.*, p. 173.

el desorden, los amo. Su amor me completa. El orden de San Francisco consiste en unificarse: hermano lobo, hermano sol, y unos días antes de morir: hermana muerte. Hay en él un principio de unidad que es el orden. Su pasión por la naturaleza revela también ese principio. Cuando paseaba por los campos de Italia, al principio de la primavera, les decía a los campesinos: “Por favor una fajita, muy delgada, entre una parcela y otra para que allí nazcan las flores que ya vienen.” Allí está la parte mágica. En la tierra que no se tocó, allí nacen las flores. Claro, las flores silvestres, que son las más fraternales. La rosa cultivada, la rosa del soneto, es un poco la flor natural.¹⁸²

Carlos Pellicer desde muy joven dio muestras de otra gran devoción franciscana: la fiesta de celebración del nacimiento de Cristo. Pellicer desde los 17 años escribió poemas con este motivo, asimismo se hicieron célebres los nacimientos elaborados cada diciembre por el poeta. En 1914 fechó “Soneto de Navidad a la señorita Ana María Gabucio”. El poema en sí es de manufactura bastante irregular y más bien es un típico poema de ocasión. Dos años después escribió el tríptico “Poema de navidad” con la nota final: *Es ésta mi primera ofrenda lírica que dedico a mi incomparable mamacita. Se la ofrecí el día 3 de enero, día de su cumpleaños. México, 1917.* Las dos primeras partes compuestas por un poema de tres cuartetos y de un soneto, representan en un ambiente escenográfico el pasaje conocido como la adoración de los pastores. En el *Nuevo Testamento*, San Lucas describe la aparición del ángel a los pastorcillos a quienes les anuncia el nacimiento de Cristo Señor: “Os doy estas señas: hallaréis a un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre.” En el poema están presentes el Dios recién nacido, la Virgen, el ángel y la estrella de Belén. En la noche iluminada desfilan las siluetas de los pastores que entonan cantos de alabanza y júbilo. En el paisaje

¹⁸² Carballo, *op. cit.*, p. 195.

bucólico destacan los árboles sin hojas. En la oscuridad nocturna, pincelada en oro, resalta el color blanco del ángel y el manto de la Virgen. La tercera parte, llamada “Envío”, es una décima de estructura silábica desigual donde desborda, de manera casi infantil, el amor que siente por su madre: *Madrecita adorada, madrecita / llena de amor y de virtud.*

En *Colores en el mar y otros poemas* (1921) Pellicer publicó el poema “Navidad” en la parte correspondiente a “Recuerdos de los Andes”. Le precede el poema “Recuerdos de Iza / un pueblecito de los andes” que contiene el famoso distico. *Aquí no suceden cosas / de mayor trascendencia que las rosas.* Versos que se han considerado como uno de los grandes hallazgos poéticos de Pellicer. El poema en cuestión está integrado por dos sonetos sobrepuestos en que el poeta describe el paisaje de los Andes en la noche de Navidad de 1919. El centro del poema lo ocupa la luna del cielo ecuatorial que ilumina la noche estrellada en la cordillera andina. La voz del yo poético interrumpe abrupta para decir: *Ensueño? Sueño? Vida / Me he vuelto de otra raza por el sol de la Luna / Piedad para la angustia desplomada y hendida!* La confusión se resuelve por efecto de la fe cristiana que celebra el nacimiento del niño Dios: *Música de Ángeles... Noche de Navidad! / Tu nombre me salvó, Jesús blanco!* En la segunda parte la Navidad representa el triunfo de la pureza sobre el pecado y el *Querubín*, el anuncio de la paz divina.

En “Poemas no coleccionados” encontramos uno de los más bellos poemas vanguardistas de Pellicer, “Reyes magos”. En México, heredero de la festividad española, es costumbre que los niños reciban obsequios el día 6 de enero, regalos que los mismos creen les fueron traídos por los Reyes magos. Esta

tradicón conmemora el pasaje en el que se narra el peregrinaje y adoración de tres reyes de oriente que siguiendo la estrella de Belén llevaron al Niño Dios, oro, incienso y mirra como símbolo de postración ante su divina investidura. El poema lejos de ser religioso, se convierte en una manifestación lúdica del lenguaje: *Los santos reyes Magos me han traído / una locomotora monótona con sus wagoncitos / y sus rieles de aluminio, / un barco / de sesenta centímetros de largo, más lujoso que el “Aquitania” / y más veloz que el “Imperator”. [...] Con mis trenes y mi trasatlántico / voy a molestar a la cordillera / y al golfo cambiado, [...] Ni saludaré al pico de Orizaba / ni al Golfo militar, / ni a los planetas trasnochadores. Y cuando mi equipaje vayan a registrar / el Banco de Inglaterra subirá sus valores.*

Para Carlos Pellicer la Navidad representó siempre una gran fiesta, religiosa y personal que lo unía, por un lado, a la celebración del nacimiento de Jesús y, por otro, a un móvil más complejo pero no por esto menos válido, a la infancia y a los lazos familiares, donde la Noche Buena escenifica el amor cristiano y la cohesión universal de quienes integran la inmensa familia de la Iglesia católica. Si de algún adjetivo podemos valernos par calificar a Pellicer, sería el de la fidelidad. En el festejo de la Navidad, Pellicer cumplía y resumía devoción y pasión por la madre, la religión y la poesía, mismas que fueron pilares y ejes fundamentales en su vida y obra y, a quienes les fue íntegramente fiel. Devotamente cada año dedicaba meses enteros a la elaboración minuciosa del Nacimiento, aprendido de la madre, que al devenir de los años se convertiría en una de sus grandes pasiones. Según lo documenta Luis Mario Schneider, en el año de 1945 deja la fabricación tradicional para transformarlos en un íntimo

espectáculo visitado y agregado. De tal suerte que entre los papeles del poeta encontrados por el investigador, dio con el texto “Ballet de la Navidad”, fechado el 17 de abril de 1944, integrado por tres actos que respectivamente representan: la anunciación a la Virgen, la adoración de los pastores, y la huída a Egipto. La primera hoja guarda un inmenso valor por contener los nombres de los participantes en el Ballet, del que no se tiene conocimiento de su representación: “Ideas de Carlos Pellicer / Coreografía de Gloria Campobello / Música de Bach, escogida por Martín Luis Guzmán / Vestuario y Escenarios de José Clemente Orozco.”¹⁸³

En el mismo artículo Schneider da la palabra a Pellicer, quien recuerda los orígenes de su visión del Nacimiento en su natal Villahermosa:

El Nacimiento más famoso lo hacía una vieja de barrio, doña Chica Pérez, y que llenaba una sala muy grande. Lo recuerdo perfectamente. Todo arreglado con heno o *paxtle* y ramas de vegetación loca de mi tierra. Era un desorden de todos los diablos. Doña Chica le ponía al Nacimiento cuanto encontraba en los mercados y almacenes en punto de juguetería. Allí podían verse corridas de toros de barro de Guadalajara y soldados japoneses de plomo, animales de porcelana de Sajonia y un señor de levita recortado de la *Ilustración española y americana* pegado en una tablita. Bueno, la cosa más tremenda, deliciosa y absurda.¹⁸⁴

No obstante, en el texto que escribió para *Cosillas para el Nacimiento*, afirmó: “Mi madre, tan humana cuanto religiosa, me inició en la divina práctica de El Nacimiento. Gracias a Dios y a ella, pude, puedo, hacer cada diciembre lo que dura un mes y parece eterno.” Ahí mismo dice: “Desde siempre organizo El

¹⁸³Luis Mario Schneider, “Carlos Pellicer, el navideño”, en *De tinta ajena* (Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 2003), p. 37.

¹⁸⁴*Ibidem*, p. 36.

Nacimiento cada Navidad en mi casa. Estoy seguro que es lo único notable que hago en mi vida. Es casi una obra maestra. He podido conjuntar la plástica, la música y el poema, así, cada año.”¹⁸⁵ A finales de los años cuarenta Pellicer escribió un soneto dedicado a su amigo José Manuel Ascanio, que en los dos primeros versos dice: *El “Nacimiento” / es cada año mi mejor poema.*

Carlos Pellicer escribió el 12 de diciembre de 1949 sobre la simbiosis que lo fustigaría toda su vida: el amor rotundo a su madre y la elaboración del Nacimiento. Para el poeta, el montar el Nacimiento era como enviar un mensaje en clave a la madre y decirle, madre sigo siendo tu niño. Quizás de ahí las palabras de Pellicer, que más bien parecen las de un infante: “Pero lo principal no es hacer recuerdos sino adquirir figurillas, salir al campo, cortar ramas que parezcan árboles, juntar tierra, arena y piedras bonitas, hacer el pesebre y organizar eso, tan lindo, tan poético que es el Nacimiento.”¹⁸⁶ Si por un lado Pellicer fue maduro como hombre y como poeta, quiso poner a resguardo la infancia idílica, en un mundo donde los brazos amorosos de la madre lo cobijaban y protegían más allá de las fronteras del espacio y del tiempo. La seguridad materna y su fe religiosa le otorgarían el premio de la alegría cristiana. De ahí su auténtica y conmovedora confesión de dolor por la muerte de su madre.

De todas las fiestas del mundo, la única honda es la Navidad. La Iglesia católica, la ha celebrado siempre y poco después de principiar el Sacrificio de la Misa, el sacerdote repite la célebre frase: “Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres de buena voluntad”. Y esto miles de

¹⁸⁵ Carlos Pellicer, “Presentación”, en *Cosillas par el Nacimiento* (México: Instituto de Cultura de Tabasco / INBA, 1978), p. 14.

¹⁸⁶ Carlos Pellicer, “Navidad”, en *El sol en un pesebre. Nacimientos*, edición de Clara Bargellini (Villahermosa, Tabasco: INBA/ Instituto Cultural de Tabasco, 1987), p. 14.

veces al día, en todo el mundo. La Misa de Navidad a la media noche tiene la particularidad de que cuando el sacerdote dice cantando la famosa frase, los monaguillos hacen sonar todas las campanillas de que disponga y los campaneros en las torres repican las campanas a todo dar. El mundo cristiano tiene en esos instantes una larga y profunda resonancia. Y el sacerdote, en ese momento, descubre o hace descubrir, para que todos los asistentes la miren, una imagen de Jesús recién nacido. Una alegría profunda, la alegría más alegre de todas las alegrías nos llena el alma, y es difícil que la mirada no se humedezca. En la historia del planeta y de la humanidad, las campanas nocturnas del 25 de diciembre nos recuerdan que hemos nacido, entre otras cosas, para combatir victoriosamente contra lo que haya en nuestro corazón de peligroso y oscuro.

[...] Y nada hay más lindo que hacer el nacimiento. Mi madre, que murió hace algunos meses y que era una mujer encantadora por su inteligencia y caridad tanto como por su belleza y simpatía, me adiestró cuando niño a organizar el “Nacimiento” ¡Me hace tanta falta! ¡Era tan alegre! Ésta será la primera Navidad que pasaré sin ella. Me he quedado solo, en medio de una espléndida desolación y no sé todavía cómo voy a reorganizar mi vivir.¹⁸⁷

Ya me he referido a la condición del poeta como un pequeño Dios. En el caso de Pellicer las cosas de apariencia sencillas encierran en sí mismas un mundo de complejidades. La fabricación del Nacimiento lo acerca precisamente a esta idea de Huidobro. Pellicer, sin especulación sobre su infinita religiosidad, utilizó esta celebración para inventar su idea del universo y de su creación. Ya montado el Nacimiento en la sala de su casa, por medio de un sistema electrónico, en pocos minutos el espectador presenciaba desde el nacimiento del alba hasta el anochecer estrellado en la bóveda celeste, es decir, trastocaba el tiempo histórico en tiempo sagrado que no tiene medición alguna.

¹⁸⁷ *Ibidem*, pp. 9-10.

Por su importancia documental y testimonial, del Nacimiento elaborado por Pellicer en 1949, transcribo la crónica que de él hiciera Germán Arciniegas:

Con seis, con ocho meses de anticipación, Pellicer comienza a preparar su pesebre. Hay buenos artistas –pintores- que le ayudan. Se posesiona entonces de la mitad de la sala, que tiene justamente un arco dispuesto como para un telón de boca. Arma la bóveda estrellada con madera delgada traída de California. El paisaje lo desarrolla sobre una tarima que reduce el espacio en donde ha de ocurrir el pequeño teatro poético a las dimensiones de escenario de titiritero. Cuando se apagan las luces de la sala y se ilumina el nacimiento, el espectáculo tiene la impresión de que se inicia en un nuevo mundo donde el principio es la poesía.

Todo tiene su tramoya, su maquinaria, su instalación eléctrica. Más de doscientas cincuenta figuras de cera han sido hechas por buenos artistas. El arte está en que todo se use con prudencia. En que de las doscientas cincuenta figuras no pasen de tres docenas las que aparezcan cada año. En que vaya yéndose de la claridad a la penumbra sin que las luces obedezcan a nada distinto de un tiempo musical.

Esta vez la navidad ha ocurrido en el Valle de México. En primer término, está el portal de adobes en donde se agrupa entre pajas, al calor de las bestias, la Sagrada Familia. El portal amenaza ruina y hay un grueso tronco que apuntala el dintel para que no vaya a venirse abajo sobre el Niño Dios. Pero ya aparecen los reyes con sus camellos y elefantes y regalos finos. De rodillas se humillan ante el pobrecillo. Volando por entre las chamizas de un árbol sin hojas pasan al vuelo tres arcángeles. En una ojeada de la pared está el caldero de los humildes; en la cazuela, tortillas mexicanas. En bonitas ánforas de joyería, esencias orientales. Al fondo, el Valle de México.

¡Todo el valle de México, en el puño de una sala! Desde el paisaje del pedregal en donde la lava de los volcanes forma grutas secas donde no crecen sino cactus, y la colina sembrada de filas de maguey, hasta el muy remoto borde de la montaña en donde las dos cumbres de nieve – el Popocatépetl y el cerro de la Mujer Dormida- fijan el último límite en que lo poco blanco que hay en la tierra se ve más blanco aun contra un cielo claro y sereno.[...] A medida que el poema transcurre va pasándose del

día a la noche alta. Ya se ven las constelaciones. Primero no son sino chispas de agua. Luego, clavos de diamante. Se nos va el paisaje, y apenas en el corazón del portal hay un huevo de luz para ver al Niño. Pero el Niño es símbolo de esperanza, y pronto va tiñendo la aurora. Ahí están que casi se ven, que ya se ven, que se ven del todo, el pedregal y los cordones de maguey en la colina, y el cerro de la Estrella y el Popo y la Mujer Dormida, y el llano donde era la laguna de Tezcoco, y los volcanes muertos. La sala se llena de música entonces. Es el canto de Aleluya. Todo, de verdad. Que en el Valle de México, Cristo ha nacido.¹⁸⁸

En el análisis que hace Freud del recuerdo infantil de Leonardo De Vinci, señala de éste último: “La relación de su fantasía con la representación de la Virgen amamantando al niño, hubo de contribuir a hacerla valiosa e importante para Leonardo, pues mediante ella se identificaba con el Niño Jesús [...] las bellas cabezas de niños eran repeticiones de su propia persona infantil.”¹⁸⁹ En el caso de Pellicer, en el Nacimiento está su regresión a la infancia, la etapa en la que a través de la imaginación creamos el mundo a nuestra medida y donde todo es posible: los peces vuelan, un charco de agua contiene a los océanos, unos centímetros de pasto se transforman en una selva inexpugnable. Pellicer se identifica con el Niño Jesús cargado en los brazos amorosos de la madre, así como en su condición de omnipotencia infantil y divina. Esta práctica se convierte en un juego que lo devuelve al mundo de la niñez, de ahí que la elaboración anual del Nacimiento, es también una repetición del mundo infantil de Pellicer.

¹⁸⁸ Germán Arciniegas, “La Natividad en el Valle de México”, en *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas*, edición de Serge I. Zaïtzeff (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002), pp. 149-152.

¹⁸⁹ Freud, *op. cit.*, p.1593

Pellicer, al hablar sobre el Nacimiento en entrevista con Mauricio de la Selva en 1967, dijo:

En el Nacimiento he podido reunir, conjuntar, todas las artes, la arquitectura, la pintura, la escultura, la música y el poema; no digo la poesía, ¡porque es ponerme yo muy airoso! ¿no? La poesía: cosa muy seria que se hace muy pocas veces; aunque quizás el nacimiento sí tiene poesía, porque está hecho con un gran fervor y una gran humildad respecto a la idea de Dios; pero se comprende ¡cuándo voy yo a escribir un poema; es humanamente imposible, hacer un poema que contenga todas las artes; entonces en el nacimiento, yo hago acto de presencia de todas las artes en un solo conjunto tanto a los ojos como a la emoción: están las cinco artes de golpe y resulta mi poema con menos defectos... Yo soy respetuoso de la obra de arte, creo que la providencia me dotó de una manera muy especial que no acabo de agradecer, pero nada más en las horas de hacer el Nacimiento. Lo demás, los museos y los libros de poemas, creo que eso pasará, con toda justicia al olvido; en cambio de mi Nacimiento quedan las transparencias, en color, que se pueden proyectar.¹⁹⁰

Desde 1946 hasta 1976, Pellicer acompañó este Nacimiento de un poema a manera de villancico o ronda. Esta producción fue recopilada por el pintor Carlos Pellicer López y publicada en 1978 bajo el nombre *Cosillas para el Nacimiento*.¹⁹¹ El poeta escribió: “Los pequeños poemas que siguen hablan de mi pasión por todo lo cristiano. Creo en Cristo como Dios y la única realidad importante en la historia del planeta. Todo lo demás –arte, ciencia, etcétera- es

¹⁹⁰ “Homenaje a Carlos Pellicer, poeta de América”, en Mullen, p. 200.

¹⁹¹ Gabriel Zaid en la “Introducción” a *Cosillas para el Nacimiento* señala: “Los textos proceden de grabaciones, manuscritos, publicaciones en periódicos y de *Material poético*. Se ordenaron cronológicamente. Es posible que haya algunos (muy pocos) anteriores a 1946, pero no han aparecido. Tampoco han aparecido los de 1947, 1949, 1950, 1963 y 1964. Los tres primeros se dan por perdidos. Para algunos años hay más de un texto, lo cual se explica porque llegó a poner un segundo Nacimiento, en otra parte.”

accesorio, secundario, anecdótico.”¹⁹² Esta confesión, poco tiempo antes de morir, confirma su alto grado de religiosidad y su auténtica fe y absoluta creencia en Jesucristo como único Dios del que emana todo cuanto existe en el universo. Si en su primer poema de *Colores en el mar* celebró la alegría de vivir gracias a la “divina sangre de la herida”, en estos poemas navideños rindió homenaje y tributo al Niño Dios de una manera festiva en cantos que, más que oración y plegaria, se acercan al canto alegre del villancico. En ordenación cronológica fueron treinta y dos poemas los que se recopilaron. Se puede decir que todos ellos comparten características similares, entre las que destacan la brevedad del verso cuya intención es dar agilidad al poema mismo y enfatizar la musicalidad, así como el tono ligero de cántico infantil. En la producción pelliceriana estos poemas son de orden menor, más que intención poética, son la ofrenda de un devoto cristiano. Este poemario, que en sí mismo es teofánico, por la celebración que se hace de la manifestación de Dios, es a la vez un eucologio, es decir, un libro de oraciones. No obstante de tratarse de uno de los episodios de mayor importancia en el *Nuevo Testamento*, se aleja de los textos evangélicos para ofrecer su visión particular del nacimiento de Jesús. El gran protagonista de todos y cada uno de los poemas es el Niño Dios convertido en Cristo, pocas veces se menciona a la Virgen Madre, y sólo una vez se refiere a “José el carpintero”.

En el primero de estos poemas, fechado el 14 de diciembre de 1946, se lee: *Señoras y señores, / hablad en silencio, / que aquí están las estrellas / y los*

¹⁹² Pellicer, *op. cit.*, p. 237.

luceros.¹⁹³ Aquí nos encontramos frente a un acto intencionado de teatralidad en el que la voz del poeta se dirige a un público atento no sólo para escuchar, sino para presenciar el acto extraordinario del nacimiento del Niño Dios. Aquí debemos recordar que cada poema fue escrito horas después que Pellicer terminara el trabajo manual del Nacimiento. La estrofa siguiente, compuesta por doce versos de siete y cinco sílabas, nos muestra un escenario en donde la naturaleza se encuentra en primer plano, pero no es la naturaleza del trópico ni la exuberancia selvática, es la sencillez del campo en medio de la noche serena y apacible arrullada por el canto de las aves. Imágenes, metáforas y la musicalidad del lenguaje apuntalan el tono festivo. Ángeles, pájaros y viento sostienen la intención de movimiento y vuelo. El Niño Dios se presenta en un hueco de luz que alumbra el humilde pesebre, y [...] *es un niño que sueña / sin tener sueño*. El tiempo y la eternidad de su gloria contienen el misterio de la palabra del Niño Divino. El tiempo ha dado paso al día, por lo que el poeta solicita: *Señoras y señores, / volved a hablar. Con los ojos del día / voy a soñar*.

Le sigue el poema escrito en 1948-1949. Seguramente en ambos años la construcción del Nacimiento fue similar, ya que anteriormente hemos copiado unos fragmentos de la crónica de Germán Arciniegas en 1949. Si se compara el poema con lo descrito por el escritor colombiano, coincidimos con Pellicer en que el Nacimiento era muy superior al poema, el que servía únicamente para resaltar el espectáculo que el poeta ofrecía cada día en su casa ubicada en Sierra Nevada de Las Lomas de Chapultepec:

¹⁹³ Esta y todas las referencias de poemas y versos del libro *Cosillas para el Nacimiento* (1978), fueron tomadas de *Poesía completa*, II, pp. 233-283.

[...] desde mi caseta de operaciones (pues yo estoy escondido en una pequeña caseta de operaciones porque tengo que manejar un tablero eléctrico un poco complicado) me doy cuenta de que sí, el Nacimiento produce o provoca, no solamente una sensación plástica, sino una verdadera emoción, una emoción que si se quiere no siempre es religiosa, es una emoción humana, y eso es lo que a mí me importa, eso es lo que interesa.¹⁹⁴

Conforme al escenario que construyó para esa ocasión, el poema inicia: *Quiero decirles / mis queridos amigos / que en el valle de México / Cristo ha nacido*. Así como San Francisco tuvo la intención de renovar la fe cristiana a través de la recreación del Nacimiento, Pellicer de manera figurativa hace referencia a la enorme cristiandad del mexicano, y quizás sea un asunto de orden metafísico el hablar de un verdadero nacimiento de Jesús en estas tierras a través de una visión diferente, en el que la madre de Dios encarna el mestizaje del mexicano en la Virgen de Guadalupe, que por los símbolos de sus vestiduras sabemos que se trata de una mujer embarazada. El poema continúa: *¡Ay, cuántas espinas / y cuánta piedra! / ¡Lo que sufren las águilas / cuando no vuelan!* No podía ser más claro en describir el escudo nacional, mismo que nos recuerda el asombro de los aztecas al encontrarse con la tierra prometida, y que por acto de fe es también la tierra prometida por Jesús que la elige para nacer en el canto del poeta, quien a manera de estribillo la repite: *En el valle de México / Cristo ha nacido*. Al igual que en el poema anterior, el cielo, las nubes y los ángeles refuerzan el vuelo sobrenatural reservado para el gran acontecimiento del nacimiento del Hijo de Dios. En la cuarta estrofa el Valle de México se ha convertido en un paisaje de José María Velasco: *Del alma del Ajusco / formas de lava; / más allá los*

¹⁹⁴ En Mullen, *op. cit.*, p. 201.

volcanes / pintan su fama. Y viene el hallazgo poético: ¡Ay, el valle de México, / quien lo cantara / sin decir una sola palabra! Los versos que siguen son por demás ilustrativos y reveladores: *¿Se caerán los adobes / que apuntalé? / ¡La pobreza del pueblo / rica de fe!* Si de algo se ha nutrido la Iglesia católica es de los pobres, quienes desde siempre han sido los mayores devotos, los que han profesado una fe a prueba de todo, fe que sirve de escudo protector ante un mundo real de miseria e injusticia, ante el que sólo queda la fe, equiparada a la esperanza y resignación por los designios de un Dios que les tiene prometida la vida eterna. El poema iniciado en la luz matinal da término en la noche estrellada de luceros que iluminan los caminos reales. La estructura fue pensada en el tiempo necesario en que el sistema electrónico daba la sensación de atravesar el día completo.

Empezaba a atardecer en el escenario, tan lentamente que los visitantes de primera vez tardaban en descubrirlo. El silencio era absoluto. Se producía una reverencia espontánea ante la inmensidad y misterio de la Tierra, vista de muy lejos, perdiéndose en la sombra, como si el espectador se hubiera desprendido, se hubiera vuelto música entre los ángeles, como si hubiere muerto y se despidiera con nostalgia. Luego venía la noche total. La bóveda estrellada daba frío. Y entonces, como una compañía inesperada, empezaba a oírse la voz, profunda y cálida al mismo tiempo, de Pellicer. Palabras conmovedoramente fraternales, que no rehuyen la inocencia, ni el balbuceo. Palabras franciscanas de comunión con todos en una naturaleza abierta al más allá misterioso. Del sol hundido de la soledad, empezaba a brotar el nuevo sol de la alegría. La luz encarnaba, se iba volviendo Niño. La tierra volvía a ser acogedora y habitable.¹⁹⁵

El siguiente poema para el Nacimiento lo escribe en 1953. Los pinos son el eje estructural, son escenario y medida de toda distancia terrenal y divina. Entre los

¹⁹⁵ Zaid, *op. cit.*, p. 12.

pinos vuelan los ángeles, desde ellos se ven los montes, y bajo el pinar descansa el Niño Dios. El poema es de una gran sencillez, en que la economía de elementos y lenguaje enfatiza el dulce cantar a manera de ronda infantil. Pájaros y ángeles moviéndose con la levedad de la brisa, en medio de luces azules, ofrecen la visión de la creación divina. Un día después, el 24 de diciembre de 1953 escribió otro poema. A diferencia de los anteriores, éste se convierte en una oración donde el yo poético se hace presente desde la primera estrofa: *Esta noche en el campo / lleno de estrellas / vengo a encenderme*. El optimismo franciscano es manifiesto: *Hay una sola alegría / y está en Tu verdad*. La oración nocturna resplandece con la presencia de la Virgen: *¡Ay qué noche! Parece / que ya es de día. / Y es que nos está mirando / la Virgen María*. Llama la atención el penúltimo cuarteto en el que el poeta confiesa contradicciones que invaden su alma y su fe religiosa, mas no el quebranto. De cierta forma, su condición mortal se convierte en un reclamo frente a la eternidad divina: *Yo muero cada año; / Tú siempre naces. / Mi guerra es contra Ti: / hagamos las paces*.

El resto de los poemas guardan la misma similitud, podemos decir que el poemario es cristocéntrico partiendo de la idea que el leitmotiv en todos es el nacimiento del Niño Dios. Más que explorar un nuevo lenguaje poético, Pellicer da rienda suelta a su ferviente devoción cristiana. Los poemas comparten la estructura poética consistente en estrofas cortas y versos breves. Sencillez y economía de lenguaje. El ambiente sobrenatural está regido por el vuelo incesante de ángeles. El lirio y el fuego sintetizan la inmaculada pureza y la noche es propiciatoria del íntimo y divino acontecimiento. No cabe duda que el optimismo y la alegría cristianos son las marcas inconfundibles del poemario:

*Dale a tu corazón el sentimiento / de nacer como el día. / Vivir, siempre
naciendo / para toda alegría.* En algunas ocasiones el aliento poético decae para
dar lugar al proselitismo y a las sentencias admonitorias: *¡Abatid la soberbia y la
envidia / y tanta vanidad! [...] Mientras tengas rencores, / amargura serás. [...]
Porque Cristo es amor, / es también alegría / con espina y con flor / -la espina
es cosa nuestra, / no de Nuestro Señor.*

El día 24 de diciembre de 1976, en su casa de Las Lomas de Chapultepec, Pellicer escribió su último poema, a menos de dos meses de su fallecimiento acaecido el 16 de febrero de 1977. Este poema también sería el último que integraría *Cosillas para el Nacimiento*, el número 32. Como cada año, renueva su fe católica: *Todo es luz en la luz / esta noche de luz. [...] Esta noche es el día más alto: perdonar es matar a la Muerte / y es nacer de una flor y de un canto.* En sus últimas palabras invoca a su hermano San Francisco, y sintiendo su próxima muerte que le otorgará a la vez la vida eterna, se despide de la poesía y de la vida: *La alegría está en Cristo. / Francisco sangró de alegría / por Cristo. / La paz está en Cristo. / Sólo por Él seremos / espacio infinito.*

Conclusiones

La poesía religiosa de Carlos Pellicer, no obstante de ser una auténtica expresión individual, es parte de una tradición iniciada en México en el periodo colonial. Los avatares políticos durante la dominación española, así como los acaecidos en el turbulento siglo XIX, incidieron de manera significativa en el quehacer artístico y literario, por lo que la producción de la poesía religiosa de estos tiempos, refleja de manera contundente el ánimo y políticas imperantes. Lo que no se puede soslayar es que México inauguró el siglo XX inmerso en la tradición de una rancia cultura católica manifestada en todos los órdenes, si bien es cierto que fue menguada en la segunda mitad del siglo decimonónico en su participación pública y política, el fervor colectivo quedó a resguardo. Carlos Pellicer (1897-1977) es un caso insólito y aislado en la poesía mexicana del siglo XX. Siendo quizás el más prolífico, se inició en el modernismo, pero rápidamente se presenta como uno de los iniciadores de la vanguardia. La poesía para él no tiene límites, lo mismo escribe con asombroso dominio sonetos de impecable manufactura, arriesgados poemas épicos, cívicos y heroicos, audaces poemas vanguardistas, otros amorosos de intenso lirismo. Con acierto se ha dicho que su lenguaje es uno de los más exuberantes en toda la poesía hispánica. En Pellicer la palabra es una forma lúdica que intercambia con facilidad su vestimenta de adjetivo, sustantivo y verbo. Todo es válido en el mundo pelliceriano donde metáfora e imagen enseñorean supreciado linaje. Al señalar la condición de asilamiento, me refiero a que fue el único de su generación que llevó, sin concesión, su acendrado catolicismo a la práctica poética. Si consideramos que su primer poema religioso data de 1914, y el último fue escrito en la Navidad de 1976, tenemos que la producción de su poesía religiosa abarca más de sesenta años. Orígenes y

motivaciones son uno: el apasionado amor a su madre, quien al enseñarle a rezar le enseñó también a decir versos. Carlos Pellicer a lo largo de su vida estableció vínculos indisolubles entre poesía, madre y religión. La religión lo une a la madre y en la poesía funde la convicción de su amor filial y su ardiente fervor cristiano. La poesía del poeta tabasqueño no se encuentra dentro de la mística, ya que ésta se refiere a la relación de la vía unitiva con Dios, en que el poeta se lanza a la aventura de comunicar una experiencia espiritual literalmente inenarrable; su encuentro con la divinidad. Pellicer desde sus inicios marca con precisión el leitmotiv de su poética religiosa: Cristo, de ahí que podamos afirmar que el conjunto sea una poesía cristocéntrica. Sólo son motivo también de su veneración la Virgen y San Francisco de Asís. Antes de la aparición de su primer libro, Pellicer ya había escrito poemas donde deja testimonio de la forma en que establece su relación con Cristo, Jesús; circunscrita entre el diálogo y la plegaria; la voz del yo poético, con la seguridad de que es escuchada, suplica la intervención divina, lo que equivale a una oración común dentro de la religión católica.

Rezo, poesía y madre fue la trinidad religiosa que cubrió en gran medida la vida del poeta. Pellicer da cuenta del vínculo establecido con su madre y del cumplimiento de los deberes religiosos que ella celosamente vigila (asistir a misa, rezar el rosario, comulgar, asistir a los ejercicios espirituales, ayunar, cumplir con los días santos, etc.) en la correspondencia que va de octubre de 1918 a septiembre de 1920, tiempo en que el poeta reside en Colombia y Venezuela como representante de la Escuela Nacional Preparatoria. En Colombia estrecha amistad con José Juan Tablada, quien le abre las puertas de la vanguardia.

Carlos Pellicer, en 1921, publica su primer libro, *Colores en el mar y otros poemas*, dedicado a Ramón López Velarde, otro gran poeta católico, muerto pocos meses antes. En la nota introductoria escribe: “Soy cristiano y alabo al Señor con alegría. Amado Nervo me aprobó este sentir y en mi conciencia está grabado con la más pura sinceridad.” El poeta nacido en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, desde el primer poema se presenta como católico, y parafraseando el primer verso del Canto I de *La divina comedia*, dice: *En medio de la dicha de mi vida / deténgome a decir que el mundo es bueno / por la divina sangre de la herida*. En estos versos se contiene la religiosidad que profesará toda su vida y hará manifiesta en su poesía, un cristianismo positivo y optimista en que se alaba la gracia y bondades de Cristo. Aquí Pellicer apuntala una de las características de su poesía y que podemos definir como eucarística, ya que el poeta reconoce a Cristo como único Dios, y su sangre como la redentora de la humanidad, siendo la eucaristía el sacramento instituido por Jesucristo, mediante el cual por las palabras que el sacerdote pronuncia, se transubstancia el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo. El poeta reconoce la dicha de su vida gracias al destino divino. La dicha de la vida que Pellicer anuncia hace del poemario un verdadero manifiesto de entusiasmo, alegría, dinamismo y exaltación cristianos.

El mismo Pellicer consideró que la primera etapa de su poesía la constituyen *Colores en el mar* (1921), *Piedra de sacrificios* (1924), *6, 7 poemas* (1924), *Hora y 20* (1927) y *Camino* (1929). En todos ellos se encuentran poemas religiosos, amén de un sinnúmero de alusiones en las que invoca la presencia del Señor-Cristo-Dios. En esta época Pellicer nos descubre uno de sus grandes aciertos y hallazgos poéticos, el

paisaje, del que se ha escrito e interpretado de diversas formas, pero hay que recordar que para el poeta cristiano, la naturaleza es una de las más vivas expresiones de la manifestación de Dios, lo que hace que el impulso vital de este júbilo sea el regocijo ante la presencia divina del paisaje. La poesía religiosa contenida en estos títulos nos da la idea de verdaderas experiencias en las que el alma del devoto poeta magnifica y glorifica la presencia de Jesús, quien activa los sentidos del poeta que se transforman en un profundo recogimiento. El paisaje cobra una fuerza inusitada en *Esquemas para una oda tropical* (1933). Corrobora nuestra tesis sobre el significado de la naturaleza en la poesía pelliceriana lo que Octavio Paz escribió: “Pero su paisaje tiene sensibilidad y movimiento; es un estado del alma dichoso y deslumbrado.” En los libros *Hora de junio* (1937); *Recinto y otras imágenes* (1941) y *Subordinaciones* (1949) los poemas religiosos adquieren la tesitura de la voz madura del poeta. Son unos cuantos pero de gran calidad poética como es el caso de “La voz” en el que el poeta aspira a transfigurarse a fuerza de palabras y que todas las voces sean una y sola en la voz de la poesía, en donde palabra y poesía se convierten en las transmisoras de Dios, creador del hombre y de su creatividad. A raíz de la muerte de su madre escribe “Nocturno a mi madre” en donde encontramos la trilogía pelliceriana en todo su apogeo: madre, religión y poesía. Bástenos citar: *Rezar con mi madre ha sido siempre / mi más perfecta felicidad*. Religión y poesía se mantienen imperturbables más allá de la muerte de su madre.

En *Práctica de vuelo* (1956) la fuerza y tensión de la poesía religiosa pelliceriana alcanzan su esplendor poético y el más alto grado de elevación espiritual, y a mi parecer es el último gran poemario de Pellicer. El libro lo integran

86 sonetos de verso endecasílabo, en su mayoría. Contiene unas de las etapas más significativas en su vida: el encuentro con San Francisco de Asís; su encarcelamiento; la madurez de su vida y de su poesía, así como la muerte de su madre. Pellicer, quien dominó la versificación en todas sus modalidades, no eligió de manera gratuita el soneto, cuya estructura se corresponde con la solemnidad del tema y se asemeja al rito litúrgico de la Iglesia católica en que se celebra la eucaristía como el acto de mayor trascendencia. Desde el título nos encontramos la intención de desprendimiento, que en el caso de Pellicer es su espiritualidad que asciende a un plano de interioridad en que la comunicación con la divinidad vuela en prácticas de verdadera devoción y entrega. Al libro lo envuelve el yo poético, el yo espiritual manifestado en la angustia, el anhelo, la oración suplicante, el franco diálogo y la confesión ante un Dios humano y omnipotente. No estamos frente a poemas de un devoto ingenuo, se trata de la poesía hecha por un gran poeta católico a quien lo sustenta un conocimiento sólido de la cultura cristiana, de ahí que a lo largo del poemario la abundancia de los símbolos sea una de las grandes riquezas del sonetario. Pellicer echa a andar toda una maquinaria donde la simbología litúrgica se engarza con la poética para dar como resultado poemas donde el verso alcanza tan alto grado de profundidad y belleza que en ocasiones parece que el aliento divino está presente. No es una poesía mística, pero no me cabe la menor duda que Pellicer no sólo la conocía a la perfección, es más, es el modelo en gran parte del libro. Utiliza las horas nocturnas que son las propicias para la meditación y la oración, el movimiento siempre es en ascenso y el yo poético se identifica con el desprendimiento de su materialidad, el espíritu reflexivo y de introspección espiritual

se da en un tiempo eterno en donde es preciso anular los sentidos en un proceso de depuración con el triunfo final de una práctica de vuelo en que el alma desprendida del cuerpo, asciende y se comunica con la divinidad. Si alguna nota sobresale es el optimismo cristiano que Pellicer vivió y proclamó a través de una verdadera autenticidad de la experiencia religiosa que tradujo en palabras que se acercan más a las de un santo penitente en un momento de total recogimiento, de plenitud y de diálogo con un Dios que hace manifiesta su presencia. Como se señaló en el capítulo segundo de este trabajo, Pellicer abarcó todas las posibilidades temáticas de la poesía religiosa, como la celebración, la poesía adoratoria, la plegaria, el rito, la circunstancia, la devocional, pero sobre todo la teofánica, que se refiere a la manifestación de Dios. Estos sonetos son quizás, lo que el mismo Pellicer afirmó, “oraciones desinteresadas” que por obra del hondo recogimiento cristiano del poeta se convierten en verdaderas prácticas de vuelo. Palabra y espíritu se elevan por encima de la sintaxis del verso.

Carlos Pellicer

Antología religiosa

Los poemas que integran la presente antología forman parte de: *Carlos Pellicer. Poesía completa*. Edición en tres volúmenes de Luis Mario Schneider. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Ediciones el Equilibrista, 1996.

Dedicatoria a Dios

Señor:

Estoy en los umbrales de la selva.
Son flores del camino éstas que ves;
las deixo en el altar de tu grandeza.

Ahora, Señor, perdóname,
y déjame una flor, la que tú quieras.
Hubo un tropel de notas de violines
entre el grito victorioso de los [ilegible] clarines.

Y el Señor:

“Di para quién es.”
Señor, es para una mujer...

México, septiembre de 1914

Primeros poemas

Soneto de navidad a la señorita
Ana María Gabucio

Mientras el lindo niño de cera
duerme en su cuna sin despertar,
una fragancia de primavera
das al invierno cuando te acercas a suspirar...

Se oye la gracia de la carrera
de los pastores para llegar.
Y hay una audiencia de enredadera.
Será una estrofa que en la ventana quiere colgar.

Sobre la arena da la palmera
su breve sombra. La luz lunar
tiene un perfume de vinajera

que da un misterio de alborëar...
Y una fragancia de primavera
das al invierno cuando te acercas a suspirar.

1914

Primeros poemas

Tríptico sagrado

I

Oro que das tu rubia virtud para los vasos
en que las uvas laten sus tercos rubores,
gloria a la ondulante y magníficos tragos
que hallaron los cinceles buscándote esplendores.

Al golpe del martillo te estrió el cincel potente;
la luz buscó el sendero y ardió la refulgente
arteria como una tirilla hecha de sol.

Y entre la reverencia de las líneas arqueadas
se aduermen esmeraldas cual si fuesen miradas
de un coro de almas vírgenes que invitan al amor.

II

Trigo que das tu rubia virtud para el escudo
que luego el molde sacro darále un Cristo mudo.
Ya verás carne blanca de Nuestro Señor,
bendito seas porque tu castidad dorada

casto por un momento nos vuelve el corazón.
Trigo que eres la paz y en rueda sagrada
te adoraré creyendo que eres carne encantada.
En mi primera cuerda vibra y vive tu son...

III

Globos de sangre tibia que sonáis la ventura
de ser jirón de tarde en una cueva de oro;
adorables planetas en cuya galanura
vive un fervor que abarca el vicio y el decoro:

loado seas por siempre y que en el lenguaje armonioso
se os consagra con sangre del Cordero Pascual,
sentir la rima ardiente de un soneto de gozo,
dicha que es toda vida pero vida auroral.

En los dedos del viejo señor del Vaticano,
trigo, eres la carne, oro bebes el vino
de la sangre divina.

yo quiero que antes de irme hermano del arcano
ore por mi destino
en la penumbra santa de la Gloria Sixtina.

México, 11 de enero de 1915

Primeros poemas

Ensueño romántico y triunfal al poeta
Salvador Díaz Mirón
(Fragmento)

Jesús, tú también fuiste en la tierra
y supiste por eso de un supremo dolor!
Tu adolescencia fue divina flor secreta
que armó los silencios de tu amado candor.

Con largueza la tarde unge las lontananzas
con sus aromas místicos hechos para excitar
sentimentales sueños, vagos, como esperanzas
entrevistas en una festividad lunar...

Consolaciones sólo presentidas apenas.
Mientras una melancolía, un pesar de vivir,
una vida muy pobre: lodo en las azucenas,
duelos en la alegría, miedo para el morir.

Tanto he pecado, ¡tanto, que me asusta el panteón!
Como si la existencia no fuera sepultura
de mis pequeños goces, dentro del corazón
prematureo otoñal, ataúd de amargura...

Este dolor sin fondo nació conmigo, tiene
locas extravagancias que saben adorar
las desapariciones... ¡Para que se serene
tengo que ir al campo y ponerme a cantar!

¡Decir bellos sonetos que luzcan muchas notas,
que canten o que rujan, pero que siempre vibren!
¡Versos del mar que suenen como aleadas notas
que asombren a mis penas y que a mis goces libren!

Versos quizás absurdos, pero que sean rotundos,
que tengan lo imponente de una elevación
apolínea y espléndida, que asombrará a los mundos
por su avidez de triunfo y su sed de ascensión.

¡Señor! ¡Tú también fuiste en la tierra poeta
y supiste por eso de un supremo!...

México, 20 de junio de 1916

Primeros poemas

Poema de navidad

I

Júbilos pastoriles llenan de sol la noche.
La dulce paz agreste llena de amor se da.
Una estrella que ha ido a prenderse en un árbol,
iluminó el sendero enflorado de paz.

Los tropeles bucólicos en cuyo sordo ruido
a veces una risa suelta su leal tropel,
deshilan largamente la tela del silencio
colgada de los cielos como de un dosel.

Las siluetas desfilan llenas de ruido; brisas
sonoras de las cúspides y frías de emoción,
van en tropeles diáfanos a cantar sus canciones
al Dios desnudo y niño como un divino amor.

II

Nuestra Señora y Madre, blanca Virgen María,
se había quitado el manto y habíalo puesto al niño.
Descendió una nevada su florecer de armiño,
lenta y calladamente con serena armonía.

El blanco ángel del alba pinta en la lejanía
panoramas de oro. Y de entre el desaliño
de dos árboles secos, la canción del cariño,
dos pájaros dijeron en gloriosa alegría.

Pinceladas de sol encendían la nieve,
y ella se sonreía, deshaciéndose. Leve
era aquella frialdad para tanta alegría:

La tierra habíase puesto sin mancha, inmaculada;
Todo era puro y bello. Fue en aquella alborada
cuando rendido y trémulo vi a la Virgen María.

Primeros poemas

Nocturno patético

Señor, qué vida es ésta! Qué tremendo castigo!
Lástima de mi espíritu primitivo y cordial!
A pesar de mi fuerza, el Dolor, mi enemigo,
va emblandeciendo el músculo, llevándome al final...

Mis veinte años cristianos sangran hostilizados
por dolores tan íntimos que no debo contar!
Señor! No son tan graves mis jóvenes pecados
para que deste modo los empiece a pagar!...

Dicen gentes: manera de hacerse interesante;
ese dolor no es cierto: tiene alma de jardín!
Como si entre el rosal juvenil y galante,
no afinara la espina su punta de espadín.

En dónde están las rosas? No he tenido jardines!
Tengo una alma profunda de selva o de volcán!
La nieve ya es muy gruesa, el roble, no tan firme.
El Otoño es precoz, y las hojas se van...

Señor, tenme piedad! Tanto te habré ofendido?
Yo sigo aún creyendo que en el pan estás tú...
Yo me río de todas las teorías del siglo...
Ten piedad de Renan, de Holbach, de Strauss!

Dame la Paz, Jesús! Mándame el Ángel tenue
que con el Alba trae los ramos de la paz.
Alba, Señor! Divina alba que en mi alma ordene
Lo que el dolor derrumba. Señor, soy joven, Paz!...

México, 28 de febrero de 1917
(Noche de honda aflicción)

Primeros poemas

Última tristeza

Hermana, ha muerto el Señor!
Vieras qué tarde y qué plebe y qué silencio
hubo después de todo!
Quizás no vuelva el sol!

Nada he visto tan cruel:
apuñalóse el cielo con sus rayos,
y gritaba,
cual si gritase todo Israel...
Las piedras del monte
se rodaban, huyendo
en desconcertante tropel...

El manantial ha llorado como nunca!
En nuestro jardín,
hay una paz que no da gozo: es una paz que asusta.
Creo que se ha muerto el jardín.

El Señor tuvo sed,
y le dieron vinagre,
le dieron vinagre con hiel...
yo vi morir al Señor!
Hermana, quizás no vuelva el sol!...

México, abril de 1917

Primeros poemas

En medio de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida.

Loemos al Señor que hizo en un trueno
el diamante de amor de la alegría
para todo el que es fuerte y es sereno.

El corazón al corazón se fía
si el alma cual las águilas natales
estrangula serpientes en la vía.

Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.

El corazón al corazón se fía
lo mismo en esas palmas que en el breve
corazón de la perla más sombría.

Porque la flor más alta dance y ría,
el viento entre los árboles se mueve.

Mi corazón, Señor, como el poema,
sube la escalinata de la vida
y te da su pasión como una gema.

Por la divina sangre de la herida,
es fuerte y es sencillo y cancionero.
Filas de oro pusiste a su ola henchida.

El amor, que en el caos fue primero,
lo lanzó sobre la órbita más pura
y así cumple su ciclo, dulce y fiero.

Órbita la mejor porque es ternura
esquilhada a la oveja del pastor
que en diciembre hace eterna su ventura.

Izaré las banderas del amor
lo mismo en esta magna venturanza
que en palacio en ruinas del dolor.

Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
con que subo hasta ti viva alabanza.

Sembrar mi vida de cordiales robles
-hóspitas curvas para el peregrino-,
y en junio darte mis cosechas, dobles.

Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que la alivia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino

pero ser bueno, sí. Por eso, entibia
la nieve, y que sea lago. La infinita
palabra del amor, arda y convivia

en mi ser, y se dé la estalactita
de la obediencia a ti. Toma mi frente,
y ciñela Señor con la infinita
corona del amor.

Colores en el mar y otros poemas (1921)

Aquella noche el mundo satisfizo a los hombres.
(La Tempestad dormía en las cuevas del mar.)
Y en tanto que el abismo se poblaba de nombres,
la Humanidad perdía la silueta del mal.

Todo se supo entonces. Hasta la misma hembra
volcó las arcas negras de su dolor sin luz.
El trigo se hizo hostias en medio de las siembras,
y ancló, sin esperanzas, el viejo barco azul.

La alegría de ser, de existir sin pensar,
encendía los cuerpos dorándose en la frente.
Unos fueron la tarde, otros fueron el mar;
esos, como jardines; hubo alguien sin pasado y acaso
sin presente.

Quién es aquel que viene como sobre un compacto
rebaño al que jamás cortáronle el vellón?
Quién es aquel que trae maravilloso el manto
como jirón de sol?

A dónde va ese esbelto fantasma luminoso
que viene iluminando los músculos del mar?
Y pasó Jesucristo, divino y melancólico.

Cuando estalló la aurora, volvimos a llorar!

Colores en el mar y otros poemas (1921)

Fresca hora de nácar. Evasivas
de sombra barre el aire. Madrugada
sencilla: una enorme pincelada
indica auge de luces agresivas.

Determina el gran mar sus formas vivas
de tropa de mujeres asustada.
En el cielo radiaron las ojivas
del castillo del Sol. Bruscas y en cada

una de aquellas rocas como búhos,
hay gaviotas silentes. Áureas puntas
de mástiles se ven. Quintas; en su hos-

pitalidad complacen amistades
discretas. Me contesto mis preguntas,
y creo en Dios como en mis soledades.

Colores en el mar y otros poemas (1921)

Navidad

Sacó tras de los Andes su Luna restaurada
la noche gigantesca solemnemente pura.
Y el cielo ecuatorial que con estrellas jura
la Cruz del Sur esconde tras niebla delicada.

Pasa la cordillera sutilmente. Robada
preconiza la noche lo que mi ser augura.
Un nombre de suspiro cerró la sepultura
que iba a tragarme... Lágrimas... y otra vida iniciada.

Ensueño? Sueño? Vida?
Me he vuelto de otra raza por el sol de la Luna?
Piedad para la angustia desplomada y hendida!

Música de los Ángeles... Noche de Navidad!
Tu nombre me salvó, Jesús blanco! Y *aduna*
mi vuelta a tu hermosura su noble claridad.

Cruzaban las estrellas lánguidamente. Platas
en grandes gotas trémulas bajo el follaje había.
Faenas argentinas la Luna proseguía
y de pedriscos nulos haciendo cosas gratas.

Del pecado del mundo sobre los escarlatas,
surtidores de lirios citáronse en la vía.
Y trastornando vínculos, violetas timoratas
fuéronse como niños hacia la Epifanía.

Los arroyos saltaban para llegar más pronto;
hasta las mismas piedras querían caminar.
Se inclinaba la Luna desde su áureo tramonto.

Querubín fue una estrella que principió a cantar.
Porque la musical noche azul fue de pronto
el cintilante ángelus de la divina paz.

Colores en el mar y otros poemas (1921)

A Bolívar

Señor: he aquí a tu pueblo; bendícelo y perdónalo.
Por ti todos los bosques son bosques de laurel.
Quien destronó a la Gloria para suplirla, puede
juntar todos los siglos para exprimir el Bien.

Dónanos tu pujanza, resucita la Aurora
que encendiste en los Andes iluminando el mar.
Desnuda sobre el cielo los rayos de tu espada
y úngenos con los ínclitos áloes de tu bondad.

Si una fuerza envidiosa desordenara el trazo
con que impusiste aquí los senderos al Sol,
cincela con tu espada y funde con tu abrazo,

(Oh escultor desta América), el hondo corazón
de las veinte Repúblicas atentas a tu brazo
para mostrarle al mundo tu milagro de Amor.

En la América Española, el 7 de agosto de 1919,
primer Centenario del triunfo de Boyacá.

Colores en el mar y otros poemas (1921)

Preludio

Campanas de las ocho y media,
campanas nocturnas!
Campanas que parecen de la media
noche... Sobre la catedral
sepia y sola,
acorde colosal cual de una inmensa ola
rompiendo en bronce y en cristal.
Campanas

que dicen la grandeza de las noches cristianas,
y al pecador activo
menguan el ímpetu lascivo.
Soberbias campanas
que a las torres hacen gestos
agrietándolas,
con sonidos de *te* y *ele*.
Campanas de las ocho y media
que me agrietan el alma,
y me precipitan a la catarata
de su música magna.
Campanas que son la catedral
derrumbándose en bronce y en cristal.
Ya no anunciáis virreyes ni Bolívares,
no victorias ni espléndidas llegadas.
Sólo anunciáis acíbares
y horas mutiladas.
Campanas de las ocho y media
sobre la catedral de Bogotá,
me ponéis el reloj en la Edad Media
poniéndome a rezar.

Piedra de sacrificios (1924)

Historia

Bienaventurados los que sufren
porque ellos serán consolados.
Y descendió de su trono de la montaña,
humilde, como el sol en el campo.
Todo el mundo tenía
el corazón en la mano.
Un egipcio escultórico y triste
le llamó a un griego hermano.
La túnica de Cristo estaba llena
de remiendos, y eran claras y fuertes sus manos.
Con nuestros corazones de piedra sangrante
le seguimos los dos mexicanos.
(Cambiábamos obsidiana y jades
y plumas de quetzal
por proféticos paisajes.)
Otros,
venían cerca de nosotros.

Un millonario yanqui se acercó y le dijo:
soy el rey del fonógrafo;
si grabásemos este hermoso discurso de usted en discos
compraría Ud. un yate para hacer su propaganda
sin perder tiempo.
Pero nosotros nos interpusimos;
y había en su mirada
una puesta de sol en el desierto.
Nuestras caras de bronce deslizaron
la vieja lágrima invisible.
Aludido diamante fue el silencio.
Le seguimos mirando cara a cara.
Y Él lloró por nosotros, y nosotros
mudos como nuestras diosas trágicas,
una aurora gigante en el desierto
vimos en su mirada.
Nuestra América parecía
que entre sus árboles se suicidaba.
Y Él vio nuestra angustia, nuestro oscuro llanto;
nos vio serenamente cara a cara.
Sobre nuestros hombros colocó sus manos;
bienaventurados los que sufren, dijo,
porque ellos serán consolados.

Piedra de sacrificios (1924)

Jesús, te has olvidado de mi América,
ven a nacer un día sobre estas tierras locas.
¿No basta odiarse tanto? La fe que tú decías
aún no arde su hilo de luz en nuestras bocas.
Es un magno crepúsculo tras un fondo de rocas.
Sobre las fuentes negras crecen las lejanías...
Danos una mirada por nuestras melodías.
Enciéndonos los ojos y sella nuestras bocas.
Que no haya "discursos" sino actos perfectos.
Yo sé (aunque no lo digas), que somos predilectos...
¡Huracanea un riesgo que hasta tus plantas grita!
¡El amor será inmenso! ¿No basta odiarse tanto?
Sobre las playas tórridas tu ola azul se agita
Brotando signos turbios y acantilando un canto.

Piedra de sacrificios (1924)

Canto del amor perfecto

Señor,
hoy no te pido nada,
perfecto es ya mi amor:
sólo dulzura y alabanza
sobre la onda dócil de mi corazón.
Una guirnalda te traigo
de rosas plateadas y negras;
una lira que sola te canta,
sus brazos son de roble y sus cuerdas
de palmera.
Te traigo una ola
que salvó toda una noche de pesca.
Las esculturas de los hombres
jamás vieron así a la primavera.
Señor,
tus pies parecen sandalias mágicas.
Tus manos son un poco de agua
con luna,
y de tu gran túnica morada
sale la voz de las albas oscuras.
Tu boca es pálida y serena
como el día que sigue a una batalla.
Tus ojos se abren en la noche
y tu última mirada,
cierra los lentos círculos del alba.
Señor,
tu cuerpo es perfecto
como una dulce ausencia sin nostalgia.
Cuando caminas
bajo los pájaros del estío,
las montañas electrizan
el azul de sus curvas
y la lluvia
cruza
cantando los ríos.
El huracán que rompe sus caracoles,
detiene sus ciegas locomotoras
y te tiende una cinta de espumas
sobre el magno poema de las olas.
El guardafaro se vuelve Beethoven
cuando pasas llenándonos con tu vida sinfónica.
Hoy no te pido nada.
Te traigo una guirnalda
de rosas negras y plateadas.

Nada te pido hoy;
Sólo te lleno de alabanzas.
Dulzura y alabanza: sea perfecto el amor.

6, 7 poemas (1924)

Variaciones sobre un tema de viaje
(Fragmento)

Por los caminos de la Palestina
pedí limosna de luceros. Supe
callar, orar, llorar y en las divinas

mañanas esparcirme por el monte,
sabiendo que el Señor puso sus ojos
sobre esos campos y esos horizontes.

Y yo vi lo que Él vio. Mis pies pasaron
por donde Él caminó. Suelos y reales
los lirios salomónicos alzaron

el himno al libre lujo de sus telas,
y la sombra olivar, agria y torcida
se cruzaba de pájaros.

Mi fe quemó sus piedras poderosas
como en todo lugar y el juramento,
luminoso huracán, me dio sus rosas.

Desos días
me quedó el corazón nuevo y humilde,
lento el pensar y los brazos cargados.

Algo llevo en los brazos no visible
y un solo pensamiento
se ha tornado certero y preferible.

El alma es más hermosa y menos frágil,
vuela sin alas sus mejores vuelos,
los ojos ruegan y el camino es ágil.

Junto al Sepulcro del Señor las horas
pasaron sin pasar: una por una
vertí desde el crepúsculo a la aurora.

Toda la noche oré. Corrió mi vida
mezquina y ambiciosa. Y en buena sombra pude
quemar antorchas y secar, la herida.

Todo el amor por la mujer amada
tan grande como triste, fue ceniza;
y aun el filial fervor y la sagrada

pasión de la amistad, todo fue nada,
olvido y mezquindad, para dar puerta
a la divina y próspera llegada.

Pon amigo a cantar tus nueve liras
y de alabanzas útiles rodea
la fe sin ojos que en mi sombra miras.

Una voz que clamaba en el desierto,
auguró entre impropiedades y bautismos
la gloria de Jesús.

Dichosa piedra que sentiste un día
su pie ya grueso, su profunda mano
o su silencio y su melancolía.

(Sobre la siesta tropical temblaba
mi adolescencia ante la dulce quinta
en que nubló Bolívar sus postreras mañanas.

Y maduré en el alma submarina
la perla viva que en sus iris llora
su más noble temblor de sangre herida.

Sangre augusta, la heroica
sangre del héroe que disputan soles
brotados de palmeras a caobas.

Pero del sitio heroico al sitio santo
las palabras caminan silenciosas
con temblor de universos en las manos.)

Jerusalén de luna pavorosa
me invadía esas noches que rodaron
a mí como altos trenes sobre pequeñas cosas.

Y por las calles trágicas la piedra
de cada paso agudamente rae
la demolida calma en que se medra.

El Vía Crucis fecundo,
sombra a sombra en los Sitios Pasionales
a orillas de mis manos atropelló sus grupos.

¡Dichoso el cireneo que tan cerca
iba de Cristo aquella horrenda tarde!
Y el alma leona se revuelve

pecadora y procaz, y no tenemos
sino manos alzadas a la nube
luminaria, que entrega faro y remos.

Jerusalén, nocturna y adversaria,
cuyo vario nivel ascendí ansioso
cual un ave al cenit de una araucaria.

¡He de volver a ti, rico de nada,
soberbio de indigencia y de alegría,
con mi fe formidable descargada

sobre ti como bólido profundo
sin otros labios que el de la alabanza
eterna del Señor!

Hora y 20 (1927)

Ruego

Para José D. Frías

Vuelve, oh dulce Jesús, desde tu excelso trono
los ojos tornasoles, las invisibles manos,
a esta sombra desnuda que de ritmo corono
porque a la nube tienda de tu sencillo arcano.

Libré los frutos vírgenes del filo del verano,
resucité aguas muertas que entre jacintos dono,
adelgacé las pautas y puse el mundo a tono
para danzar y danza y aumenta entre mis manos.

Zafiro graba espeso para tu nombre y alza
la luz caudal que orea la aurora en flor, descalza.
A ti seré en arenas de orilla prodigiosa.

Dios y Señor, quebranta lo que en mí no te alabe:
ven a mi sombra y crúzala, vírala hacia la Osa
y en tus aviones-ángeles su tempestad acabe.

París, 1926

Hora y 20 (1927)

La muerte

Semejante a la sombra de Dios
circula entre nosotros imponderable y fecunda
Es el sagrado elemento, el fluido del tránsito,
la inmensa fe muda.
Semejante a la sombra de Dios
que vigila la tierra y el fuego y el aire y el mar,
trae el orden que disminuye y aumenta,
la resta y la suma total.
Semejante a la sombra de Dios
es bella por indudable e invisible.
La fe de su esperanza embellece un instante
el juramento del amor.
Semejante a la sombra de Dios
se esparce en el pensamiento
y nos domina sin nombrarla nunca,
y seca las llagas, y en el sueño
amontona la nada, cosa aérea y ruda.
Semejante a la sombra de Dios
hiere a la guerra con la paz sañuda
de las altas venganzas.
Salúdala, cazador de los Trópicos,
y tú, capitán del submarino,
y tú, que no buscas lo que alcanzas,
hombre divino.
Salúdala, pueblo de súplicas
que te despierta el sol y te salpica el mar.
(Sacude un vasto aliento el corazón del aire
que funde estrellas, fecunda voces y va en un largo dar.)

Camino (1929)

La voz

I

Cuando en el pensamiento
de Dios, las cosas y los seres
fueron,
la voz del universo en cada acto -divina-,
fue de la piedra al hombre y del cielo a la tierra
en órbitas magnéticas,
cambiando de apariencia y de silencio,
pero en su identidad, unánime.

Aprender esas voces gracia del aire es sola.
Y repetir la sombra de su eco
en palabras de ángeles caídos,
es perseguir desnudos en suelo espejeante,
poema y poesía.

Cuando la voz del ángel mostró al hombre la soledad
(el hombre antes formaba parte de la montaña,
de río y nube y flor y esmeralda y abeja),
la voz primera humana fue de un asombro inmenso;
primero, la distancia de las cosas
y después la terrible belleza de las cosas.

La voz de cada cosa fue enumerando el mundo
y el macho poesía y la hembra poema,
en claridad confusa como de amor presente
oyeron y se amaron bajo un techo de voces.

II

La multitud de un río desde la infancia llega
y el espejo en huida de su presencia igual.
Su noche tuvo acentos de quien pronto se entrega.
Pasaron diez mil años y esa voz es igual.

Mi voz busca de nuevo unificarse al Todo
y yo escucho las voces más lejos cada vez.
Tiene a veces la gracia del milagro en el modo:
juego en el aire negro que sólo juego es.

Sólo al callarme escucho cerca de mí las voces
del universo. ¿Muda ha de valer mi voz?

Y desde una gacela de silencios veloces
aguardo alerta y solo la universal fusión.

III

A la estatua desnuda pregunto:
¿de quién es esta voz?
¿es del viento o del mar?
Y la roca mortal me responde:
no preguntes nada.

Y la voz tenía noticias de tierra
y su desnudez era en espiral.
Sus últimas líneas llegaban al cielo,
azules, moradas, violeta.
Y ésa era la voz del poema.
Y la Poesía
era ante todo súplica, secreta,
y yo era en secreto, poesía.

IV

yo quise un instante, ser,
para siempre. Quise estar,
para siempre.
Y entre el odio y el amor
oí la voz
de lo que se ha de callar
sólo, para sólo ser.

V

Un bosque de palmeras para llegar al mar
y en el camino el ave de un trino. ¡La Belleza!,
dijo la voz saliendo del alma, y en el alma
el eco: ¡la Belleza! Mar y trino, un palmar.

Las palmeras danzaron sin moverse y el agua
que lamía la sombra de la danza,
iba y venía, iba y venía, iba y venía
y sin mudar de voz cambiaba las espumas.

En cada espuma el sol tuvo un hijo. La arena
puso y quitó a los ojos lo que después ponía.
Y quitaba y ponía y ponía y quitaba
la luz de cada instante que la espuma servía.

Cayó la voz del trino y en su limpia caída
la Belleza volvió a encerrarse en el alma,
nunca más transparente, nunca más bien herida
por un juego de mar, un ave y una palma.

VI

Cuando en el pensamiento
de Dios, las cosas y los seres
fueron, mi voz estaba ya prevista.
Lejos de lo divino se oye esta voz. Su angustia
es no saber callar. A todo da un nombre. ¡El mismo
nombre!
Grita y la soledad le responde con alto
eco de soledad.

En la tierra, en el agua, en el aire, en el fuego,
su ritmo tiene inercias irremediables.
Algo de Dios a veces parece que le espera.
Un tiempo de colores, su mundo es una nube
frente a aurora o crepúsculo. Sabe lo que es Poema.
Y de la Poesía ¿nunca sabrá? ¿Ya sabe
y no sabe qué sabe?

Voz del ángel caído,
voz de los ángeles en tierra,
voz que en el tiempo da su tiempo
y de pan y agua sólo vive.
La voz de callar nos dé fuerza
para oír el llamado oportuno
de la abeja y del mar, de la palmera
y la esmeralda y el río
para ser la voz íntegra que al Paraíso
de la voz de Dios
vuelva
en la voz de los ángeles que no caerán,
jamás.

Hora de Junio (1937)

Nocturno a mi madre
(Fragmento)

Hace un momento
mi madre y yo dejamos de rezar.
Entré en mi alcoba y abrí la ventana.
La noche se movió profundamente llena de soledad.
El cielo cae sobre el jardín oscuro.
Y el viento busca entre los árboles
la estrella escondida de la oscuridad.
Huele la noche a ventanas abiertas,
y todo cerca de mí tiene ganas de hablar.
Nunca he estado más cerca de mí que esta noche:
las islas de mis ausencias me han sacado del fondo del mar.
Hace un momento,
mi madre y yo dejamos de rezar.
Rezar con mi madre ha sido siempre
mi más perfecta felicidad.
Cuando ella dice la oración Magnífica,
verdaderamente glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena
[de gozo para siempre jamás.

[...] Pero nada, nada es para mí tan hermoso
como acompañarla a rezar.
Todos los días, al responderle las letanías de la Virgen
-Torre de Marfil, Estrella Matinal-
siento en mí que la suprema poesía
es la voz de mi madre delante del altar.

Subordinaciones (1949)

San Francisco predicando a las olas

Señor, hágase tu voluntad
así en la tierra como en el mar.
Venid, oh hermanitas mías,
gritó a la olas Francisco de Asís
en aquel medio día popular.
Al viento del mar,
le había crecido ya tan larga crin,
que así dio en hablar
Francisco de Asís:
"Venid a mí las formidables
criaturas del Señor,

las que rompéis las tablas del navío,
las que aplastáis los peces y llenáis de tristeza el amor;
las de los grandes gritos y desgarrados hombros,
las que jugáis cruelmente con el bote del pescador;
las que dobláis la palmera justa,
las que convertís la noche en una casa de maldición.

Venid a mí las formidables
criaturas del Señor."

El medio día se abanicaba con las palmeras
que se morían de risa al oír tanta voz.

Y las olas llegaron:

unas eran verdes rodeadas de perlas,
otras azules manchadas por antiguos ocasos;
otras moradas llevando una estrella.

Vinieron olas negras con timones y proas
en las manos;

algunas con armas españolas
y la última con un sombrero humano.

Colgadas soberbiamente
en los acantilados
se deslumbraron al ver la frente
del divino enviado.

Y aquellas olas ciegas
por la luz del Señor,
subiéronse a las rocas donde Francisco estaba
y dieron en decir llenas de amor:

"Sólo seremos buenas.

En las noches serenas
cantaremos canciones serenas;
y en las noches huracanadas
cantaremos canciones serenas.

En las tardes ligeras y afiladas
jugaremos con los niños
que juegan en la playa;
sostendremos con nuestros brazos verdes
así a los barcos piratas
como a los otros barcos.

Con los pescadores
seremos siempre como flores,
y la novia del pescador
podrá vernos desde su ventana
cantando una canción de amor.
Seremos humildes como la arena
y sobre de ella nos tenderemos
para contar las estrellas.

Francisco de Asís
¿quieres las estrellas?

Las palmeras cesaron de reír
y las nubes no volvieron a pasar.
Y días después encontraron en la orilla
la corona de un rey provenzal.

México, 10 de junio de 1922

Poemas no coleccionados

Oh Hermano Francesco, qué te puedo ofrecer?
Igual que una pradera, ponerme a florecer.

1927

Poemas no coleccionados

Para que tu sandalia luminosa
en mí deje su huella, tu divino
camino seguiré –claro camino–
Jesús del cielo azul y noche hermosa.

Nunca cortéle espinas a la rosa,
tomé en mis manos mi destino.
Te hablo al fin, pescador y campesino,
en la ciudad antigua y veleidosa.

Ante el mal seré humilde; cuánto suenan
estas palabras en la nueva vía!
Los odios anteriores se envenenan,

mueren... Acaso la melancolía
adelgaza mis ojos que se llenan
de una invisible y mágica alegría.

Prisión, Cuartel de San Diego, febrero de 1930

Poemas no coleccionados

A la Virgen de la Soledad

Señora:

como una primavera de puñales
miro tu corazón que parpadea
al pie del árbol sangre.

Tu soledad sin horizonte alcanza
la original potencia elemental,
y el pálido perfil que perece en tu manto
me seca la garganta con el llanto olvidado
en mitad del desierto.

Sin una lágrima, sin un sollozo, sin una sombra
tu rostro hecho de espinas y de clavos
me mira al pie de tus pies apagados.

Soy un poco de tierra amoratada
que azotó el huracán de caballos desnudos.
Soy un poco de nada puesto al servicio de la noche
para que se consuman los jaguares
de mis fuegos antiguos.
Soy lo que pudo ser un mediodía nublado
lleno de pájaros muertos.
Soy el eco de tu soledad, Señora,
Reina de reinas de las soledades.

Yo te acompaño en este no decir nada.
Yo te acompaño en esta sangre santa.
Yo te acompaño en este fruto quieto.
Yo te acompaño allá muy hondo
en tu virginal sabiduría.

El cielo tiene la hora de un reloj descompuesto.
Las piedras son como sílabas dispersas.
La soledad sin fin es como un cuello
lleno de collares estrangulados.

Yo no tengo en las manos nada,
ni siquiera tengo mis manos en las manos,
éstas, todas manzanas y peras,
esas pequeñas bestias del tacto.

Estamos solos en medio del mundo,
divinamente misterioso y terrible,
Reina de reinas de las soledades.

yo soy el perro hambriento que agusanó la noche,
huérfano y prodigioso, todo nadie y estrellas,
seco de sed y harapo oculto de ladridos
en el hueco de algo que no sabré decirte
si está en mí, en los demás o en algo
que si existe, no existe sino en tus ojos vírgenes.

1959

Poemas no coleccionados

Práctica de vuelo

1956

*A Alfonso Reyes, el
admirable, estas prácticas
de vuelo.*

Soneto a causa del tercer viaje a Palestina

¿Porqué, Señor, a tus paisajes tomo
de nuevo entre mis brazos? ¿Por qué ordenas
-pájaros en abril, noches serenas-
que a mí descieran nubes de tu domo?

Y al abismo cordial mi sombra asomo
y te digo mis gozos y mis penas.
Y con lágrima grande las arenas
jardines brotan y en mi fe te aromo.

La cuna y el sepulcro. Piedra y cielo.
Paisajes de Israel. La sed fecunda
la Samaria de piedra. Y desde el vuelo

del Tabor, pesca y ara Galilea.
Y le abrí al corazón agua que inunda,
para que el Sol en sus entrañas vea.

Monte Tabor, Palestina, 1929

Sonetos bajo el signo de la Cruz

I

Alcé los brazos y la cruz humana
que fue mi cuerpo así, cielos y tierra
en su sangre alojó. Su paz, su guerra,
su nube palomar, su piedra arcana.

¡Cómo sentí en mis brazos la campana
del aire azul! Y el pie que desentierra
su pisada en la tierra que lo encierra.
Del corazón salía la mañana.

Y cuerpo en cruz, el corazón abierto
-pájaros de diamante en aire vivo-
brotó y el aire fue el más claro huerto.

De aquella libertad quedé cautivo.
Bebíendome la sed planté el desierto
y del sol en el cielo fui nativo.

II

Una vez, una noche en Palestina,
el cielo cintiló y alcé el oído
y abrí los brazos y oculté al olvido
la nube de su pálida cortina.

¡Jesús, tú que eres Dios!, dije y divina
la sangre derramó su vaso herido
sobre la mesa festival crecido
como rosa alcanzada por su espina.

Aquella noche llena de luceros
oí mi voz por vez primera -aleros
de la primera voz-. Y el alma cupo

en el paisaje inmenso. Poesía,
mira, calla, ven, ve, vuelve a tu grupo
y escucha la perfecta melodía.

III

Cuando tenga en mi voz el agua clara
de ser con los demás como conmigo,
del agua montañosa seré amigo
junto al hermoso mar que se acitara.

Cítara el huracán tendrá por cara
y azul la mano de rozar el trigo.
Toda criatura me dirá: "contigo",
cuando en el agua escuche mi voz clara.

¡Si yo pudiera levantar los brazos
y abrirlos como en fruto bien maduro
hace el árbol al sol! A tus hachazos,

oh vida, mucha rama está cayendo.
Tal vez queden las dos que el tronco oscuro
entre sombras y estrellas va pidiendo.

Las Lomas, noche del 23 de enero de 1940

Sonetos lamentables

(en prisión)

I

En el dolor gigante, ¡cuánto aspira
el dulce corazón oír tu gloria!
Lloró lágrimas nuevas la memoria
y el dulce corazón su infierno mira.

La soledad montañas le suspira,
la libertad veloz -rota victoria-
está en él humillada hasta la escoria.
El santo horror humano en él se mira.

Agonía de todos los sentidos;
se combaten a muerte los olvidos.
¿Ir hacia Ti?, no encuentro sino abismo.

¡Alzará el viento de mis hombros vuelo!
yo vivo todo en tierra. Tú eres cielo.
Tú azul, y yo en el hueco de mí mismo.

II

Esplendor que a mis voces apasiona,
¿para qué el acordar con tanta lira?
Hoy que te hablo, Señor, sólo suspira
la lira de caudales y corona.

Todo un cielo auroral se desmorona;
el gran lucero cae. De engaño se azafira
la cordillera y el poema expira
porque nunca tocó la excelsa zona.

Sólo mi voz en Ti sus voces halla.
Señor, la primavera pronto calla
y en el campo de espigas, junto al río,

iré a buscarte. Que las amapolas
me dirán lo que es tuyo y lo que es mío
y por qué las espigas no están solas.

III

¿Qué agua de Ti mi corazón anega?
¿Por qué el viento me empuja hacia la orilla?
Al lago que bajé -noche que brilla-
su ser afín mi corazón entrega.

No senda que pausada en maravilla
a Nínives y a Uxmales sólo llega.
Es el paisaje de Jesús que entrega
puertas de una ciudad que sin sol brilla.

Ningún bagaje, ligadura o nudo;
el corazón tan libre y tan desnudo
que lleve las pasiones como estrellas.

Desaparezca la Esperanza y solas
la Fe y la Caridad dejen sus huellas.
Se podrá caminar sobre las olas.

Prisión del Cuartel de San Diego, Tacubaya, febrero de 1930

Sonetos de esperanza

I

Cuando a tu mesa voy y de rodillas
recibo el mismo pan que Tú partiste
tan luminosamente, un algo triste
suenan en mi corazón mientras Tú brillas.

Y me doy a pensar en las orillas
del lago y en las cosas que dijiste...
¡Cómo el alma es tan dura que resiste
tu invitación al mar que andando humillas!

Y me retiro de tu mesa ciego
de verme junto a Ti. Raro sosiego
con la inquietud de regresar rodea

la gran ruina de sombras en que vivo.
¿Por qué estoy miserable y fugitivo
y una piedra al rodar me pisotea?

II

Y salgo a caminar entre dos cielos
y ya al anochecer vuelvo a mis ruinas.
Últimas nubes, ángeles divinas,
se bañan en desnudos arroyuelos.

La oscura sangre siente los flagelos
de un murciélago en ráfaga de espinas,
y aun en las limpias aguas campesinas
se pudren luminosos terciopelos.

La poderosa soledad se alegra
de ver las luces que su noche integra.
¡Un cielo enorme que alojarla puede!

Y un goce primitivo, una alegría
de Paraíso abierto se sucede.
Algo de Dios al mundo escalofría.

Sonetos de la luz

I

¿**C**ómo sabiendo que Tú eres la vida,
ando en la muerte lleno de alborozo?
Me inclino sobre mí como ante un pozo:
¡y en sombras bajas, la estrella encendida!

Qué espesor de silencio en esa herida
tan desangrada como un calabozo.
Pero allá abajo chispea con gozo
esa punta de sol jamás partida.

Si te quiero cubrir, pequeño abismo,
sería sepultarme así en mí mismo.
Pero al cerrar los ojos, en mis ojos

la inescandible luz allí estaría.
Y entre la destrucción y sus despojos
deja esa luz su cordial joyería.

II

La luz descubre la verdad que es vida.
¿Estoy amaneciendo muy despacio?
El cuerpo, tumba en luz, será un palacio;
la copa, con el agua confundida.

Quiero ver sin los ojos, descendida
e invasora de cuanto en mí es espacio
la jocunda explosión de ese topacio
que en luz esconde su verdad cumplida.

Iluminarme luminosamente
como el agua que sale bajo el puente
y en el instante que el cenit ordena.

La luz descubre la verdad que es vida.
¡Cristo, Dueño y Señor, pon la azucena
sobre el sepulcro de la ceiba hendida!

Sonetos todo un día

I

Siento en mi desnudez, rampa y ceniza
por donde suben ángeles de fuego,
caer la lluvia con tendido apego
y en cada poro hallar luz llovediza.

Y soy la nube que en volcán se iza
aparentando sólido sosiego,
y el clima azul del aire solariego
con impalpable don la encoleriza.

Tal pensé y escribí. Y a medio cielo,
el sol igual a mí, desnudo y fuerte,
acompañó mi material desvelo.

Y el campo y yo temblamos de tal suerte
como si en un jardín, a trino y vuelo,
cruzara un ruiseñor lleno de muerte.

II

¡Qué campo, qué esplendor! ¡Con cuánta anchura
se abría el horizonte! En cada hoja
de hierba que palpé, la vida moja
de esbelta sangre la campal cultura.

Y el alma iba hacia Dios, llena de holgura,
sin la tristeza que la vida arroja.
Si pudiera contar hoja por hoja
fuera suma menor a mi ventura.

Al rumor temporal siguió la eterna
contemplación. El cielo se prosterna
ante Aquel que es Pre-Esencia y es Misterio.

Qué hermoso estaba el aire de aquel día
en que lo más azul del planisferio
fue un ruidoso fulgor que se podría.

III

Al regresar del campo, atardeciendo,
hallé a mi madre junto a la ventana,
y al besarla sentí la fuerza arcana,
lo que hoy a luces sin clamor trasciendo.

Y estuve en Dios con ella. Y hoy extendiendo
toda mi vida en esta noche humana
en que relampaguea y acampana
mi voz que en el "Magnificat" suspendo.

Dios y Señor: levanta en mi camino
poderosa espiral, y en torbellino
esta ceniza en fuego que has creado

llegue a tu pie. Hábitame y señala
mi pecho como el sueño abandonado
al que de pronto le surgiera un ala.

IV

¡Si otra vez fueran dos! ¡Si yo pudiera
ser el ángel que fui! ¡Si en cada mano
llevara yo los puños de ese grano
misterioso que al monte es primavera!

Si delante de mí se detuviera
el árbol que camina por el llano
y con la voz frutal dijera: hermano,
¿cómo puedes sembrar la primavera?

A veces siento que con poco ahínco
y en la fertilidad de un hondo brinco
podré saltar del mar a la otra orilla.

Y entre soberbias y lujurias canto
sabiendo que del roble soy astilla
y del desorden el bestial encanto.

Sonetos a los arcángeles

A José Bergamín

Miguel

Al riesgo y la virtud libró su vuelo;
y el pie que alzó entre brisas luminosas
tocó la oscuridad y las ruidosas
orillas donde el monstruo hunde su suelo.

Se oyó el abismo de la tierra al cielo.
Y ante el mundo sangrante de las cosas
cortó el arcángel las pestilenciosas
cabezas de volcánico flagelo.

La Virgen de las vírgenes subía
del cielo que enfloró con nuevas voces
a otro cielo de incógnita alegría.

Suspendiendo los coros de la vida
pasó el arcángel -nube y luz veloces-
punzando estrellas con su espada henchida.

Gabriel

Ábrete, rosa, danza, lirio oscuro,
vengan los aires en rondas doradas.
Abajo las raíces enlazadas
fiestas profundas lían bajo el muro.

Cayó, de sólo miel, fruto maduro;
el rocío salió de sus miradas
a recibir las primeras pisadas
que al jardín anunciaron el conjuro.

Perfumes y palomas espirales
ala de aroma a la noticia dieron.
Silencio en el planeta. Matinales

manos abrieron pequeña ventana,
y a la mano los pájaros vinieron
abandonando la viril mañana.

Rafael

Hundió el arcángel la brillante mano
en el agua y el pez fue prisionero.
Del hígado fluvial sacó el lucero
que hizo el eclipse de los ojos vano.

Y la sombra cayó del cuerpo anciano
y amontonó su manto pordiosero
al pie del joven cuya voz primero
calló en sus ojos y apretó su mano.

El arcángel de pie junto a la puerta
miraba las miradas y en sus ojos
brincó la luz en peces descubierta.

La noche en cantos familiares vino
cuando el arcángel con los dedos rojos
tomó sus alas y salió al camino.

Sonetos suplicantes

I

Una vez -en Asís- robé al camino
esa mirada que se va hasta el fondo
del alma, y la soberbia que allí ahondo
arrastré, desangrando mi destino.

Fui roble corporal; cantante encino
y en el ojo el azul lleno y redondo.
Me miré el corazón: ya estaba hondo;
y al vaciarlo de inercia fui divino.

¡Con qué alegría la humildad fue bella!
Cristo: vuélveme a dar esa mirada
que barrió de mi ser lo que descuella.

La soberbia animal vuelva a su lodo
para que mi humildad, siempre habitada,
nada me dé porque lo tengas todo.

II

Cristo, Nuestro Señor, haz que yo entienda
que Tú has vivido en mí por un instante.
Lo que brilla en mi barro es un diamante
que pierdo a voluntad en sombra horrenda.

(Alguna vez la noche que yo encienda
perpetuará una rosa rozagante;
veré a Nuestro Señor, jamás distante,
mirar la flor y señalar la ofrenda.)

El tiempo que yo soy, eternamente,
se podría estrellar sobre mi frente.
¡Resultar la Verdad y la Belleza!

Haz que te adore, oh Dios, de Ti poblado
y yo amanezca al fin, con tal destreza,
que nadie sepa que voy a tu lado.

Sonetos nocturnos

I

En el tiempo espiral que ansiosa vida
voltea y hunde en el azul conciencia
pasa de lapislázuli experiencia
a la perfecta sombra inconocida.

Frialdad oscura, oscuridad fluida,
búsqueda de la suma subsistencia:
gloria submar, de negra transparencia
por intacto silencio esclarecida.

Cartílago en atmósferas presiones
el ritmo espiritual intersecciona
agua en arcos por ondas corazones.

Flecha pez -uno o todos convergidos-
encenderá la luz que perfecciona
la divina ansiedad de los sentidos.

II

T tiempo soy entre dos eternidades.
Antes de mí la eternidad y luego
de mí, la eternidad. El fuego;
sombra sola entre inmensas claridades.

Fuego del tiempo, ruidos tempestades;
si con todas mis fuerzas me congreso,
siento enormes los ojos, miro ciego
y oigo caer manzanas soledades.

Dios habita mi muerte, Dios me vive.
Cristo, que fue en el tiempo Dios, derive
gajos perfectos de mi ceiba innata.

Tiempo soy, tiempo último y primero,
el tiempo que no muere y que no mata,
templado de cenit y de lucero.

Nocturno

I

Buena cosa es alzar los ojos, grande
la mirada en los cielos, cuando altera
la noche su terrible primavera
y su idioma abismal cántico expande.

Si el alma quiere, que así se desbande
-guías de estrellas que el tiempo acelera-:
alas ponga en mi lengua y alto ablande
tanto pavor de inmensidad cantera.

Dios y Señor, mi soledad es urna
donde instalo la perla de adorarte
y ante ella un ángel su presencia turna.

El gozo poseído y tan aparte
-árbol frutal de la estación nocturna-
que prodigiosamente se reparte.

II

Pie de la noche, mano de la aurora,
cabeza cenital, pecho tardío,
toda mi voz fluvial dada en plantío;
poderosa presencia agricultora.

El tacto azul del aire que cerciora
su cómoda penumbra en el vacío;
la belleza insaciable del rocío
que colocó jardines a deshora.

Si tanto tengo y tanto me hace falta,
venado que solté, chorro que salta,
búsqüenme entre la selva, en la pérdida

soledad del encuentro, en esa hora
de todos los relojes detenida,
ya un poco intemporal y desertora.

III

Entre la selva enorme de la hierba
la hormiga y una gota de rocío
-todo el cielo y la tierra- mudo espío
y alguien inmóvil y voraz me observa.

¿Adónde va la hormiga? ¿Qué reserva
a esa gota de cielo? ¿A qué albedrío
pertenecen mis ojos? ¿Soy ya mío?
El tiempo entre los ángeles me observa.

Nada y Eternidad. Un haz de viento
desordenó la hierba. Aquella hormiga
perdió el campo y el mínimo aposento

celestial, escurrió su clara miga.
Surgió el alma y el cielo corpulento
la levantó, profundo, de una espiga.

IV

La desnudez del campo, su sonora
musculatura, su reposo esbelto,
la lluvia con que ve su azul disuelto
y la distancia con que se incorpora;

su caminado pie que da la hora
en el fácil reló de ruido absuelto
y su poblado mineral revuelto
por geológica sístole agresora,

todo el campo en su cielo y en su cueva,
varón de sombras y de luces tanto,
que la luz, noche y día, dél se eleva.

yo le canto y el canto que le canto
sube en el remolino que se lleva
la devorada soledad del canto.

V

Al hallar el otoño, qué sorpresa
de ver lo que fue oscuro ya amarillo.
El mismo sol, aerógrafo y caudillo,
con aire de ganado que regresa.

El agua se estancó y en lodo espesa
su hondura sospechosa y su ancho brillo.
En lugar de ingenioso jardinillo,
el huerto en que la luna se embelesa.

Con los brazos cruzados, la mirada
bien más allá que acá; tan desolada
la mano que empuñé bajo mi frente

creyendo entre sus dedos un tesoro.
¿Qué haré si ya está seca la simiente,
el agua sin andar, el sol ausente

y el corazón con huéspedes que ignoro?

VI

Joven otoño de antigua belleza,
lo que sembré, aquí está. Guarda y no mires.
Será muy poco a lo que bien suspires.
¡Cuánto esplendor para ocultar pobreza!

Ya casi no hay habitación. Firmeza
ya sólo en la ventana porque aspire
lo que te den los ojos y delires
sólo con ver y sin tocar grandeza.

Ésa ha sido mi flor: mirar muy lejos
y tan cerca de todo lo que miro.
Entre el cielo y el mar hay un zafiro

que jamás descubrí. Son los bosquejos
de lo que al fondo encontrarás. Te miro,
joven otoño, cargado de espejos.

VII

La soledad ha visto una por una
la ruina de mis tórridas ciudades.
Me queda el campo con sus soledades:
acumulado rédito y fortuna.

Acaso entre las piedras hay alguna
que recuerde costosas nimiedades.
Tú misma a mí, ya casi nada añades,
¡oh soledad acústica y hombruna!

Desarruga la frente. Bien soñada
vivirás junto a mí. Siempre esperada,
todo sorpresa soy. Tiene mi pecho

la húmeda penumbra del helecho
en que hallaste mi espera mutilada
por un oscuro sol siempre en acecho.

VIII

Ninguna soledad como la mía.
Lo tuve todo y no me queda nada.
Virgen María, dame tu mirada
para que pueda enderezar mi guía.

Ya no tengo en los ojos sino un día
con la vegetación apuñalada.
Ya no me oigas llorar por la llorada
soledad en que estoy, Virgen María.

Dame a beber del agua sustanciosa
que en cada sorbo tiene de la rosa
y de la estrella aroma y alhajero.

Múdame las palabras, ven primero
que la noche se encienda y silenciosa
me pondrás en las manos un lucero.

IX

Noche en el arenal de las ausencias
cosmogónicamente deplorada,
si te enlutó la ausencia más aislada,
gozas con sus exactas transparencias.

En la sequía de tus residencias
te beberé la boca abandonada.
Sólo Dios puede verme en esta nada
de huecos en que crujen mis potencias.

Ya no sé cómo vivo y cómo muero.
La jaula muerta vive del jilguero
que cruzó por mi pecho tantos días.

Noche, por tus ausencias sin caminos,
vamos tú y yo con las manos vacías,
despacio, como hermosos asesinos.

X

Señor, tenme piedad, bajo el escombros
desta noche de púas y venenos.
Relampaguea, mírame en qué cienos
pudro la voz con que al azul te nombro.

Haz que vaya otra vez hombro con hombro
con la alegre verdad que hiciste llenos
mis ojos peces de amargados senos
que miran sin belleza y sin asombro.

Una callada tempestad asoma
y se lleva la sombra. Una paloma
vuela sobre las brújulas destruidas.

se ve el retoño entre mi pecho fuerte,
y un ángel con las alas compungidas
se interpuso entre mí y aquella muerte.

XI

Ciego, sordo, sin dedos, insaboro,
sin el acento que tu nombre digo,
atesorado por un rayo fijo
que hace cumplir mi ser poro por poro;

águila con león, ángel y toro,
la Altísima Paloma, Padre, Hijo,
lo Total concretado y tan prolijo
cruzó mi cuerpo con fragor meteoro.

La esfera de mi fe rueda a tu planta,
segura en su unidad única y tanta.
Con la luz inocente del diamante

-impacto de tus ojos en la hondura-
creo en Ti. Silencioso y centelleante,
cierro la noche para hacer altura.

Sonetos fraternales
"Hermano sol", nuestro padre San Francisco

A Jaime Sabines

I

Hermano Sol, cuando te plazca, vamos
a colocar la tarde donde quieras.
Tiene la milpa edad para que hicieras
con puñados de luz sonoros tramos.

Si en la última piedra nos sentamos
verás cómo caminan las hileras
y las hormigas de tu luz raseras
moverán prodigiosos miligramos.

Se fue haciendo la tarde con las flores
silvestres. Y unos cuantos resplandores
sacaron de la luz el tiempo oscuro

que acomodó el silencio; con las manos
encendimos la estrella y como hermanos
caminamos detrás de un hondo muro.

II

Hermano Sol, si quieres, voy mañana
a esperarte en la sombra. Tengo el canto
que prefieres, y el cielo que levanto
desde mi pecho, te sabrá a manzana.

Quiero estar junto a ti. De ti dimana
la energía de todo lo que planto.
Tu tempestad de luz busco y aguanto
con limpia desnudez y abierta gana.

Y fui desde la ceiba que da vuelo
hasta el primer escalafón del cielo.
Canté y mi voz estremeció mi muerte.

Hermano Sol: para volver a verte,
ponme en los ojos la humildad del suelo
para que suban con tu misma suerte.

III

Fraternidad solar, uva y espiga;
con el vino y el pan tendí la mesa.
Comenzaba la noche de una ilesa
jornada a toda suerte flor y amiga.

¡A cuánto amor el corazón obliga!
Con la frente divina su sorpresa
divina da la noche, y se profesa
con lirios la lealtad a sol y a hormiga.

Hermano Sol: mi sangre es caloría
de tus entrañas que el Poder Divino
concretó lentamente un ancho día.

Si quieres, a la puerta de mi casa
voy a esperarte. Beberás el vino
y comerás el pan. Enciende y pasa.

Las Lomas, 29 de agosto de 1948

Sonetos para el altar de la Virgen

Ave María

I

¿**C**on qué mano de luz -y así no leve-
las manos arcangélicas llevaron
el gran lirio de Dios y deliraron
bajo la luz que en su presencia llueve?

Late inmensa la noche y todo mueve:
árboles que los ángeles plantaron,
sílabas que las aves ocultaron,
el agua azul y su tardanza breve.

El aire que su túnica despliega
baila ligeramente; se despega
de todo objeto la engañosa tara.

El mar coordina su paisaje a fondo.
Y un lirio submarino se declara
y sube, lentamente, desde el fondo.

II

Brisa que biseló la oscura rama,
nube que ciñe prístinas colinas,
brisa que alzó la rosa sin espinas,
nube inicial de sorprendida flama.

Nube como la mano que se inflama
y arborea odoríferas resinas.
Brisa como las manos que avecinas
-brisa-,
cuando el silencio en el jardín exclama.

Ave María. Nube y brisa fueron
nube el arcángel, brisa lo que oyeron.
Se movía la nube, luminosa.

Aire de oro escaló, nueva, la brisa,
cuando María, Rosa Misteriosa,
con pie dichoso las praderas pisa.

III

Abril que en Nazaret cipreses toca,
imán de cantos en su boca tiene.
Ya está el día moreno. Su alma viene
toda en las luces que le da su boca.

Acodó pensamientos en la roca
feliz como el azul que lo retiene.
Cuando la Virgen a la fuente viene,
un lucero en sus hombros se coloca.

Mientras llena sus cántaros, el viento
mueve su cabellera. (El joven viento
de abril.) La tarde canta y enmudece.

Canta y enmudece. Canta y mira
a la Virgen que vuelve y que suspira
y a las primeras sombras, resplandece.

Mater amabilis

I

Guindó la noche la última hora
y el campo amontonó blancos tropeles.
Queda un viejo pastor con tres donceles
en el establo en que la Luz azora.

Besó la Virgen al Niño que llora.
José añade con ramas los cancelos.
Asombradas ovejas ojimieles
entibian su presencia mullidora.

La Virgen en sordina al Niño canta.
Comienza a amanecer. La yerba crece
con alegre humildad. La noche santa

duerme... sueña. Se marchan los pastores.
La llegada de un ángel estremece
la colina, que cambia de colores.

II

Un fastuoso silencio, de rodillas,
oro en diademas humilló entre incienso.
Nubes universales en ascenso
la luna instalan sobre sus orillas.

Un collar congeló sus maravillas;
el camello de un rey está en suspenso.
De un vaso roto líbrase el extenso
perfume de remotas florecillas.

La Madre muestra el Niño a los viajeros
como el cielo a los hombres sus luceros.
Brilla bajo la luna un pie del Niño.

Muévese la palabra entre esplendores
y a esbeltas voces la cintura ciño
entre un rumor de mágicos rumores.

III

Pirámide solar de calor vivo
faraónicos cielos les señala.
Todo el cielo taló viento que exhala
muerte a la nube y al dejado olivo.

María adora al Tesoro Cautivo;
brisa le da su mano igual que un ala,
y su sonrisa, que la flor no iguala,
nubla a los cielos su fulgor nativo.

Aisló en su sombra al grupo una palmera
que la arena lijó. La Virgen moja
su sed y el agua véncela, ligera.

Al asno cuelga el ánfora el esposo
y María da el seno al Niño, roja
toda hasta el pie en su manto cauteloso.

Mater dolorosa

I

En un trueno se hundió la empobrecida
grandeza de los cielos. El tumulto
babea el pus en su semblante estulto,
sangra en su hocico la sangre podrida.

Cunde la muerte repleta de vida.
Hiede el odio cadáver insepulto.
Del Gólgota el altar, tremendo culto,
cruje bajo la cruz enriquecida.

Al pie del Árbol del Eterno Fruto
que sombra excelsa da, vivo Atributo
de su eterno esplendor, está María.

Su corazón de lágrimas jardines
arrancan invisibles querubines
que hunden entre relámpagos el día.

II

Calla, silencio y tú, muerte divina;
hiélate sangre que en la sombra acudes;
al viento de la tierra que sacudes
su voz de hierro el horizonte mina.

Una montaña que cayera en ruina,
junio que destruyera sus laúdes;
puñales sobre todas las virtudes,
nadie en la tierra y en los cielos ruina.

Todas las soledades no surgidas
llegaron en sus piedras escondidas.
Un harapo de luz cuelga del cielo.

Se desplomó el silencio en la hondonada,
y en ángeles bronceados apoyada
la Virgen pisa el deshollado suelo.

III

Sepúltame, virtud que das las voces
y así veré en la oscuridad sangrante
el Cuerpo de Jesús hecho diamante.
Bájame, voz, al mar que desconoces.

Hírame en el silencio de esos goces
el manto con que cubra mi semblante.
Sombra de tal sepulcro, deslumbrante,
sus labios me dirán eternas voces.

Tarda el sol en salir. La noche alarga
el horizonte de su lenta carga.
La Virgen Madre está junto a la tumba.

Solloza el mundo en sus entrañas. Luces
de un sol mendigo duelen tras las cruces.
Y el oriente nublado se derrumba.

Regina Coeli

I

Ojos para mirar lo no mirado;
oídos para oír lo nunca oído.
Ritmo de más nivel no fue sonido;
el sol de junio, teatro desolado.

Tacto para tocar lo no tocado;
olfato para oler lo nunca olido.
La mano que rocé, un día herido.
Abril en flor jardín jamás plantado.

Lengua para decir aquel lenguaje
que oiga la luz en el primer celaje.
Cuerpo para encerrar otros sentidos;

sangre que en las arterias se amotina
por correr en el aire que origine
eternos corazones sin latidos.

II

Mudado, demudado, ya en la linde,
sin otra voluntad que tu hermosura,
movida mi corpórea arquitectura
al cielo de tu pie toda se rinde.

Que en árboles sin luz lámparas guinde,
que sostenga con nardos mi ternura.
Púrpura que en mis voces se empurpura,
la aurora en don a las espinas brinde.

En un aire sin par, donde rumore
el mismo aroma que su danza enflora,
aire seré de flores nunca abiertas.

Mi cuerpo miraré ya sin sonido,
los ojos blancos, las manos desiertas
y el corazón dichosamente huido.

III

Coronación, espíritu y presencia.
Reflejo del Espejo sin distancia.
El color imposible y su fragancia
y su tacto y su eco y su cadencia.

Era el color de la innombrable Esencia,
centro de la espiral que es la Sustancia,
orden que multiplica su abundancia,
perfección de divina consecuencia.

Todo lo que es capaz de ser anuncia
su nombre. ¡Cuánto y cómo lo pronuncia!
Se enciende un nuevo sol. El Universo

siente la vibración; y la conciencia
tiembla en cada palabra, y verso a verso
busca su punto en la circunferencia.

Las Lomas, mayo y junio de 1940

Otros sonetos

Ando en mi corazón como en el fondo
de un pozo abandonado que enronquece
la sequía y de noche no merece
ni una estrella en su antártico redondo.

Muevo mi corazón flaco y hediondo
y la fealdad de un sapo lo abastece.
El infeliz ignora que amanece
y en ese ojo nublado bien me escondo.

Empieza a atardecer y el horizonte
sacude entre relámpagos el monte.
Acaso lloverá y el pozo crezca

y se derrame y rueda por el suelo.
Sabrá lo que es la luz y así le ofrezca
cubrir la tierra por beberse el cielo.

Esta noche alojada entre las cuatro
paredes de mi vida, la ventana
llena de estrellas y la sombra humana
en el rincón mezquino de su teatro.

Todo lo que imagino que idolatro
cae con un rumor de agua malsana.
Huele a tierras de olvido la manzana,
clave desnuda deste pobre teatro.

La noche en fundición destruye y quema.
Se cerró la ventana y en la extrema
solidez de la sombra, todo muerto

del terror de no estar, sueño que vivo.
Y el ángel de la ausencia infinitivo
entreabrió la ventana hacia el desierto.

UNA mañana que asilé en mi boca
-todo el cielo en el mar y aire escondido-
y en cada mano el invisible nido
que canta y al silencio me provoca;

una de esas mañanas en que toca
a menos porque es todo lo sabido,
una mañana antigua que se ha herido
con la hermosura que su abril coloca,

te miré inmensamente. ¿Me escuchaste?
¿Esperarás que mi lujuria aplaste?
yo te miré como jamás se mira.

A orillas de una próspera mañana
dejé mi corazón hecho de ira.
Y oí en mi pecho un eco de manzana.

Oigo toda la casa: ya estoy solo;
llena de soledad se abre y se cierra.
Es un sepulcro que la dicha encierra.
La comunicación de polo a polo.

Hueca y profunda, todo yo me inmolo
ante el pálido rostro de su guerra.
Es el rincón más hondo de la tierra;
todo lo que yo soy aquí acrisolo.

Cristo Señor, si tú me acompañaras
una tarde quisiera... si lloraras
un instante conmigo... ¡si vinieras

a verme cómo vivo y cómo muero!
Ven mañana, Señor, que yo te espero
seguido de profundas primaveras.

Como perro sin dueño, a ver qué sale
y enlodado y hambriento y con alguna
sospecha de acercarme a la fortuna,
sin que nada se oponga o me acorrale;

ninguna soledad que a tanta iguale.
Arenales aislados por la luna,
una noche olvidada. Una por una
las arenas de un mar que el mal propale.

¿A dónde voy? ¿Será? ¿Por cuál camino?
¿Entre tantas estrellas hay alguna
que brille para mí? Todo divino

se verá el horizonte y en mi boca
verbal y poderosa la fortuna
hará saltar el agua de la roca.

Si alguna vez yo te amo, qué hermosura
poder andar contigo junto al río
y estrofa que te diga en el estío
cantarla por otoño en la espesura.

Y decirte: Señor, ven a la hondura
del bosque a que escuchemos lo que es mío.
Y Tú llenando el campo bien vacío
mágicamente callarás l'altura.

¿Cómo será el silencio cuando toda
tu presencia lo enciende y lo sitúa
tan cerca del que te ame? Se acomoda

la voluntad en un instante claro
y al tiempo-espacio su inquietud valúa
surgiendo de un terrible desamparo.

Sonetos dolorosos

¿**D**ónde estarás, creatura de delicia,
la que en dos primaveras repetiste
flamígera y frutal tu gloria triste
entre la oculta luz de la caricia?

¿Dónde el alud de fuego que desquicia
y ruge silencioso y se reviste
la más hambrienta desnudez que existe?
Ave de abismo, sombra alimenticia.

Yo acariciaba las estatuas rotas...
Quise encender el fuego en una dellas
y bufó el huracán de las derrotas.

Cubrí la estatua con mi cuerpo fuerte
y desaparecí, lleno de estrellas
que arañaron el cielo de la muerte.

Y te busco y en todo te deseo.
Y soy como la música lejana,
que tornasola de inquietud la humana
desnudez del ardiente mausoleo.

Lo que mi mano modeló tateo
más allá del suspiro y la liviana
redondez temporal de tan humana
jardinería que hoy amarilleo.

¡Con cuánta libertad al fuego dimos
las arboledas que reconocimos
como sombras frutales! La evasiva

misteriosa del tiempo nos atrae
y es la manzana que a la tierra cae,
madura y de gusanos sucesiva.

No quiero llegar solo. Mucha gente
cunda junto a mi sombra en el camino.
Y el cielo que nos vuela dará un trino
que se divulgue sin estar presente.

En cada mano corazón ardiente
y en los ojos el gozo campesino
de haberle hallado lirios al camino
lívido de reposos de serpiente.

Si estoy soñando nadie me despierte.
Un ansia de vivir, en plena muerte,
le da a mi sueño realidad tan clara

que en donde se descuide la fortuna,
tendré iluminaciones en la cara
mejor que las del sol y de la luna.

Si la muerte soy yo, si en ella vivo,
¿por qué hablar de la muerte a cada paso?
¡Decir y de sí mismo en tan escaso
momento y ser de sí tan fiel cautivo!

La tierra habla del agua y sensitivo
el fuego, de los aires; ¿por qué raso
la tierra en vez de estar sobre el ocaso?,
¿cuándo me encenderé sol sustantivo?

Pasar cantando siendo sólo muerte
es empezar a no morir. Ven, vierte
tu corazón que siempre estará lleno.

Da a beber de tu sangre a todo día
y escucharás dentro de ti ese trueno
misterioso que anuncia la alegría.

Si entre el bullicio de mis soledades,
dulce Jesús, tu misterio me hiere,
es porque sólo en Ti mi vida adquiere
la fe que rehabilitan tempestades.

Tú sólo sabes cómo vivo: horades
o mures el clamor en que se muere
mi vida por hallarte y que hoy sugiere
desordenada flor de soledades.

Cuando al adobe que sostengo apenas
acerques tu profundas, tus serenas
manos que diamantizan lo que tocan,

cargaré la techumbre de los cielos.
Y al sueño que los ángeles colocan
subiré entre magníficos abuelos.

Ignorar siempre más de lo que sabe
es el destino humano. Maravilla
miserable y audaz, dorada arcilla
olvida que es creatura y que no cabe

más que en la gota de agua que no sabe
dónde evaporará mundo que brilla,
si en una rosa o en una cuchilla
o sobre el labio que a su Dios alabe.

¡Ay!, que mirar el cielo anochecido
es sentirse inocente, estar perdido
en una dicha sin palabras. Toda

la Indescifrable Gracia se presenta
y el alma en el silencio se acomoda
como en nido de rayos la tormenta.

Entre todos los cielos el más alto
es el del mediodía. El aire ciega
de altura luz y el corazón se entrega
a manos verticales de cobalto.

Y en ese azul seguro como un salto
para salvar el tono que sosiega

suenan el día tan vasto que congrega
sobriedades profundas de contralto.

Y con el pecho a toda sangre abierto
y la mirada húmeda de huerto
mirado de rocío y con las manos

sobre mi boca que gritar quisiera,
siento cerca de mí los más lejanos
sucesos de la luz en la pradera.

Ordéname, Señor, que yo te siga.
Grítame, estoy muy lejos, no te veo.
Me deslíe este largo veraneo;
este afán de *no ser* da sólo ortiga.

En donde a la belleza por amiga
tengo, poca luz hay. Si te olfateo,
las tempestades que capitaneo
mueven la perla que tu pie prodiga.

Y tengo que ir a Ti de un modo o de otro:
a pie, en avión, locomotora o potro.
¿En dónde estás? ¿Por dónde está el camino?

No sé qué voy a hacer cuando te vea.
Que no sea un encuentro repentino
para que así me luzca la tarea.

Señor, ¿por qué estoy solo, por qué impides
que me acompañe tu visión serena?
¿Olvidas una tarde nazarena
en que lloré junto a los nomeolvides?

¡Vieras mi corazón! Si lo divides
hay por Ti y para Ti, de sangre
llena la arteria más cordial; tendrías pena
de no llegar... ¿Por qué tus pasos mides?

Cierto, a veces la sangre está enlodada;
pero es cosa de echarle agua salada...
¡El mar que todo asea y todo esconde!

En pleno día corporal te digo,
¡toma mi corazón, Cristo; responde...!
Y a mi primer traición ya estás conmigo.

Dios y Señor que creaste la nada
y la vivimos misteriosamente;
sostén mi tiempo como claro puente
que hoy cruje sobre el agua desalmada.

Haz que mi nada-tiempo sea alzada
hasta Ti como forma del oriente;
óyeme, ven a mí, toca mi frente,
mueve mi lengua siempre equivocada.

Con alegría hiéreme y cantando
te podré conocer y andar ya eterno
sobre la piedra que en celaje ablando.

Tengo ya el corazón atesorado;
diamante de humildad y llanto tierno
a la entrada del pecho inusitado.

Tú eres la Luz, la Verdad y la Vida.
En flor de eternidad habló tu boca.
Sombra, mentira y muerte es lo que toca
la flor que empantané semidormida.

De ayer a hoy, ¡cuánta noche caída!
¡Qué bofetón el del mar a la roca!
¡Qué tristeza después de boca en boca,
toda cobarde, sucia y forajida!

¡Ay, el odio y el miedo a la grandeza!
¡Qué hermosura será ser fortaleza
que poderosa la miseria ataca!

¡Qué temor de llegar a ser tan bello
que ya nadie nos mire entre la opaca
soledad en que tocan a degüello!

Si yo llegara a amarte, ¡qué manera
tan distinta será de verlo todo!
Todo tendrá tan fácil acomodo
como en el campo todo primavera.

Tal vez el nombre de la vida entera
lo sustituyo con cualquier apodo.
Tal vez yo encontraría exacto modo
y propio, si te amara donde quiera.

¿Tan difícil será seguir tu rumbo?
En cuerpo y alma todo yo sucumbo
con la facilidad de la belleza.

A las cumbres mis piernas han llegado.
Soy un fuerte animal suelto a destreza.
Mas no recuerdo nada haber mirado.

He pasado la vida con los ojos
en las manos y el habla en paladeo
de color y volumen y floreo
de todos los jardines en manojos.

¡Con cuánta agilidad robé cerrojos!
No conoció la lengua titubeo;
y después de geográfico cateo
amoraté el azul desde altos rojos.

Ya con las piernas de un camino hermoso
sudé para sentir en el reposo
los hilos de la brisa humedecidos.

Si mi sombra a mi cuerpo corresponde
es que el silencio aconteció entre ruidos
y ha sabido saber cómo y adónde.

Quiero los ojos en el alma ahora.
Telescópicamente afortunada,
disparará mirada tras mirada
para destruir la noche historiadora.

Y con el pecho abierto a lo que ignora
y con los tragaluces deslumbrada
y una sonrisa seria y bien hablada
y posada en el hombro de la aurora,

mirando, atravesando y devorando
todos los cielos que la Fe levanta,
y apoderada de un humilde mando,

dando a la luz tan calladas señales,
madurando un diamante en la garganta
estallará de gozos esponsales.

Si todo lo que dicen que he mirado
fuera de oro tocante a la Belleza,
yo tendría grabado en mi corteza
las cicatrices de lo bien sangrado.

Tengo todo en los ojos olvidado,
la mirada frutal doy con rareza:
miro hacia afuera con rica pobreza
con el ojo saeta del venado.

Si alguna vez puedo tener mirada
la pulcritud antigua de la rosa
en la humedad más óptica habitada,

la forma le daría a cada cosa
tan verdadera cuanto así encantada:
mirar, saber mirar, y ser la rosa.

Si alguna vez mi corazón pudiera
surgir como la noche en la montaña,
festejar con estrellas la cabaña
de próspera humildad y luz primera.

Si entre la gloria con que anoheciera
júbilos de silencio desentraña
y en el hueco silbado de una caña
su pájaro flautín joyas ardiera.

Si en el azul de una paloma blanca
al girasol del cielo vuelo arranca
y ya sin una nube se coloca,

¿podrá llegar a Ti, Cristo encendido?
Si el silencio saliera de mi boca
igual a un ave que buscara el nido.

Las Lomas, septiembre de 1950

Señor, haz que yo vea. Nunca he visto
sino aquello que es y acaba luego.
Me estoy quemando en un oscuro fuego
y por verte algún día sólo existo.

Con sombría pujanza a todo embisto
con ánimo de ver y al golpe ciego
caen los candelabros y congreso
ruidos y ruina de que estoy provisto.

Jesús, Hijo de Dios, abre mis ojos
como quien saca frutos entre abrojos.
No me dejes gritando entre los gritos

de tantos ojos que no ven. Clarea
con el clarín de tus ojos y escritos
mis ojos queden a tus pies y vea.

Señor, óyeme, ven, dame la vida,
búscame entre las cosas que se pierden.
Todas mis fuerzas las angustias muerden,
mi sangre se aclaró por tanta herida.

Todo en tu mano tiene alta cabida.
Que los sentidos que me das concuerden
en un solo sentir y así recuerden
tu olvidada belleza escarnecida.

Aunque anochezca esperaré tu paso.
Hay una estrella siempre en el ocaso
que da a la oscuridad un hondo vuelo.

Si andrajoso huracán mi cuerpo viste,
cuando pases oirás que un arroyuelo
te llama alegre entre su canto triste.

Señor, mira mi sangre, qué negrura
la espesa y la envilece; ya señala
mi frente con tus ojos y acaudala
tanta miseria mugre de amargura.

Sácame desta infame sepultura
que la mentira de un prestigio encala;
mándame caminar donde se exhala
toda la flor de tu temperatura.

Lléname como a un ánfora calmante
donde al agua más alta se adelante
la luz que baja de tu pie escondido.

Yo puedo ser, si Tú así lo quisieras,
un poco de agua dejada al descuido
donde beban las aves y las fieras.

A dónde y hasta dónde y en qué sueño
se detendrá mi noche? ¿Con qué clara
palabra rayará la oscura cara
que enmascaró de sombra invicto dueño?

¿Tendré un día en los labios el risueño
tesoro? ¿Tanta nube que apesara
levantará la aurora en algazara,
la del Supremo Sol que ahora desdeño?

Estoy mirando el cielo y su grandeza
sobre mi frente a desbordar empieza.
Va haciéndose el silencio. Todo toma

un aire delicado de flor dada.
Y algo como decir una paloma
se da en el aire sin llegar a nada.

Joven de eternidad, soplé la llama
y la noche pendió de un solo hilo.
Y oí caer el fruto del sigilo
como el rocío sobre la grama.

Como quien abre una granada, el drama
que a toda buena sangre le da asilo
desgarró la ansiedad de alzar en vilo
toda la sombra y convertirse en flama.

Quemarme iluminando ese deseo
que en lo más faro de mi ser rastreo:
estar en tu mirada sonreído.

Sólo en este sigilo deshilado
podré tomar la forma del olvido
y estar en tu memoria reposado.

Y me quedo mirando el infinito
para escuchar la noche. La cabeza
ligeramente degollada empieza
a morir en la sombra sin un grito.

Oigo que crece el corazón. Incito
un buen tiempo de sangre y la maleza
del no saber, se ahonda de belleza
con la humilde verdad que necesito.

El campo en los luceros humedece
la yema de sus dedos. Aparece
como perla perdida, la alegría.

¿Se acercará invisible la victoria?
joven de eternidad, la Poesía
comienza a amanecer entre la escoria.

Yo nada sé de mí, ya sólo canto
y no sé lo que canto y si lo digo
no sé si es que respondo o que prosigo
sin conocer el agua en que me encanto.

Tal vez por el camino que adelanto
me sangrará la voz que desperdigo.
Sólo entonces sabré que ando contigo:
bajo tu pie, Señor, camino y planto.

Andar bajo tu pie sin saber nada
todo será saberlo, porque a cada
paso que des sobre mi polvo, toda

la voz que se ignoró perdidamente
se reconcentrará como en la boda
el silencioso Sí resplandeciente.

Resucitar, diciéndole a la Vida,
aquí estoy, para siempre. Ya soy dueño
del aire en que algún pájaro risueño
sus tesoros de altura dilapida.

Si yo te enjardiné con la lucida
gracia de lo que ciñe a lo pequeño;
si en la línea olvidada del diseño
me escondí en el color de una partida

por darte la sorpresa de otro tono,
no fue amor, fue ignorancia que amontono
y no es más que un puñado de ceniza.

Si alguna vez yo resucito, nada
de lo que fui seré y hoy agoniza.
¡Oh noche entre las rosas conservada!

No lo sé, pero un día bueno y sano
y hermoso de estar lleno de alegría,
sangrando todo un fruto de energía,
saldré a buscarte con el sol mediano.

Seré de tus palabras artesano,
tan silenciosamente que ese día
junto al mar o en profunda serranía,
veré la luz saliendo de mi mano.

Y te diré: Señor, yo nada entiendo;
por Ti la sombra de mi vida enciendo
como tú de la noche das el día.

Y si me miras un instante apenas
sembraré entre las rocas azucenas
y junto a mí estará la lejanía.

Los sonetos de Zapotlán

I

A Juan José Arreola

Un amarillo estar de otoño al día.
sus olvidadas comunicaciones
abrieron los antiguos corazones
que junio en otros junios exprimía.

Triunfos de corporal idolatría
desnudan sepulcrales posesiones.
Las perlas, amargadas, las acciones
atléticas, vejada fantasía.

¿En dónde estás, eterna primavera?
¿Por qué perdí tu claridad ligera
y en flores amarillas te descubro?

Y devorado por mi boca herida,
con las palabras que te digo cubro
la muerte más hermosa de mi vida.

II

A don Alfredo Velasco

Fiesta, ¿de cuál color?, ¿con qué sonido?
La fiesta de mis ojos, la turgente
mañana matinal que dio a mi frente
la primera figura del olvido.

Si alegre como el viento desprendido
de las alas de un niño; si candente
como la boca que mordió el urgente
fruto de un cuerpo pronto y esculpido.

Fiesta del agua a la cintura escasa
cuando en el río el palmeral ondea
y el tiempo cae cual ceniza en brasa.

Fiesta de no saber lo que se ignora
aunque en el horizonte parpadea
el porqué sin saber qué se deplora.

III

A don Antonio López Castellanos

Hay algo en mí que surgirá y reviva
la primera sin sus veleidades.
Un día de animadas soledades
encarnará la rosa indicativa.

Me faltará en la boca la saliva;
tan lejos sentiré mis tempestades
que apenas luminosas oquedades
cerrarán sin ruidosa comitiva.

Entre rumores y amistad campea
mi esperanza. Un volcán sus líneas sube
y el valle con la tarde se ladea.

¿Vendrás, oh Primavera, la Esperada?
Y al cuello del volcán, plácida nube,
divide en dos la roca apasionada.

Zapotlán de Orozco, octubre de 1951

Sonetos postreros

Mi voluntad de ser no tiene cielo;
sólo mira hacia abajo y sin mirada.
¿Luz de la tarde o de la madrugada?
Mi voluntad de ser no tiene cielo.

Ni la penumbra de un hermoso duelo
ennoblece mi carne afortunada.
Vida de estatua, muerte inhabitada
sin la jardinería de un anhelo.

Un dormir sin soñar calla y sombrea
el prodigioso imperio de mis ojos
reducido a los grises de una aldea.

Sin la ausencia presente de un pañuelo
se van los días en pobres manojos.
Mi voluntad de ser no tiene cielo.

Villahermosa, mayo de 1952

Haz que tenga piedad de Ti, Dios mío.
Huérfano de mi amor, callas y esperas.
En cuántas y andrajosas primaveras
me viste arder buscando un atavío.

Vuelve donde a las rosas el rocío
conduce al festival de sus vidrieras.
Llaga que en tu costado reverberas,
no tiene en mí ni un leve calosfrío.

Del bosque entero harás carpintería
que yo estaré impasible a tus labores
encerrado en mi cruenta alfarería.

El grano busca en otro sembradío.
yo no tengo qué darte, ni unas flores.
Haz que tenga piedad de Ti, Dios mío.

Villahermosa, mayo de 1952

Esta barca sin remos es la mía.
Al viento, al viento, al viento solamente
le ha entregado su rumbo, su indolente
desolación de estéril lejanía.

Todo ha perdido ya su jerarquía.
Estoy lleno de nada y bajo el puente
tan sólo el lodazal, la malviviente
ruina del agua y de su platería.

Todos se van o vienen. yo me quedo
a lo que dé el perder valor y miedo.
¡Al viento, al viento, a lo que el viento quiera!

Un mar sin honra y sin piratería,
excelsitudes de un azul cualquiera
y esta barca sin remos que es la mía.

Villahermosa, mayo de 1952

Nada hay aquí, la tumba está vacía.
La Muerte vive. Es. Toma el espejo
y mírala en el fondo, en el reflejo
con que en tus ojos claramente espía.

Ella es misteriosa garantía
de todo lo que nace. Nada es viejo
ni joven para Ella. En su cortejo
pasa un aire frugal de simetría.

Cuéntale la ilusión de que tú ignoras
dónde está, y en los años que incorporas
junto a su paso escucharás el tuyo.

Alza los ojos a los cielos, siente
lo que hay de Dios en ti, cuál es lo suyo,
y empezarás a ser, eternamente.

México, 8 de septiembre de 1950

A Cristo

Cuando ya endemoniada y pequeña,
bajo su carcajada rencorosa,
la nueva humanidad abra la fosa
de la ciencia que al caos necesita

y en ella diga que te deposita
con funerario júbilo, fogosa
los brazos abrirá, y eterna rosa,
verá en ellos la Cruz jamás proscrita.

¡Ay dese tiempo desolado y frío!
Como fieras geniales y en manada
en sepulcros ruidosos, sin estío

y sin otoño, toda procesada,
llorará la creatura a mares río
y rehallará en su llanto tu mirada.

Cosillas para el Nacimiento

1978

Los pequeños poemas que siguen hablan de mi pasión por todo lo cristiano. Creo en Cristo como Dios y la única realidad importante en la historia del planeta. Todo lo demás –arte, ciencia, etcétera– es accesorio, secundario y anecdótico.

Desde siempre organizo “El Nacimiento” cada Navidad en mi casa. Estoy seguro que es lo único notable que hago en mi vida. Es casi una obra maestra. He podido conjuntar la plástica, la música y el poema, así, cada año. Miles de gentes van a mi casa durante cinco o seis semanas, un largo rato de noche a mirar “El Nacimiento”. Los poemas que forman esta sección se escribieron siempre horas después de haber terminado mi trabajo anual.

Mi madre, tan humana cuanto religiosa, me inició en la divina práctica de “El Nacimiento”. Gracias a Dios y a ella, pude, puedo, hacer cada diciembre lo que dura un mes y parece eterno.

C. P.

Señoras y señores,
hablad en silencio,
que aquí están las estrellas
y los luceros.

Cuando el campo levanta
todo su cielo
por hacerle a la noche
puente ligero,
el árbol con follaje
vende su sueño
al árbol sin follaje,
por algún cuento
en que se oigan los pájaros
salir al viento
cantando lo que cantan
sombra y lucero.

La ronda de los ángeles
cerró su vuelo
y en un hueco de luz
abre los cielos
rotos del buen pesebre
cuyo alimento
es un niño que sueña
sin tener sueño.

Cuando tenga palabras
pondrá en el tiempo
la eternidad con gloria
de su misterio.
Este niño en la noche
bajó un lucero
y se está iluminando
todo por dentro.

Cuando este niño diga
su nombre entero,
el que escuche, entendiéndolo,
será lucero.

Señoras y señores,
volved a hablar.
Con los ojos del día
voy a soñar.

14 de diciembre de 1946

2

Quiero decirles
mis queridos amigos
que en el Valle de México
Cristo ha nacido.

¡Ay, cuántas espinas
y cuánta piedra!
¡Lo que sufren las águilas
cuando no vuelan!

Del horizonte al cielo
nubes y ángeles,
y del día a la noche
reúne el campo
su cosecha solemne
de tiempo santo.

Del alma del Ajusco
formas de lava;
más allá los volcanes
pintan su fama.
¡Ay, el Valle de México,
quién lo cantara
sin decir ni una sola palabra!...

¿Se caerán los adobes
que apuntalé?
¡La pobreza del pueblo
rica de fe!

En el Valle de México
Cristo ha nacido.
Vamos a ser muy hombres
frente a ese Niño.

Vamos a ser muy hombres,
es decir, buenos,
como un árbol antiguo
que dé luceros.

Con la primera estrella,
Niño Jesús,
juraré que en mi pecho
se hará una luz.

La noche está encendiendo
caminos reales
y entre un lucero y otro
se va la tarde.

En el Valle de México
Cristo ha nacido.
Quien tenga corazón
no lo tenga escondido.

México, D. F., 1948-1949

3

Entre los pinos andan los ángeles,
como la brisa, como los aires,
entre los pinos, como las luces
que fueran pájaros
entre los pinos.

Se ven los montes
lejos azules, desde los pinos.
Bajo el pinar
Dios ha encendido la dulce hoguera
del Niño Dios
como un cantar,
como un cantar de inmensa voz.
El Niño Dios
bajo el pinar.

¡Quién pudiera ofrecerle
buen corazón!
Sin odio y sin rencores...
Un corazón
como una flor.

Florea la mañana
su antigua flor.
Y es una flor tan nueva
como otra flor.
Y entre flores alegres
de alegre estar
yo quisiera algún día
bajo el pinar,
alegremente, calladamente,
llorar, llorar.

Una lágrima honda
del corazón
para esa flor
del Niño Dios.

Amor a toda cosa,
amor cantar
junto al Niño Jesús,
humildemente, bajo el pinar.

Cantar Amor
como una flor
bajo el pinar.

Las Lomas, 23 de diciembre de 1953
Para el Nacimiento en la casa nueva

4

Esta noche en el campo
lleno de estrellas
vengo a encenderme.

¡Qué más riqueza quiero
que ver el cielo!

Mira, amigo, la noche que silenciosamente
va despertando
cosa
por
cosa.

Y todas hablan en sueños
lejos del tiempo.

¡Ay las cosas del alma
que son tan mías
y parécenme ajenas!...

Dame, Señor que naces,
tus alegrías.
Danos la paz
que da el acatamiento
de Tu voluntad.

¡Qué más riqueza quiero
que ver el cielo!

¡Abatir la soberbia y la envidia
y tanta vanidad!...
Hay una sola alegría
y está en Tu verdad.
Una verdad tan poderosa
que está llena de humildad.

Señor, en esta noche
de estrellas en el campo,
oye estos sones
que yo te canto.

yo muero cada año;
Tú siempre naces.
Mi guerra es contra Ti:
hagamos paces.

¡Ay qué noche! Parece
que ya es de día.
Y es que nos está mirando
la Virgen María.

Las Lomas, 24 de diciembre de 1953
Para el Nacimiento de la casa nueva

Primer canto

Todos los girasoles que fueron pájaros
cantan y alumbran.
La mañana se dice
como ninguna.

Lo que pasa es tan claro
y es tan enorme
que con sólo cuatro árboles
se tiene un bosque.

Si al pequeño planeta
le nace un sol
es porque es todo fuego
su corazón.

Quemémonos y ardamos
entre ese fuego
como la sombra limpia
que da la almohada del mejor sueño.
La colina desnuda
se viste a solas
con toda la mañana
que la rodea y la atesora.

¿Quiénes son estos Reyes
de ámbar y oro
que en un rayo de luz
han llegado sonoros?

Al hijo de un obrero le llaman Rey.
Es el Rey de la Vida,
es la Paz y el Amor.

El mundo pequeñito
se ha vuelto enorme
porque Dios ha nacido
para los hombres.

Porque Dios ha nacido
bajo la noche, la noche
será el pozo lleno de estrellas
que nos asombre.

Saltará el corazón
en la paz de la noche.

Lomas, 13 de diciembre de 1954

6

Segundo canto

Ya ha juntado sus manos
la media noche.
La oración en silencio,
¡qué bien se oye!

Dile al Niño Jesús
que desde ahora,
una estrella en tu pecho
tendrá su forma.

Ni envidias ni rencores
ni ambición loca.
¿En tu vida no has visto
un jardín en la sombra?

Un jardín en la sombra
te da sus aromas.
Míralas, de los labios,
todas las rosas.

El lirio de la noche
cuajó luceros
porque el amor de Cristo
no tiene dueño.

Nadie lo quiere.
Nos da miedo ser buenos.
Ven ahora que nadie nos oye
a escuchar sus divinos luceros.
Ven ahora que nadie nos ve
a mirar sus profundos espejos.
Ven ahora que nadie nos toca
a llevarte sus dádivos dedos.

Ven ahora que nadie es perfume
a envasar sus aromas de fuego.

Si te decides,
si me decido...
¡Qué memoria tan dulce de olvido!

Ya el corazón parece
que entra en la sombra
para robar luceros
a una Paloma.

Parece que cantamos
diciéndonos de veras
que nos amamos.

Fuera de Cristo, nada.
Dentro de Cristo, todo.
Tenemos que decirlo
y es de este modo.
Va a amanecer.
¡Alegría, alegría!
Salgamos de nuestro lodo.

Lomas, 23 de diciembre de 1954

7

La espuma de la noche
subió tan hondo
que se estrelló en el cielo.

El cielo abrió los ojos
y está soñando,
porque el Niño Jesús
lo tiene en sus brazos.

La antigua noche tiene
rostro de niño.
Que así por vez primera
ríen los siglos.

Y aunque fría y antigua
es noche universal de Primavera.

¿Qué rumor en la tierra
da sentimiento?
¡Son los ángeles, son los ángeles,
son los ángeles!...

La noche entre las rocas
del pensamiento
ha dejado un pastor olvidado.
Olvidado y un perro.

¿En qué cielo de ideas árboles
pastorea el pastor sus ideas?
Detrás dél hay un ángel,
un ángel que piensa.

El pastor es oveja olvidada,
pero el ángel lo cuida. ¿Comprendes?
Si comprendes, su boca, callada,
sonreirá suavemente.

Un pastor que olvidó sus olvidos,
olvidado en los ojos de un ángel,
a pesar del olvido en que vive,
surgirá sin que nadie lo vea
como un canto en el aire.

Un pastor y la noche ¿Quién viene
diciendo, estallando,
"¡Alegría, alegría!"?

La espuma de la noche
subió tan hondo,
que se estrelló en el cielo.

Navidad de 1955

8

Dale a tu corazón el sentimiento
de nacer como el día.
Vivir, siempre naciendo
para toda alegría.

Mientras tengas rencores,
amargura serás.

Para tener amores
hay que vivir en paz.

Amar es perdonar,
Cristo te mira.
Cuando un hombre perdona,
Cristo suspira.

Tú eres un árbol
junto al camino.
La Vida está pasando:
dale una flor, una pausa dichosa y un trino.

Y la vida sin Cristo,
ya no es camino.

Si eres el árbol que perdona al rayo
y a la sequía,
tendrás siempre en tus manos
el pico de los pájaros
picando el día.

Limita tu ambición
a la alegría.
Ninguna riqueza es tan grande;
ser alegre es amar a Cristo:
serás dueño del día.

Dale a tu corazón el sentimiento
de volver a nacer
como el sol deste día.

Cosilla poética para el Nacimiento que
organicé en el templo de San Lorenzo.
Las Lomas, Navidad de 1955

9

Místico paisaje
de piedra y cielo,
siémbrame en ti:
hazme tu suelo,
tu cielo, tu sueño.

Atesórame en una hendidura
desde donde yo sólo pueda ser tu dueño.
Te oigo en cada dificultad de colores
que desnudan tu fragoroso cuerpo.
Estás hecho de lava, de pavor antiguo
y de natural esfuerzo.

Desde mis músculos tropicales he roto
la inocencia volcánica de tu pecho.
Y con mis manos que huelen a sol
te he traído aquí gigantescamente pequeño.

Sobre tus carnes magnéticas,
he puesto el oído de mis ojos.
Tú eres la escultura del tiempo
y la soledad de un antagónico lodo.

Cristo nace ahora
debajo de una ola de tu paladar poderoso.
Es como una hoja pequeña de cielo
que ha venido a salvar tu naufragio
brutalmente silencioso.

Ábreme tu pecho, místico paisaje,
que tu embravecida paz me llene de alborozo;
que tu respiración azul me acompase,
que tus espinas ardientes me saquen los ojos
para que yo forme parte de tu cuerpo
y sea yo, alegremente
y al mismo tiempo,
huella candente de los pies de Cristo
desafiando a la guerra con la paz
como tu suelo,
como tu cielo,
como tu sueño.

Las Lomas, 27 de diciembre de 1955

10

¿**P**odría brotar la luz
de una perla nacida en la garganta de un pájaro?
¡Una perla nacida de un pájaro!
¿Podría levantarse la aurora

de los ojos de un ángel dormido
a la orilla de un lago olvidado?
¡La aurora en los ojos de un lago!
¿Podría entreabrirse de pronto un jardín
y quedarse mirando la dalia al jacinto
y el lirio a la rosa
y el nardo a la sombra de un lirio?
¡Un jardín como un ojo entreabierto y enorme, de pronto!
¿Podría la estrella que surge
del pecho sangran te del día
volar a través de un suspiro y posarse
en el hombro de un sueño hecho manto
que asila cuantiosas criaturas que lloran?
¡Una estrella prendida en un manto que salva a los hombres!

La luz de una perla nacida de un pájaro
y la aurora en los ojos de un ángel
y el jardín entreabierto y atónito
y la estrella en el manto de un sueño que salva a los hombres,
son apenas la voz que en el alma nos dice,
que mucho antes que el cielo y la tierra y el agua y el fuego,
fue creada la Virgen María.

Y la perla y el ave
y la aurora y el ángel
y el jardín y la estrella,
son la huella que deja a su paso la Virgen María.

Las Lomas, vísperas de Navidad, 1956

11

¿Nadie sabe que un día
puede convertirse en un lago lleno de estrellas?
¿Y de la copa llena de ansiedades,
y del salón donde muere la fiesta
pasar al agua-nave y a manos de la luz,
vivir la deslumbrante soledad -flor de los frutos- para servir
[a todos?

¿Nadie sabe que un día junto a un lago en la noche,
podría escuchar -asombrado- su verdadero nombre?

Ahora, calladamente,
sin el testimonio escultural de los árboles,

sin las mejillas del color,
que desde las piedras del camino
van a dar al horizonte,
sin la garza que quisiera volar
para demostrar que es verdaderamente blanca;

ahora, en esta hora de estrellas
dentro y fuera del agua,
es muy bueno atreverse a no decir nada,
y abrir, no sólo los ojos,
sino toda la cara,
para promover humildemente dentro de nosotros
la silenciosa catástrofe
de ser como un lago lleno de estrellas,
en cuya oscuridad deliciosa
podamos decir: "Señor y Dios mío,
todavía no te he visto,
pero jamás podré olvidarte".

¿Empezaremos ahora, a ser como un lago
lleno de estrellas?

Las Lomas, 4 de enero de 1957

12

Cosilla primera

Por el agua y la tierra,
noche en el aire.
Por el agua del día
vienen los ángeles.

Apenas en el mundo
un Niño cabe:
pedacitos de cielo
son sus pañales.

Como un pájaro nuevo
la noche canta.
Hay palabras y estrellas
en su garganta.

Lo que dice la noche
del agua sale.

Porque nadie lo ve,
todo se sabe.

Se sabía del Niño,
se sabía del aire,
de la noche en el agua
cítara y ángeles.

¿Quién me enciende una lágrima?
Y en esta noche,
es por Diego Rivera
lo que se llora.

Cuando hace dos años
vio el Nacimiento,
le oí en el corazón
un hondo acento.

Y aquí está con nosotros
tan en silencio
que yo lo estoy oyendo.

Y la noche en mi pecho
tiembla de Dios
porque de mis entrañas
algo del Sol
ha de salir un día
aunque lo impida yo.

Las Lomas, 24 de diciembre de 1957

13

Segunda Cosilla

Aquí está la mañana,
cuerpo del día,
bañándose en el agua
de la Alegría.

Aquí está la Alegría
con los brazos en cruz.
Aún de la piedra brota
sudor de luz.

Ha nacido la Luz.

joven pastor que guías
al pastor ciego:
¿no me miras los ojos,
los que no tengo?

Yo palpo las luciérnagas
y no las veo.
Joven pastor, mis ojos
se ven de ciego.

A la luz, a las luces,
pan de mis ojos,
ponle un poco de luz,
dásela pronto.

Al color de los pájaros
y de los peces;
a la luz de tus luces
y de tus sienes
por los dedos del día
que todo tienen,
joven pastor que guías
sombra que duele,
sácame de los ojos
lo que me hiere,
lo negro del diamante
que no se enciende,
y del pez y los pájaros
y de la luz del día
que corra en mi corazón como la tinta
de este paisaje azul que con los árboles
sostiene el alma deste
inmenso día.

Las Lomas, 24 de diciembre de 1957

14

¡**A**y, qué rocas tan altas
las del silencio!
¡Ay, qué estrellas tan claras

las deste sueño!

De la vida lo real
es poesía.
La verdad desta noche
es como el día.

Si una oveja se cae,
¡cuántos luceros
me ayudan a buscarla
mientras la veo!

Si la oveja que cae
resulto yo,
¡cuánta sombra salvada
será por Dios!

De la sombra pudiera
brotar un sol.
De peñascos cerrados,
agua salió.

La esperanza está sola,
tanto, que canta
porque nadie la mira
puesta en su barca.

¡Qué hermosa es la esperanza!
¡Con cuántos ojos
la salgo a ver ahora
que brilla en todo!

Cuando bien amanezca
y el horizonte
ponga a mi corazón
un nuevo nombre,

será al pie de las rocas
piedra tan chica,
que pastor ni rebaño
la tocarían.

La luz que a todo llega,
siendo invisible,
desbordará sus lagos
llenos de cisnes.

Y en el aire del día
serán los ángeles
los más esbeltos números
que cuente nadie.

Una piedra tan chica
que ni el rocío
podrá verla en el suelo,
soy yo, Dios mío...

¡Si desta noche hermosa
fuera mi día!
¡Si de tantos luceros
tomara vida,
y en un lago de luz
-diamante y brisa-
un embarco de cisnes
la esbelta mira
picotearan estrellas
de ambas orillas!

¡Si al fin de las palabras
la acción creciera
y de entre tanta piedra
flores de piedra,
pero flores, nacieran...!

La paz está en nosotros.
Para encontrarla,
esta noche es muy corta,
también muy larga.
Tómala de la mano
y entra en tu casa.

Navidad de 1958

15

La noche se ha encendido
sobre el desierto.
Arde la soledad
como un corazón bien abierto.
La roca blanca de la soledad
habla, desintegrándose en silencio.
La soledad blanca de la roca

fluye como un hermoso recuerdo,
como la memoria de un jardín visitado en la noche
y llevando en las manos
quién sabe por qué, un espejo.
En el espejo ha nacido un Niño.
Bueno: ha nacido el Cielo.
Se oye nacer todo lo que ha nacido
y lo que seguirá naciendo.
Para nosotros los pobres de espíritu, estas palabras
se dicen humildemente en silencio.
Los pobres más pobres
porque hemos dilapidado el tiempo.
El tiempo diamante,
el tiempo amor, el tiempo sueño.
¿Qué vamos a darle a este pobre Niño
cuya riqueza se riega sobre el desierto,
como un río de diamante,
como un río de amor, como un río de sueño?
Ángeles y pastores
me pongan a cantar,
porque he visto el oasis
bajo del palmeral
y si bebo una estrella
la noche me dará
corazón de diamante
y el amor que vendrá
realidad hará el sueño
con tanta realidad
que yo diré que es sueño
por no decir verdad.
Pobreza que repartes
tanta riqueza, da
a mis ojos la Aurora
y a mi sangre la paz.

Ángeles y pastores
pusieronme a cantar.

1959

16

La noche es como un árbol
lleno de estrellas;

como un árbol que cubriera
con sombras de diamantes
toda la tierra.

En la flor de los cielos
hay una estrella:
de ella vienen los ángeles
que hay en la tierra.
Son las luces terrestres
que le dan a esta noche
toda su fiesta.

Ángeles bajo los árboles;
un ángel trae dos ángeles
como dos niños.

Angelizarse es gracia
que da infinito.
La noche entre los árboles
hojea un libro.
Sílabas en sus páginas
son como niños.
Las sílabas son ángeles
que van entre los árboles junto a los niños.

En la paz de arboleda
que hay esta noche,
los caminos del cielo
-pueblo de soles-
se llenan de alegría,
una alegría sin número para todos los hombres.
La paz está en el alma
que da el amor.
La paz no está en la ciencia
que da el horror.
Paz al árbol y al aire
que nos dan vida.
Paz al aire del Hombre,
lleno de heridas.
Paz en toda la tierra,
paz en la muerte
que por nuestro egoísmo
no tiene descanso,
ni noche tiene.
Cristo vuelve a nosotros
y en Cristo está
todo el campo profundo

como este campo
que da la Paz.

Las Lomas, diciembre de 1960

17

Entre árboles y rocas
pasa mi vida.
Un canto flor de frutos
y una sombra durísima.

Entre rocas, a veces,
surge una planta.
¡Qué armamento difícil
por conservarla!

El aire de la noche
-con pie sombrío-
deja un susto pequeño
por los caminos.

El árbol de mi impulso
sube sus cítaras.
Las rocas no responden,
sólo las miran.

Tal vez cuando amanezca
las rocas canten.
Un silencio de pájaros
habrá en los árboles.

Dios diamante entre rocas,
Dios en la Tierra,
dame por fin la angustia
de tu Belleza.

Que mi mano germine
-raíz al aire-
que yo tenga en los ojos
buenas imágenes.

Dios de estruendo y silencio,
Cristo-Jesús,

degüéllame en el canto
que no sea luz.

¡Danos la luz de dar!
¡Cuánto tenemos!
¡Cuántos casi no tienen!
¿Estamos ciegos?

El rencor es la muerte
viva en la tierra.
Aplastémoslo entero,
Cristo. Así sea.

Lomas de Chapultepec, 23 de diciembre de 1961

18

La noche está encendida
para pedir la paz.
La paz se queja ahora
cual paloma torcaz.
La paloma está herida,
salvémosla en su vuelo
-la miran con tristeza
los ángeles del cielo.
Pero esta noche tiene
tanta salud,
que el canto triste
de la paloma
se ha llenado de encanto.
Los árboles destruyen
la orfandad de la tierra,
porque Nuestro Señor
ha encendido
una guerra de paz;
así, una guerra
de paz tan poderosa,
que sólo no queriendo
deja uno ser la rosa
de los vientos de paz.
Porque Cristo es amor,
es también alegría
con espina y con flor
-la espina es cosa nuestra,
no de Nuestro Señor.

La ambición y la envidia
dan espina y no flor.
La ambición sin medida
va a parar a la guerra:
chocan el aire, el fuego
y el agua por la tierra.

Seamos como el árbol,
como el agua que ve
crecer su sombra líquida,
esté el sol o no esté.

Esta noche alojemos
en nuestro corazón
las palabras tan simples
de esta clara canción.

No digan de nosotros:
"Fue el genio de la guerra";
que de nosotros digan:
"Trajo paz a la tierra".

1962

19

No estamos solos,
es la ambición sin medida
que nos angustia y da la soledad.
No estamos solos.
Nuestro Señor está siempre con nosotros
aunque le neguemos amistad.
El que frecuenta la lectura de sus palabras
no podrá quejarse nunca de soledad.
Ser generoso es ambicionar mucho menos,
es estar dentro del espejo de la realidad.
Dar es hermoso como el amanecer
que todo lo saca de la noche y lo da.
Nuestro Señor nos dio sus palabras
que son la Luz, la Vida y la Verdad.
Fuera de las palabras de Cristo,
todo es el vacío, el abismo y la soledad.
Cuando nos acercamos a Él,
descubrimos que la belleza
es la forma perfecta de la bondad.

No, no estamos solos: abramos la puerta a Cristo
y la casa, se volverá de cristal.

Lomas de Chapultepec, 23 de diciembre de 1963

20

La noche
esa doncella de mirada entreabierta
y corazón azul
ha escogido una estrella
para encenderle al mundo
-por fin-
la eterna Luz.

Entre ruinas de adobes,
la Luz nacida
sólo tiene palabras
de eterna Vida.

El universo brilla
sobre los cielos,
pide perdón por todos
y anuncia Gloria.

La hermosa llamarada
de nuestro pecho
-si nosotros queremos-
será una rosa.

Kyrie eleison, decimos,
y después ¡Gloria!
¡Kyrie eleison!
¡Gloria! ¡Gloria!

Con un volcán, la tierra
voces dio, todas de fuego.
El corazón del mundo,
de honda pasión es dueño.

Compartamos la vida
tan generosamente
que una nueva, inmensa alegría
nos llene.

El árbol que está solo
mitad de la llanura
nos mira desde todas las posturas.

¿Será tal vez el alma del pintor, doctor Atl?
Doctor agua,
doctor ola,
doctor alma.

Hombre paisaje y fuego,
hombre libertad y amor.
Su soledad fue como una enorme flor.

Este paisaje nuestro
por él tiene color.
Nuestro Señor,
cielos y tierra,
muy hondamente lo miró.

Miró al pintor
y la paleta
fue toda luz
a toda voz.

Nacimiento de 1964

21

Se fueron ya los árboles
se hundieron ya las rocas,
y estamos, como el cielo,
sobre todas las cosas.

Con árboles dorados
como estrellas terrestres,
ha caminado el día
largo y breve.

Ansiosamente rocas
las rocas dan abismos
donde chorrea el aire
sus invisibles niños.

La noche es como un sueño
volando tras un niño.
Duermo y al despertar
ya nada es siempre mío.

La noche tiene a Dios
tan cerca de nosotros,
que entre una estrella y otra
nos encontramos todos.

El Niño de la noche
es el dueño del día,
un diamante en los labios
de una palabra íntima.

Si el Niño que ha nacido
naciera en nuestro pecho,
ni rencor ni egoísmo
nos destruyera el sueño.

Sólo Cristo es la paz
porque Él es sólo amor.
Sólo siendo amorosos
seremos siempre flor.
El amor a la vida
sea amor a la paz.
Hermano mío, ven:
la Luz se anuncia ya.

Las Lomas, 25 de diciembre de 1965

22

La verdadera alegría
está en Cristo, Nuestro Señor.
Su palabra, grande como el cielo,
es toda amor.

Amor es perdonar en todo instante.
Todo el amor, la perfecta alegría,
es compartir la luz, como el diamante,
que no conoce de rencor ni envidia.

La envidia y el rencor
construyen las tinieblas y la soledad.
Seamos el amor
que todo lo da.

Los lagos en la noche se llenan de estrellas.
La luz del día tiene flores de agua.
Las lejanías han traído a los ángeles,
son fruto de la atmósfera y del sueño.

¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Aleluya, alma mía!
Enciende en mí el amor que da la alegría
sin envidia o rencor, con la flor en los labios.
Y con los ignorantes y los sabios,
Cristo Señor, Aleluya, Aleluya, alma mía.

24 de diciembre de 1966

23

Está la noche para hablar cantando
de toda luz a toda luz.
Todos tenemos un lucero entre los labios
para el Niño Jesús.

Esta alegría tiene una tristeza
que no puedo ocultar,
y es por la raza negra
y por todos los niños de Vietnam.

Un viajero sin nombre y con su perro
hondamente se ve.
¿Regresa o va? ¡Con cuánto cielo
se ilumina su fe!

Los niños de Vietnam asesinados,
sus pájaros, el bosque, los torrentes.
Niño Jesús, ven a nacer ahora
entre aquellos adobes mutilados.

Cuando venga la aurora,
sangrará el corazón por nuestro labios.

Tu aurora será también la nuestra,
¡oh Vietnam bien amado!

Las Lomas, diciembre de 1967

24

Ángeles en la tierra:
nubes y rocas,
música y danza.

Árboles de alegría
le dan al aire diamantes verdes
y al agua antigua la laguna
su azul de niño.

Pastor que arreas
nubes de ovejas;
joven labriego de tierras negras;
los leñadores queman sus brazos
con el futuro de la madera.

Ésta es la noche
del mejor día.
Esta noche se adquiere
sin una sombra de lejanía.

Ha nacido la dicha
y es para todos.
Cambiemos todos
la plata en oro.

Ha nacido la Paz
para ganar a la guerra.
Dios está entre nosotros:
lo saben todos
los que lo niegan.

Guerra a nosotros mismos:
el mal está en nosotros.
Cuando amanezca,
seremos luces para la noche de cada estrella.

Nuestro Señor dijo un día:
“El cielo y la tierra pasarán,
pero mis palabras, no pasarán.”

Ésta es la noche
del mejor día.
La paz está en nosotros.
Seamos desde esta noche
la mejor noche
del mejor día.

21 de diciembre de 1968

25

Con cuánta noche duermen los árboles
y se despierta
toda la noche de las estrellas.
Lados de sombra tiene la luz.
De la espesura del universo cuelga una lámpara.
Del cuello atado del universo
cuelga una lámpara
de lo indecible,
lo impenetrable,
lo que tiene su nombre -sólo Dios sabe-,
las alegrías de la alegría.
Si se guarda el silencio
dentro del pecho,
se oirá la lámpara.
Gloria de los árboles
cuya madera tuvo en sus manos
adolescentes y juveniles
la Luz de Luces.
Entre los árboles
tiene la atmósfera sus asambleas;
el espíritu oxígeno
y otros espíritus
salen del África de enormes sueños;
y en la pureza de un lirio
y en la Virgen de una mirada
tiene su origen el Niño
del que nacen los ángeles
y las montañas.
En esta noche somos los niños
sin una lágrima.

¡Cuánta alegría! ¡Cuánta hermosura!
Somos el agua de la belleza
sin una lágrima.
Somos la dicha que en esta noche
dio el universo sin una lágrima.
Somos las lágrimas
que en esta noche, si lo queremos,
seremos siempre como esta noche, sin una lágrima.

18 de diciembre de 1969

26

Cuando ha caído un árbol
lo sabe el viento que lo tocaba.
Así nosotros.
Si dijera algo más, lloraría...
Pero el gozo me enciende la noche
y en cada lucero recuerdo a mi hermano,
un hombre entre hombres.
Me quema una llama de fe,
la Luz hecha Hombre,
la alegría de saberse cristiano.

Renacer para siempre esta noche
olvidando egoísmos, rencores,
ésta es la alegría cristiana,
el único gozo diamante del Hombre.

La roca y el árbol,
el cielo,
el día y la noche,
se llenan de nuestra alegría,
de nuestra belleza
si somos hermanos de todo y de todos,
dando siempre el tesoro de nuestra alegría.
La noche se llena de luz esta noche
como nunca.
Llenémonos todos de luz.

Lomas de Chapultepec, diciembre de 1970

Esta noche en el agua
canta la tierra.
Con el alma en los ojos
van las estrellas,
húmedas en la sombra
que el tiempo deja.

El sol en un pesebre
volvió a ser niño,
es lo mismo el pesebre
que el infinito.

El pesebre es el cielo
del sol nacido.

La Virgen: la Vía Láctea;
José el carpintero
regresó de los árboles
con un lucero
que nació entres sus manos
como un sueño.

Todo es luz,
todo es lujo de luz
tan nueva,
que la luz que nos ciñe
parece ciega.

Feliz el que sin ojos -sano-
lo vea.

Quien quiera ver la luz
no es cosa fácil:
debe encenderse en llamas,
ser como el aire,
propagando el incendio
y odio que arrase
dará más luz al fuego
con propia sangre.

Esta noche
la luz se ofrece a todos.
Tómala para siempre
y en vez de lodo

distribuirás diamantes
de todo a todos.

1971

28

Esta noche y nosotros,
entre los árboles,
bajo los ángeles.

Si la noche me dice:
toma tu estrella,
ponla a los pies del Niño.
No dije nada.

La noche entre los árboles
oyó mi sombra,
llena de indecisiones,
sin una rosa.

¡Ay, qué noche esta noche!
Nos da en el alma
lo que todos queremos
y nadie alcanza.

Cuando el día está en manos
de los ladrones,
la noche va a buscarlo
con sus luceros.

Muere la luz que muere,
queda la eterna.
Es más día la noche
por dentro y fuera.

Ver la luz en la sombra,
¡cuánta belleza!
Mi corazón
-Vietnam lleno de niños-,
¿será una estrella?

Y es por eso diciembre
-todos lo ignoran-,

da en lo que nace
la primavera.

¿Pondré mi corazón
al pie del Niño?
¿Será una estrella?

Navidad de 1972

29

Esta noche la Noche
sueña en su sueño
lo que nunca ha soñado.
El campo canta
lo que en un sueño
no fue cantado.
Desde su modo,
en maderas,
hablan los árboles
de estar, para siempre,
cortados, un día,
con los brazos abiertos,
para siempre, para siempre.
El Amor que ha nacido,
tendrá siempre los brazos abiertos.
Ese Amor como el cielo,
espera amor.
Vivimos a espaldas
de ese Amor.
¿En qué jardín
como ese Amor
habrá una flor?

Amor sin celos,
amor de Cristo,
amor de dar,
amor de Amor.
Este amor es la paz.
La luz es abrir,
no cerrar.
Cristo es la paz y el amor
porque quiere,

para todo y para todos,
amor.
Ésta es la noche profunda
del Señor.
Ésta es la noche de luz
del Amor.
Señor, haz que te amemos
para merecer la paz.

Las Lomas, 23 de diciembre de 1973

30

La palabra en la noche,
fuego sin llama,
profundo acorde.

Lo que se quema
va en la palabra
junto a una estrella.

Arde en el alma
la luz de un rayo
de sol que canta.

Incendio a oscuras,
lengua de Cristo
que se empurpura.

Junto a los árboles
se ve la música
que son los ángeles.

Sólo el amor de Cristo
tiene montañas
con vistas al infinito.

Entre altos riesgos
salva el pastor
todo su anhelo.

Así nosotros
a flor de cielo
dar fuego a tierra.

Fuego de Cristo
que a toda hora
lo necesito.

Señor de cielos y tierras,
¿cuándo seré
diamante de humildad
para ver tu grandeza?

Víspera de Navidad de 1974

31

Nada como la noche
para llenarnos de todo.
Entonces no soy yo:
somos nosotros.

La Luz que se ha encendido
nos ayuda a entender
lo que es la eternidad:
es un acto de fe.

Porque antes que el átomo
está Dios,
en esta noche humilde
Pan diamante nos dio.

En la Luz desta noche
levantó la señal.
Dios es amor,
amor-eternidad.
La Creación
es un acto de Amor.
También entre las rocas
nace la flor.

El árbol de la noche
y los lagos del día,
caminan con nosotros,
son el guía.

Con árboles y pájaros,
con agua y lejanías,

ofrezcámonos perdonar para siempre:
sólo así tendremos
la eterna alegría.

Así nos lo dijo
el Joven Obrero
de carpintería:
Jesucristo-Dios,
alegría, alegría, alegría.

24 de diciembre de 1975

32

EL águila y el vuelo
consideran la Luz de la Estrella
esta noche de Luz.
Después volarán a Patmos.

La federación de las piedras
me dice que un día
tendremos en manos
al Niño Jesús.

Todo es luz en la luz
esta noche de luz.

La gente que viene de lejos
viene a acercarse a la vida.
Lo eterno aparece en el tiempo.

Esta noche es el día más alto:
perdonar es matar a la muerte
y es nacer de una flor y de un canto.

Francisco de Asís inventó el Nacimiento.
La Tierra fue
su primer Cielo.

La alegría está en Cristo.
Francisco sangró de alegría
por Cristo.

La Paz está en Cristo.
Sólo por Él seremos
espacio infinito.

Contra el odio el amor.
Contra el odio el amor.

Lomas de Chapultepec, día de Navidad de 1976

Dedicatoria a Dios	150
Soneto de navidad a la señorita Ana María Gabucio	150
Tríptico sagrado	151
Ensueño romántico y triunfal al poeta Salvador Díaz Mirón	152
Poema de navidad	153
Nocturno patético	154
Última tristeza	154
<i>En medio de la dicha de mi vida</i>	155
<i>Aquella noche el mundo satisfizo a los hombres</i>	157
<i>Fresca hora de nácar.</i>	157
Navidad	158
A Bolívar	159
Preludio	159
Historia	160
<i>Jesús, te has olvidado de mi América</i>	161
Canto del amor perfecto	162
Variaciones sobre un tema de viaje	163
Ruego	165
La muerte	166
La voz	167
Nocturno a mi madre	170
San Francisco predicando a las olas	170
<i>Oh Hermano Francesco</i>	172
Para que tu sandalia luminosa	172
A la Virgen de la Soledad	173
Soneto a causa del tercer viaje a Palestina	176
Sonetos bajo el signo de la Cruz	176
I	176
II	177
III	177
Sonetos lamentables (en prisión)	178

I	178
II	178
III	179
Sonetos de esperanza	179
I	179
II	180
Sonetos de la luz	180
I	180
II	181
Sonetos todo un día	181
I	181
II	182
III	182
IV	183
Sonetos a los arcángeles	184
Miguel	184
Gabriel	184
Rafael	185
Sonetos suplicantes	185
I	185
II	186
Sonetos nocturnos	186
I	186
II	187
Nocturno	187
I	187
II	188
III	188
IV	189
V	189
VI	190

VII	190
VIII	191
IX	191
X	192
XI	192
Sonetos fraternales. “Hermano Sol” nuestro padre San Francisco	193
I	193
II	193
III	194
Sonetos para el altar de la Virgen	194
Ave María	194
I	194
II	195
III	195
Mater Amabilis	196
I	196
II	196
III	197
Mater dolorosa	197
I	197
II	198
III	198
Regina Coeli	199
I	199
II	199
III	200
<i>Otros sonetos</i>	<i>201</i>
<i>Ando en mi corazón como en el fondo</i>	<i>201</i>
<i>Esta noche alojada entre las cuatro</i>	<i>201</i>
<i>Una mañana que asilé en mi boca</i>	<i>202</i>
<i>Oigo toda la casa: ya estoy solo;</i>	<i>202</i>

<i>Como perro sin dueño, a ver qué sale</i>	203
<i>Si alguna vez yo te amo, qué hermosura</i>	203
Sonetos dolorosos	204
<i>¿Dónde estarás, creatura de delicia,</i>	204
<i>Y te busco y en todo te deseo.</i>	204
<i>No quiero llegar solo. Mucha gente</i>	205
<i>Si la muerte soy yo, si en ella vivo,</i>	205
<i>Si entre el bullicio de mis soledades,</i>	205
<i>Ignorar siempre más de lo que sabe</i>	206
<i>Entre todos los cielos el más alto</i>	206
<i>Ordéname, Señor, que yo te siga.</i>	207
<i>Señor, ¿por qué estoy solo, por qué impides</i>	207
<i>Dios y Señor que creaste la nada</i>	208
<i>Tú eres la Luz, la Verdad y la Vida.</i>	208
<i>Si yo llegara a amarte, ¡qué manera</i>	209
<i>He pasado la vida con los ojos</i>	209
<i>Quiero los ojos en el alma ahora.</i>	210
<i>Si todo lo que dicen he mirado</i>	210
<i>Si alguna vez mi corazón pudiera</i>	211
<i>Señor, haz que yo vea. Nunca he visto</i>	211
<i>Señor, óyeme, ven, dame la vida,</i>	212
<i>Señor, mira mi sangre, qué negrura</i>	212
<i>¿A dónde y hasta dónde y en qué sueño</i>	212
<i>Joven de eternidad, soplé la llama</i>	213
<i>Y me quedo mirando el infinito</i>	213
<i>Yo nada sé de mí, ya sólo canto</i>	214
<i>Resucitar, diciéndole a la Vida,</i>	214
<i>No lo sé, pero un día bueno y sano</i>	215
Los sonetos de Zapotlán	216
I	216
II	216

III	217
Sonetos postreros	217
<i>Mi voluntad de ser no tiene cielo;</i>	217
<i>Haz que tenga piedad de Ti, Dios mío.</i>	218
<i>Esta barca sin remos es la mía.</i>	218
<i>Nada hay aquí, la tumba está vacía.</i>	219
A Cristo	219
<i>Señoras y señores</i>	222
<i>Quiero decirles</i>	223
<i>Entre los pinos andan los ángeles,</i>	224
<i>Esta noche en el campo</i>	225
Primer canto (<i>Todos los girasoles que fueron pájaros</i>)	227
Segundo canto (<i>Ya ha juntado sus manos</i>)	228
<i>La espuma de la noche</i>	229
<i>Dale a tu corazón el sentimiento</i>	230
<i>Místico paisaje</i>	231
<i>¿Podría brotar la luz</i>	232
<i>¿Nadie sabe que un día</i>	233
Cosilla primera	234
Segunda cosilla	235
<i>¡Ay, qué rocas tan altas</i>	236
<i>La noche se ha encendido</i>	238
<i>La noche es como un árbol</i>	239
<i>Entre árboles y rocas</i>	241
<i>La noche está encendida</i>	242
<i>No estamos solos,</i>	243
<i>La noche</i>	244
<i>Se fueron ya los árboles</i>	245
<i>La verdadera alegría</i>	246
<i>Está la noche para hablar cantando</i>	247
<i>Ángeles en la tierra:</i>	248

<i>Con cuánta noche duermen los árboles</i>	249
<i>Cuánto ha caído un árbol</i>	250
<i>Esta noche en el agua</i>	251
<i>Esta noche y nosotros</i>	252
<i>Esta noche la Noche</i>	253
<i>La palabra en la noche,</i>	254
<i>Nada como la noche</i>	255
<i>El águila y el vuelo</i>	256

Bibliografía directa

Pellicer, Carlos. *Colores en el mar y otros poemas*. México: Librería Cultura, 1921.

_____ *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano*. México: Editorial Nayarit, 1924.

_____ *Seis, siete poemas*. México: Aztlán-Editores, 1924.

_____ *Hora y 20*. París: Editorial París-América, 1927.

_____ *Camino*. París: Talleres de Tipografía Solsona, 1929.

_____ *Esquemas para una oda tropical*. México: Secretaría de Relaciones, 1933.

_____ *Hora de junio*. México: México: Ediciones Hipocampo, 1937.

_____ *Exágonos*. México: Nueva Voz, 1941.

_____ *Recinto y otras imágenes*. México: Edición Tezontle, 1941.

_____ *Subordinaciones*. México: Editorial Jus, 1948.

_____ *Práctica de vuelo*. Fondo de Cultura Económica, 1956.

_____ *Cosillas para el Nacimiento*. México: Instituto de Cultura de Tabasco / INBA, 1978.

_____ *Poesía completa*. Edición de Luis Mario Schneider. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Ediciones del Equilibrista, 1996.

_____ *Cartas desde Italia*. Edición, presentación y notas de Clara Bargellini. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

_____ *Correo familiar (1918-1920)* Edición y prólogo de Serge I. Zaitzeff. México: Factoría ediciones, 1998.

_____ *Poemas*. Selección e introducción de Mónica Mansour. México: Promexa, 1979.

_____ *Versos a Esperanza*. Edición de Luis Mario Schneider. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, 1998.

_____ "Navidad" *El sol en un pesebre. Nacimientos*. Edición de Clara Bargellini. Villahermosa, Tabasco: INBA/ Instituto Cultural de Tabasco, 1987.

Bibliografía indirecta

Acosta, Marco Antonio. “Antología de Carlos Pellicer” *La poesía de Carlos Pellicer. Interpretaciones críticas*. México: UNAM, 1979

Alighieri, Dante. *La divina comedia*. (1307-1321) Madrid: Ediciones Nájera, 1984.

Arciniegas, Germán. “La Natividad en el Valle de México” *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas*. Edición de Serge I. Zaïtzeff. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002.

Baz Weatherston, Elena. *Aportaciones al estudio de la Literatura Mística en la Nueva España*. México: Botas, 1945.

Blanco, José Joaquín. *Crónica de la poesía mexicana*. México: Katún, 1983.

Calderón de la Barca, Pedro. *La vida es sueño*. (Primera edición Madrid, 1636-1677) México: Porrúa, 1965.

Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la Literatura Mexicana*. México: Porrúa, “Sepan cuantos...”, 1994.

Chauvet, Fidel de Jesús. “La espiritualidad personal de San Francisco de Asís.” *750 años de presencia franciscana*. México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977.

Chevalier, Jean / Gheerbrant, Alain. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder, 1995.

Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas. Edición de Serge I. Zaïtzeff. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002.

Cuesta, Jorge. *Antología de la poesía mexicana moderna*. México: (Contemporáneos, Primera edición, 1928) Fondo de Cultura Económica, Quinta edición (Letras mexicanas) 1998.

Fernández, Justino. “Las construcciones franciscanas del siglo XVI en la Nueva España.” *750 años de presencia franciscana*. México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977.

Freud, Sigmund. “Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci”. *Obra completa*, V. II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973,

Gallegos Rocaful, José. *La experiencia de Dios en los místicos españoles*. México: Editora Central, 1945.

García Barragán, Elisa y Schneider, Luis Mario. *Ramón López Velarde, Álbum*. México: UNAM, 1968.

Gómez Canedo, Lino. “Presentación” *750 años de presencia franciscana*. México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977.

González Acosta, Alejandro. “Neoplatonismo y eucaristía en *Práctica de vuelo*.” *Mirando el río aquellas tardes. Estudio sobre Carlos Pellicer. Primeras jornadas internacionales Carlos Pellicer*. Tabasco: Gobierno del estado de Tabasco, 1990.

Gordon, Samuel. *Carlos Pellicer. Breve biografía literaria*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Ediciones del Equilibrista, 1997.

_____. *La fortuna crítica de Carlos Pellicer*. México: Universidad Iberoamericana, 2004.

Horcasitas, Fernando. “Experiencia educativa de los franciscanos en México” *750 años de presencia franciscana*. México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977.

Jiménez de Báez, Yvette. “Carlos Pellicer, contemporáneo” *Reflexiones lingüísticas y literarias II*. Editores Rafael Olea Franco y James Valender. México: El Colegio de México, 1992.

Jiménez Rueda, Julio. *Historia de la literatura mexicana*. México: Botas, 1957.

Las florecillas de San Francisco. Traducción de Federico Muelas. España: Salvat, 1969.

López-Baralt, Luce. *San Juan de la Cruz y el Islam*. México: El Colegio de México / Universidad de Puerto Rico, 1985.

Méndez Plancarte, Alfonso. *Poetas Novohispanos*. Primera y segunda parte. México: Biblioteca del Estudiante Universitario. Números 43 y 54, 1944 y 1945.

Menéndez y Pelayo, Marcelino. “Discurso de entrada en la Real Academia Española” *Estudios de crítica literaria I*. Madrid: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1915.

_____. “Prólogo”. *San Juan de la Cruz. Obra completa*. Tomo I. Edición de Luce López-Baralt y Eulogio Pacho. Madrid: Alianza Editorial, 1996.

Mullen, Edward J. *La poesía de Carlos Pellicer. Interpretaciones críticas*. México: UNAM, 1979.

Olea Franco, Rafael y Stanton, Anthony. *Los contemporáneos en el laberinto de la crítica*. México: El Colegio de México, 1994.

Ortiz de Montellano, Bernardo. “Un Camino de poesía” *La poesía de Carlos Pellicer. Interpretaciones críticas*. México: UNAM, 1979.

Paz, Octavio. “Prólogo” *Ramón López Velarde. La suave patria y otros poemas*. México: Fondo de Cultura Económica, Colección popular, 1987.

- _____ *Las peras del olmo*. México: Seix Barral, 1971.
- _____ “Carlos Pellicer y la poesía de la naturaleza” *La fortuna crítica de Carlos Pellicer*. México: Universidad Iberoamericana, 2004.
- _____ *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica, 1956 (Sexta reimpresión, 1986).
- Prado Galán, Gilberto. “El soneto XI del nocturno: clave de la *Práctica de vuelo*”
México: *Periódico de poesía*. Número 16, invierno 1996.
- Prats Sariol, José. *Pellicer, río de voces*. México: Gobierno del Estado de Tabasco, 1990.
- Puga, Mario. “El escritor y su tiempo: Carlos Pellicer.” México: *Revista de la Universidad de México*, Núm. 6, 1956.
- Primeras Jornadas Internacionales “Carlos Pellicer”* Compilación e introducción de Samuel Gordon. Villahermosa, Tabasco: Gobierno del estado de Tabasco, 1990.
- Quirarte, Vicente. “Italia en la obra de Carlos Pellicer” *Peces del altísimo cielo*.
México: UNAM / Ediciones del Equilibrista, 1993.
- Ramos, Raymundo. *Deítico de poesía religiosa mexicana*. Buenos Aires: Lumen, 2003.
- Ricoeur, Paul. *Teoría de la interpretación*. México: Siglo veintiuno / Universidad Iberoamericana, 2003.
- Ríos, Eduardo E. “El espíritu de San Francisco en el Nuevo Mundo.” *750 años de presencia franciscana*. México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977.
- Rius, Luis. “El material poético (1918-1961) de Carlos Pellicer. *La poesía de Carlos Pellicer. Interpretaciones críticas*. México: UNAM, 1979.

Roggiano, Alfredo. “La poesía de Carlos Pellicer” *Segundas Jornadas Internacionales Carlos Pellicer*. Introducción y compilación de Samuel Gordon. Tabasco: Gobierno del Estado de Tabasco, 1992.

Saavedra, Carlos. “Los primeros años” *Primeras jornadas pellicerianas*. Tabasco: Gobierno del estado de Tabasco, ITC Ediciones, 1990.

San Francisco y Santa Clara de Asís. Escritos. Traducción e introducción de Fr. Efrén Balleño Sánchez. México: Provincia del santo Evangelio, 2000.

Schneider, Luis Mario. “Carlos Pellicer, el navideño” *De tinta ajena*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 2003.

Segundas Jornadas Internacionales “Carlos Pellicer” Introducción y compilación de Samuel Gordon. Villahermosa, Tabasco: Gobierno del estado de Tabasco, 1992.

Selva, Mauricio de la. “Homenaje a Carlos Pellicer. Poeta de América” *La poesía de Carlos Pellicer. Interpretaciones críticas*. México: UNAM, 1979.

Sheridan, Guillermo. *Los contemporáneos ayer*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

Stanton, Anthony. *Las primeras voces del poeta Octavio Paz (1931-1938)*. México: Ediciones Sin Nombre / CONACULTA, 2001.

Tornero, Angélica. “La mística entre la diferencia y la unidad”. *Revista Castálida*. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, Núm 21, 2003.

Torre Villar, Ernesto de la. “Florecillas de San Francisco en la Nueva España” *750 años de presencia franciscana*. México: Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, 1977.

Trópico de Voces. Terceras Jornadas Internacionales "Carlos Pellicer" Introducción y edición de Samuel Gordon. México: Jornadas Internacionales Carlos Pellicer A. C., 1992.

Vasconcelos, José. "Discurso franciscano" *Discursos 1920-1950*. México: Botas, 1950.

_____ "Prólogo" *Piedra de sacrificios*. Carlos Pellicer. *Poesía completa*. Volumen I. Edición de Luis Mario Schneider. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Consejo nacional para la Cultura y las Artes / Ediciones del Equilibrista, 1996.

_____ *El Desastre*. México: Botas, 1938.

Wellek, René y Warren Austin. *Teoría literaria*. Madrid: Gredos, 1985.

Xirau, Ramón. "Epístola a Carlos Pellicer". *Diálogos. Artes / Letras / Ciencias Humanas*. México: El Colegio de México. Mayo-junio 1977.

_____ *Introducción a la historia de la filosofía*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.

Zaid, Gabriel. *Tres poetas católicos*. México: Océano, 1997.

_____ "Casa de la alegría" *Carlos Pellicer. Antología poética*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.

_____ "Prólogo" *Cosillas para el Nacimiento*. Carlos Pellicer, *Obras. Poesía*. Edición y prólogo de Schneider, Luis Mario. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Tópicos y trópicos pellicerianos. Estudios sobre la vida y obra de Carlos Pellicer.

Compiladores: Samuel Gordon y Fernando Rodríguez. Villahermosa: hora y veinte, 2005.